

LUIS FERNANDO REVELO C.



SEÑORÍO ARTÍSTICO, CULTURAL E INTELECTUAL

CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA "BENJAMÍN CARRIÓN" NÚCLEO DE IMBABURA

LUIS FERNANDO REVELO C.

SEÑORÍO ARTÍSTICO,
CULTURAL
E INTELECTUAL

Colección TAHUANDO N° 299-300

IBARRA, 2021

CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA
"BENJAMÍN CARRIÓN" NÚCLEO DE IMBABURA

Luis Fernando Revelo C.
DIRECTOR

SEÑORÍO ARTÍSTICO, CULTURAL E INTELECTUAL

© Luis Fernando Revelo C.

Colección: "TAHUANDO" N° 299-300

Fotografías: CCE,NI

Diseño: Julio Flores Ruiz

1ª edición, 20 de noviembre del 2021

Impresión, Studio21

Quito-Ecuador

DEDICATORIA

A mis queridos nietos, María Paula y Cristian Isaac,
el arcoiris de la vida, el caldero de oro,
la obra de arte más preciosa del Buen Dios,
reflejada en la calidez y el amor que tienen
sus tiernos corazones.

***“El hombre más feliz del mundo
es aquel que sabe reconocer los méritos
de los demás y que puede alegrarse
del bien ajeno como si fuera propio”***

Johann Wolfgang von Goethe

A MANERA DE PRÓLOGO

José Albuja Chaves

La obra que hoy se presenta bajo los auspicios de la Casa de la Cultura Ecuatoriana Núcleo de Imbabura, cuya autoría corresponde al MSc. Luis Fernando Revelo, precisamente el Director de esta entidad cultural, tiene objetivos claros y definidos en su contextualización y en la estructura misma de su propuesta. Imbuido –el autor– de un profundo sentimiento terrígeno para su patria chica y su provincia, la mira desde su cosmovisión como un retazo de naturaleza esplendente, bucólica, con sus riachuelos, vados, colinas, praderas, valles y volcanes ordenados en perfecta sinfonía para dar cabida a una flora exuberante y una fauna que se solaza a borbotones con el verdor de su follaje; el perfume y el rocío de las flores en éxtasis, bajo un límpido y azulino cielo de paraíso insertado a la manera de una fotografía viviente y en completa recreación.

Pero también la mira a Imbabura desde sus hombres; desde su componente humano, creativo, ambicioso y optimista de sus propios logros; de su trabajo diario y perseverante; de sus creaciones y habilidades; de su solidaridad familiar y social. Desde el propio universo personal hasta su relación multicultural y su integración étnica.

Así, entonces, hombre y naturaleza forman una unidad indisoluble que suscita y proyecta historia a la colectividad generacional. Que arma el presente echando mano a las raíces y soñando en un devenir existencial sembrado de improntas y de huellas para elaborar el tejido y la trama de una equidad y un desarrollo condigno con su propio pasado y los valores que va sembrando en sucesión vital.

Y es por ello que notables hombres han cantado a su tierra desde el verso, la prosa, la intelectualidad; desde las artes manuales; desde sus creaciones; sus anécdotas, y hasta desde sus mitos y sueños individuales o compartidos. Desde la cátedra, la academia, las profesiones liberales; desde sus manos encallecidas y hasta explorando el alma y el dolor de los indigentes. Hombres y mujeres han honrado el trabajo y el cultivo abriendo surcos y cosechando las mieses para la supervivencia. Para obtener el cobijo para los hijos y para extender las manos de su solidaridad para quienes la necesitan.

Se ha dicho que “no es de extrañar que Imbabura sea cuna de grandes pintores, escultores, imagineros, talladores, retratistas y aún músicos admirables, muchos de ellos”. Es que el clima y el paisaje “es una pintura viva y apta para despertar la sensibilidad de sus habitantes. El cielo claro y transparente de Imbabura; el espejo de sus lagunas, los volcanes pintorescos elevan sus tocas blancas hacia el infinito. Así la provincia con su luz más esplendente, más intensa, proyecta, con líneas más perfectas y nítidas, un acentuado perfil en el horizonte infinito”.

Todo esto ha motivado para que el autor de esta valiosa obra se proponga rendir especial homenaje a quienes desde cualquier ubicación social y de distinto ángulo sirven a su raigambre con perseverante entrega, dedicación y sin ansias de ningún protagonismo.

Alguien decía que los pueblos se cimentan por sus valerosos hombres, por eso anhelan ser condignos de su origen y procedencia. “El Núcleo desde la hondura de su fe, rinde el grato homenaje a quienes desde cualquier arista sirven a su terrazgo nativo, a la Patria, con sacrificios, humildad y pobreza”. Y, claro, que es imprescindible que imbabureños, especialmente, y los ibarreños, nos ubiquemos en senderos proclives a conocer la propia historia, su origen, sus finalidades, la impronta social que entraña, y presentarlos al mundo a los referentes de su patrimonio a la luz de su promisorio devenir generacional.

Cuando hablamos de terrazgo y de obligaciones ciudadanas surge la incógnita de nuestros deberes no solamente individuales sino de aquel conjunto enhebrado que se denomina sociedad, población organizada, con historia evidente tras de sí, con valores y costumbres. Y con espacios para compartir. Para respirar. Para la tertulia. Para acentuar las nostalgias. Y para soñar. Pero para legar a sus semejantes y a las siguientes generaciones las evidencias de todo este trajinar pujante reflejado en símbolos y en íconos que integran su propia identidad. Con sus valores humanos inmanentes.

Por esta obra discurren grupos sociales, distinguidos intelectuales, pintores, escultores, artesanos, maestros, periodistas, músicos. En fin, valores humanos entregados al servicio de esta sociedad, de su sociedad, con el íntimo y convencido afán de mirarla en la cúspide de la fe, de los valores del espíritu y de su propia integridad moral.



I B A R R A



ÑUCANCHI LLACTA, 55 AÑOS DE VIDA ARTÍSTICA

Con justificado y plausible alborozo, Ñucanchi Llacta celebra ya sus 55 años de vida artística. Los 55 años que son páginas repletas de vida, de historia cuajada de fecundas realizaciones. Las 55 campanadas del reloj que constituyen un acontecimiento de profunda significación que han querido compartirlo y celebrarlo “a flor de corazón y de memoria” porque se trata de una fructífera, silenciosa y sacrificada labor de titanes que emprendieron un historiado 3 de agosto de 1967.

El grupo nació con los mejores augurios bajo la égida brillante de los egregios maestros Segundo Darío Suárez y Consuelo Terán Sevilla, nombre eufónicos y evocativos que lo asimilaron en su significación y valía humana, decenas de generaciones que han formado parte de este afamado grupo. Ñucanchi Llacta ha calado muy hondo en el alma no sólo de la imbabureñidad, sino fuera de los linderos patrios, hasta lejanos horizontes de América, donde el Grupo ha sabido proyectar su estilo

folklórico de la danza ecuatoriana, la música popular andina, su mensaje y su carácter universal.

El tiempo fecundo de su existencia, la marcha segura y tranquila, su paso sereno y meditado, a la vez que el ideal de sus afanes, bien merecen la sentida congratulación, el abrazo cordial, la sonrisa franca, sincera y amiga, muy especialmente para la egregia maestra, Dña. Consuelito Terán de Suárez, quien con su exquisita creatividad, su don de gentes, su coraje a toda prueba, luego del fallecimiento de su amado esposo, cultor del ideal artístico de terrígenos caracteres, el connotado maestro Segundo Darío Suárez, supo tomar las riendas de este famoso Grupo de Danzas Folklóricas para conducirlo por los anchurosos caminos del éxito. Es un trabajo silencioso, sin gritos de victoria, el que ha realizado Doña Consuelito. Ella no pertenece al cenáculo en que los ditirambos se dan y se toman como el florón de los niños. Su trabajo, su arte ha sido reconocido en diferentes esferas y se hizo posible su arraigo terrígeno, pues además de su ejecución, también se orientó la investigación multidisciplinaria que incluía música, vestuario, movimientos, costumbres, tradiciones, entre otros.

No olvidemos que Dn. Rubén y Dña. Consuelito, unidos por el indeleble sacramento del matrimonio con emocionado interés, encendida pasión cultural, con definida vocación por los ideales artísticos, descubrieron una de las más pródigas, sentidas y formidables vetas del arte folklórico nacional. Una brillante nómina de estudiantes, artesanos y profesionales han pasado por este Grupo siendo embajadores de la cultura, portando su mensaje de ecuatorianidad a las diferentes latitudes que, electrizadas por la danza, han abierto de par en par sus anchas puertas a las coreografías y a la música magistralmente interpretada por el Grupo Rondador que ha sido el único capaz de unir, en invaluable y mágica interpretación sus propios arreglos. Esas canciones que apasionadamente vertebran una impresionante antología de la canción ecuatoriana, los bailes de influencia hispana y varios temas de origen indoamericano. El Grupo Rondador ha vestido los aires telúricos de su Patria. Esas canciones que han nacido bajo el signo de la alegría y que cobran su elevada estatura en sus arreglos como ofi- ciantes ilustres del arte musical.

Hoy por hoy Ñucanchi Llacta es una institución cultural con varios granos de trigo puro recogidos en la parva generosa de Mamita Jael, como cariñosamente le llaman sus pupilos. Ella es la celosa encendedora de faroles, que a su vocación de maestra adunó su talento y su vocación de artista. El arte y la cultura de la danza ocupan un lugar prominente dentro de su mística y su quehacer cotidiano. Ya lo dijo ese connotado poeta libanés Khalil Gibrán: “El alma del filósofo habita en su cabeza; el alma del poeta, en su corazón; el alma del cantante reside en su garganta. Pero el alma del danzante, tiene su morada en todo su cuerpo.

Ñucanchi Llacta, presencia apolínea en toda su belleza. Su alma de danzantes, como un copo de blancura eximia; su respiración de cielo; su mensaje alado de inmensidad. Portador de un tesoro de gracia, brotada en las auroras de hace 11 lustros en el abrirse niño de sus pétalos. Hoy los contemplamos con semejante mayoría de edad y con su melena dorada de luz.

GRUPO RONDADOR

Hablar del Rondador es adentrarse en un mundo de magia, de leyenda e historia. El rondador representa el equilibrio entre el hombre, la naturaleza y el espíritu, conjugados por la imaginación del pueblo que habitó lo que hoy es nuestro Ecuador. No es difícil imaginar entonces, a una comunidad reunida en torno a la armonía brotada de sus cañas.

En nuestro medio citadino hace 55 años, allá por septiembre de 1966 tuvo su génesis el grupo “RONDADOR”. Advino al mundo de la música como dúo conformado por Nelson Rhea y Plutarco Carrera; luego se incorporarían Gerardo López con su rondador y Sergio Carrera con su flauta y dulzainas. Actualmente, convertidos en el ícono de la cultura musical ecuatoriana en Imbabura, están integrados por: Ulpiano Galindo (teclado-viento), Milton Saltos (primera voz-instrumentos de viento), José Imacaña (primera voz-instrumentos de viento), Nelson Michilena (guitarra), Nelson Rhea (segunda voz-percusión), Arturo Terán (tercera voz-bajo, guitarra) y Wilson Páez (brillante baterista fallecido recientemente).

La música magistralmente interpretada por el Grupo Rondador ha sido el único capaz de unir, en invaluable y mágica interpretación sus propios arreglos. Esas canciones que apasionadamente vertebran una impresionante antología de la canción ecuatoriana, latinoamericana y varios temas de origen indoamericano. El Grupo Rondador ha vestido los aires telúricos de su Patria y ha sido compañero gemelo del Grupo Ñucanchi Llacta. Esas canciones que han nacido bajo el signo de la alegría, cobran su elevada estatura en sus interpretaciones como oficiantes ilustres del arte musical.

Durante su dilatada trayectoria artística, repleta de anécdotas, emociones, ilusiones y sinsabores ha realizado giras nacionales e internacionales acompañados del ya glorioso “Ñucanchi Llacta”, afamado conjunto de danza de reconocido renombre internacional. Se mencionan países como: México, Estados Unidos, Colombia, Venezuela, Brasil, entre otros. Algunos son los trabajos musicales: cuatro discos de larga duración y cuatro discos compactos, material que recoge lo más selecto del pentagrama nacional y latinoamericano. En el transcurso de estos 11 lustros de esta agrupación musical, varios han sido sus integrantes, quienes con su versatilidad de voces e instrumentos le han permitido adquirir gran prestigio y varios reconocimientos.





CENTRO FEMENINO DE CULTURA “IBARRA”, 45 AÑOS, ROPAJE VIVENCIAL DE MEMORIAS

Lo que se llama el espíritu de los tiempos, pensaba el famoso poeta, dramaturgo, novelista y filósofo alemán Goethe, no es en el fondo sino el espíritu propio de aquellos hombres y mujeres en los cuales los tiempos se reflejan.

Para apreciar mejor el valor de los hombres, de las cosas, de las instituciones, hay que servirse de esas inexorables coordenadas del tiempo y del espacio; y no de otra manera tiene sentido una celebración, una conmemoración en la cual de todas maneras se hace referencia a un tiempo vivido que se somete a juicio, a examen orientador.

Hace 45 años nació a la luz de la cultura este glorioso Centro Cultural. Celebramos y conmemoramos este fausto acontecimiento cada 17 de diciembre asumiendo en primer término una actitud emotiva especial porque una pléyade de mujeres hondamente vinculados a la cultura, a la ciencia, a la esperanza, a la necesidad y al propósito que determinó semejante

fundación llamada a tener eco y resonancia en el concierto de los demás instituciones que han ido emergiendo para estos loables fines.

Qué rauda marcha del tiempo cuando uno quiere saturarse de la mágica visión que absortas han ido tejiendo en estos memorables 45 años de vida institucional. En esta titánica empresa ciméricamente humana y bajo la égida de su Patrono, Dn. Pedro Moncayo y Esparza, cuya figura se yergue fulgente en el bronce, en esta misma casa donde se meció su cuna legítima, hay una conjunción de capacidades, de esfuerzos y de voluntades en afán de los más opimos frutos. Cómo no recordar con fruición espiritual a la distinguida maestra por antonomasia, la Lic. Piedad Gomezjurado, quien imbuida de su amor desbordante por la cultura, como el Señor de la Mancha, cual intrépido quijote, salió tras la colosal aventura y un 17 de diciembre de 1976, lo ve nacer a la luz de la cultura y de la ciencia al Centro Femenino de Cultura “Ibarra”. Doce patriotas mujeres le acompañaron en esta titánica empresa cuyos nombres está grabados con letras de oro en el cofre magnificante de los recuerdos: Ana Lía Bernal de Fuertes (+), Clemencia Pabón de Terán (+), Elisa Quintana, Matilde Suárez de Rivadeneira (+), Susana Portilla, Lolita Sánchez Paredes (+), Laurita de Villamil, Esther Villavicencio (+), Rosita Reascos (+), Enma Gómez Jurado, Maura de Martínez y Fanny de Ayala (+). El Centro Femenino de Cultura “Ibarra”, ayer humilde semilla de mostaza, es hoy por hoy, árbol vigoroso y floreciente.

Por la Presidencia del centro han transitado varias distinguidas damas para referirnos a ese elán vital que no tiene nombres para la vanagloria y sí en cambio fuerza total para su propio destino histórico. Por ello tenemos que reconocer y ennoblecer lo que se hizo antes en nombre de los grandes ideales y lo que se sigue realizando hoy con mucha pasión: su visionario fundadora: Lic. Piedad Gomezjurado, Prof. Clemencia Pabón de Terán, Prof. Fanny Mora de Ayala, Lic. Ana Lía Bernal de Fuertes, Sra. Martha de la Torre de Jácome, Dra. Alicia Bastidas de Andrade, Prof. Esperanza Sánchez de Fuentes, Sra. Josefina Aguirre de Andrade, Prof. Diana Ubidia de Almeida, Dra. Martha Victoria Larrea, Prof. Alicia Alarcón de Gordillo, Ing. Andrea Scacco, Dra. Sandra Riofrío y actualmente, la Prof. Fanny Guzmán.

Como ocurre en todas las obras de la inteligencia y del ingenio, en la historia institucional no podemos hablar de primeros y de últimos. El esfuerzo es continuado, sin fronteras capaces de ser calculadas. Unas damas en una época, otras más tarde; unas con mayores oportunidades que otras. Todas transitando por ese camino y contribuyendo por la Institución que es la que, en fin de fines, prevalece.

Decía Juan Montalvo: “Las grandes ideas necesitan mucho tiempo para madurar; los grandes proyectos son primeramente utopías; las grandes obras pasan por largos noviciados, si cabe la expresión, y después de las pruebas a las que las sujeta el egoísmo, la imposibilidad y la ignorancia, vienen a ser grandes realidades en manos de los sabios”.

A este puñado de distinguidas damas, las contemplamos juntas, en el umbral del destino y cual Jano, el mitológico rey del Lacio, de frente al pasado y encarando el porvenir, unimismadas en forjar la auténtica cultura, con nuevos proyectos culturales, que buscan romper el statu quo y desterrar para siempre los viejos paradigmas que entonan la sinfonía trunca de la rutina.

Parafraseando lo que un día puntualizara con su pluma maestra el gran pensador francés Ernesto Renán hemos de subrayar lo que dice vuestros corazones: “Tenemos glorias comunes en el pasado y una voluntad común en el presente. Haber hecho juntas grandes cosas, querer hacer juntas otras más. En el pasado una herencia de triunfos y de luchas, en el porvenir un mismo programa para realizar. La existencia de una Institución es un “plebiscito cotidiano” que les impele a cada una a actuar con responsabilidad y abnegación, con hidalguía y reciedumbre, en las grandes justas del talento y de la cultura, esgrimiendo las espadas del más bien templado acero que les ofrecen las armas de la ciencia, de la cultura, de la verdad y de la virtud.

*“Adelante pencil de mujeres
que enardecen el sol de la Patria
y que pintan con frágiles manos
la cultura, la paz y el amor”.*



LA FUNDACIÓN CULTURAL “PEDRO MONCAYO” Y SU APORTE DECIDIDO A LA PATRIA

La vida institucional es un inmenso océano, impetuoso y ancho: cargando sobre su dorso alegrías y tristezas, cobardías y esfuerzos, felicidad y dolor, un poco de gloria, incienso, fortuna, grandeza y algunas espinas amargas. Las alegrías más profundas y duraderas han nacido entre espinas y contradicciones. “La paciencia es amarga, pero sus frutos son dulces”, decía Rousseau.

“Los cumpleaños son alegres”, según la gráfica expresión de Artur da Távola. Los cumpleaños nos hacen descubrir que seguimos con nuestro dinamismo vital, que estamos en marcha, cantando un himno de gloria a la vida. La Fundación Cultural “Pedro Moncayo”, blasonando en su frontispicio una atractiva espiral que nace del insondable mar del ancestro cultural indígena y que se proyecta con efecto inercial hacia el futuro promisorio, cumple 34 años de vida institucional, entregados con una vocación de amor y de servicio a la cultura, cumpliendo fielmente el objetivo fundamental de su creación efectivizada aquel historiado 2 de junio de 1988, de rescatar del olvido y el prejuicio político la vida, la obra y el pensamiento de uno de los más grandes patricios ibarreños, el DR. PEDRO MONCAYO Y ESPARZA.

Prestantes ciudadanos como Marco Almeida Vinueza, Roberto Morales Almeida, Rosa Beatriz Reascos, Mario García Gallegos, César Vega Rosales, Susana Cifuentes, impulsaron el noble proyecto. A este grupo se unieron en representación de prestigiosas entidades culturales, brillantes ciudadanos como: Dn. Pedro Manuel Zumárraga, Clemencia Terán de Pavón, Cecilia Ponce Placencia, Dra. Alicia Bastidas, Dra. Marian Guzmán y la Dra. Inés Flores. Todos en mancomunidad de esfuerzos decididos a relieves la egregia personalidad del ilustre coterráneo y su pensamiento vivificante a fin de que se mantenga impoluto en los ecuatorianos y fundamentalmente en los ibarreños, en cuya alma, a manera de cofre de oro, guardan con profunda emoción el recuerdo de sus virtudes, que constituyen una lámpara votiva que ilumina el camino del verdadero patriotismo.

Por aquella época, Imbabura estaba representada en el Congreso Nacional por 3 notables personajes: Sra. Jenny Terán Estrada, Sr. Luis Mejía Montesdeoca y el Dr. Gustavo Medina López. Fue Dña. Jenny Terán, con el respaldo de sus coterráneos congresistas, la que consiguió una importante asignación económica de 208 millones de sucres para que se adquiriera el inmueble, condigno del prestigio del connotado Patrono, para el funcionamiento de la sede de la Fundación, que se encontraba ubicado en la García Moreno y Rocafuerte y que pertenecía a la familia Páez Pérez.

Hoy, esta señorial, sobria y elegante casona, que constituye un orgullo de la arquitectura ibarreña de principios del siglo XX (1920), se mantiene en pie, restaurada completamente, gracias a la denodada gestión de su actual Presidente, el Sr. Mario García Gallegos, que culminó con el decidido apoyo del Ing. Álvaro Castillo, durante su ejercicio como Burgomaestre de nuestra Ciudad (2014-2019).

Las 34 campanadas del reloj evidencian que lo que pasó está vivo y flama, dan fe de la plenitud de su pasión creadora. Nos revelan que el ayer y el antes de ayer están presentes y permiten el hoy optimista y el mañana que vendrá con sabor a triunfo y de nuevo desafío. Representan el más elocuente ejemplo de una acción noblemente concebida al servicio de una magna cruzada cultural, al servicio de Ibarra, de la preservación

de su patrimonio histórico, que mereció para la Fundación en el 2019, la condecoración Cristóbal de Troya, por parte del GAD municipal de Ibarra.

Los 34 años de vida institucional no son una simple celebración, no son un homenaje a la rutina, son una referencia al aporte decidido a la Patria que hace esta Institución privada, no gubernamental, de desarrollo social y cultural, que se levanta airosa, altiva, digna, enhiesta y atractiva como los robles.

LA BANDA “SANTA MARIANITA” DE EL EMPEDRADO

Ibarra, la Ciudad Blanca, en su áureo y evocador pasado, nos habla del barrio “El Empedrado”. Iniciaba desde la entrada del Ejido de Ibarra y culminaba en el ya famoso redondel de Ajaví Grande. No había exactamente una calle, sino más bien un sendero cenagoso con un pequeño tramo que era empedrado, sitio por el cual ingresaba el ganado hacia la hacienda de Pilanquí. Quizá ese fue el motivo por el cual el barrio adoptó el nombre del Empedrado. Corría el año 1940, cuando el



quiteño Dn. Santos Manuel Quimbiulco Troya, que se había afincado en este populoso sector, junto con los García, los Hidalgo, los Cabrera Puma, los De la Cruz, entre otros, movidos por el férvido sentimiento de las grandezas musicales, reuníanse en sus ratos libres, para interpretar armoniosa e intensamente los clásicos sanjuanitos, los albazos, los pasacalles, la música ecuatoriana, los cantares de nuestra tierra dulce, música que se halla escrita con el alma que teje amor y ensueño; con el corazón que ejecuta melodías de música de alas, de tronar de tempestades y con el cerebro que sabe crear himnos de fe y de esperanza, que sabe derramar mensaje, que al conjuro de su cadencia y ritmo colorea al clavel y pinta a la rosa y dibuja paisajes saturados de luz y de colores.

Decía un sabio griego: “Aquellos que no poseemos se nos antoja siempre el bien supremo; mas, cuando llegamos a gozar del objeto ansiado, suspiramos por otra cosa con ardor idéntico, y nuestra sed es siempre igualmente insaciable”. El sueño de formar una banda bullía en la mente de Dn. Manuel Quimbiulco. Cuando su hijo mayor, Víctor Manuel, apenas frisaba los 12 años de edad, con una improvisada flauta de carrizo, comenzó a arrancarle las primeras melodías. Luego irían incorporándose, los puros traídos desde la vía San Lorenzo, el penco del cual se le extraía el cono que tenía la forma de tubo y servía como boquilla, configurando una especie de trompeta, los tambores hechos a los dos lados de lata, bombos de cueros de chivo o de borrego, todos estos implementos conformaron la reluciente banda mocha del Empedrado.

Más tarde desde Cuajara, arribaron cuatro integrantes de raza negra: Miguel Minda, Marcelino Chala, Ángel María y Liborio Gonzalón, quienes acompañaron a la banda por el espacio de 15 años. Los acordes inconfundibles de los instrumentos, hacían brotar las melodías populares cargadas de alegría, de desbordante regocijo.

Una verdadera constelación familiar fue conformando la ya famosa banda: Luis Rodolfo, Julio César, Juan Aníbal, Eloy Armando y el último de los seis hermanos Pablo Humberto. La sucesión prosigue con los nietos de Dn. Santos Manuel: Fernando y Juan Carlos. Es de resaltar que Dn. Santos Manuel era devoto de Santa Marianita de Jesús, esa noble

virgen quiteña, honra y gloria de nuestro Ecuador, y que por su virginal candor mereció el honroso calificativo de Azucena de Quito. La Santa y el tramo de empedrado que aparecía en el largo callejón del barrio, inspiraron a Dn. Santos Manuel a bautizarle a su banda con el nombre de la “Banda Santa Marianita de El Empedrado”.

El éxito ha sido rotundo, no sólo a nivel local, sino nacional e internacional. Ha ganado varios concursos. Los premios económicos, las placas de reconocimiento, los trofeos, las colchas entregadas por afamados toreros, hablan con lenguaje de eternidad de su quehacer musical popular que se ha plasmado en sus interpretaciones que florecen y estallan ante un público que no puede evitar el humus sentimental de su tierra porque en él está viva la canción ecuatoriana en toda su prístina pureza, en toda su alta claridad, sin mixtificaciones ni concesiones comercialistas de índole alguna. Así los sueños de un pueblo, de un barrio, así su pasión, así su taciturna esperanza.

Hoy por hoy, rumbo a sus bodas de diamante cuenta con una banda-orquesta, que va sintonizando con los avances de la tecnología moderna y que ha cobrado su elevada estatura bajo la dirección del maestro Juan Aníbal Quimbiulco interpretando canciones no solamente del pentagrama ecuatoriano, sino de otros países.

DR. MARCO ANTONIO RODRÍGUEZ, RENOMBRADO ACADÉMICO

Era un niño que llegaba, a veces, a un salón muy elegante, llamado “La Delicia”, en la Av. Colón, que entonces no tenía nada que ver con lo que es ahora. Acompañaba a su padre, un honrado ciudadano que tocaba magistralmente el piano. Era ciego y se ganaba la vida interpretando canciones. Sus abuelos con quienes también vivía este niño, eran imagineros: tallaban santos, vírgenes, calvarios, cristos y muebles preciosos. Todos extraños al mundo de los libros. El nombre del niño: MARCO ANTONIO RODRÍGUEZ.



Hablar de MARCO ANTONIO RODRÍGUEZ es hablar del ilustre quiteño que nació en la “Carita de Dios” allá por 1942. Es hablar del egregio jurisconsulto, del doctor en Filosofía y Letras y Máster en Ciencias Políticas. Es hablar del maestro en la vastedad inconmensurable del término con sus rejalgares de sacrificio y sus esplendores de triunfos por la satisfacción de los frutos recogidos, pues ha sido catedrático de Literatura, Lenguaje creativo, Historia de la Filosofía, Derecho Constitucional, Arte y Pensamiento del siglo veinte, Crítico de las manifestaciones culturales. Es hablar del periodista sin mácula, sin temores, que vive a plenitud su libertad y su frontalidad para enrostrar a los regímenes autoritarios, a los regímenes que infunden miedo, pero que Marco Antonio no les tiene miedo. Allí sus artículos donde ha brillado el heraldo, el suscitador, el atalaya, el sembrador paradigmático, pues ha colaborado en numerosos diarios y revistas ecuatorianos y extranjeros: El Comercio,

El Universo, La Hora, Diario Hoy, El Gallo Ilustrado (México), El Nacional (Uruguay), Artes-Artes (Argentina), A.B.C. (España)... Hablar de Marco Antonio Rodríguez es hablar del vocacionado escritor que ha sabido tomarle de los blandices a la conciencia y sacudirla. Libros suyos han sido traducidos a varios idiomas y sus cuentos constan en las más exigentes antologías nacionales y extranjeras. Sus obras son textos de estudio en colegios y universidades; constan en los planes de estudio de Literatura Ecuatoriana e Hispanoamericana del Ministerio de Educación y Cultura.

Su valía de escritor insigne le ha permitido publicar sus obras buidas de talento y erudición:

- 1977. Historia de un intruso, Premio al mejor libro de habla castellana en la feria Internacional de Leipzig, Alemania.
- 1985. Un delfín y la luna, Premio Nacional de Literatura José Mejía Lequerica, Quito-Ecuador.
- 1986. Un delfín y la luna, Premio Podestá, Madrid-España.
- 1991. Jaula, Premio Nacional de Literatura Joaquín Gallegos Lara Quito-Ecuador
- 1993. Jaula, Premio UNAM (México) de Literatura Latinoamericana.
- 1992. Jaula, Premio Universidad Central del Ecuador. Quito-Ecuador; y,
- 1999. Cuentos Breves. Premio Universidad Central del Ecuador. Quito-Ecuador.

Con gran aplomo ha subrayado que su pasión es escribir y escribir “Moriré escribiendo mi mejor libro”, lo ha dicho con convicción profunda.

Hablar de Marco Antonio Rodríguez es hablar de nuestro Presidente Nacional de la Casa de la Cultura Ecuatoriana “Benjamín Carrión”. Es hablar del hombre que ha conducido nuestra Casa durante 8 años por los andariveles del honor y de la gloria, pues como él mismo subraya, “haciendo de ella, no un espacio veleidoso, pues afince sus raigalidades en lo

más hondo de nuestro ser nacional, en aquellos elementos únicos que le han dado contenido. Emerge de las dimensiones parvas del Ecuador, por eso debemos respetarla y amarla, llevándola en perpetua romería en los cuencos de nuestras manos...” Marco Antonio Rodríguez ha sido el hombre que ha pensado y ha mirado siempre en horizonte trabajando su palabra y sus actos para la memoria, no para el olvido contribuyendo siempre a la buena historia de la Patria. Ha trabajado a tiempo y a destiempo, combatiendo el buen combate, como destaca el Apóstol Pablo en las Sagradas Escrituras. Ha sido radical en puntualizar que “Jamás bajaremos la cerviz ante ningún poder. La cultura está por encima de todos los quehaceres humanos. Lo dice Chomsky en una de sus entrevistas sobre la obra cultural. No puedo mentir ni fingir, añade, menos traicionar o ser partícipe de cenáculos donde está prendida siempre la llama de la fatuidad, de la mezquindad, de la indignancia intelectual, de la amargura, de los convencionalismos, del vacío humano...”

El destacado escritor y periodista Xavier Oquendo Troncoso señala en un enjundioso editorial: “Estos años, en que ha administrado Marco Antonio Rodríguez, la Casa ha vuelto a ser digna, firme, responsable, ha vuelto a tener personalidad, se ha vinculado con lo desvinculado, ha regresado a ver a los “enemigos de la Casa”, a los “amigos” de los otros, a todos. Ha hecho balances, ha dispuesto cambios, ha cambiado los caminos bifurcados, ha desmantelado los castillos en el aire y ha construido unos, de “hormigón armado”. Es preciso rescatar para nuestra historia, su lucha frontal por los derechos de la Casa de Carrión, su entrega fervorosa, su reciedumbre espiritual, su temple acerado a fuego. Ha trabajado no desde la simple retórica, sino con el ejemplo.

El Núcleo de Imbabura tiene corazón. Guarda en él, como en vaso cellinesco las odoríferas flores de la gratitud. Allí en la condecoración y en el oportuno reconocimiento puede ver reflejada la cumbre de su corazón y de nuestros ojos que brillan cuando justipreciamos su proficua labor desplegada.



CARLOS HERNÁN BARAHONA, TALANTE Y TALENTO DE MAESTRO

Y fue precisamente en el recodo histórico de Pilanquí, en el sitio que exalta la ibarreñidad profunda, unimismados con el espíritu de la autonomía que todavía disfruta nuestra Casa, llevándola en perpetua romería en el cuenco de nuestras manos y de nuestra alma, donde rendimos tributo al servicio desinteresado, a esa dación total que se involucra al quehacer del devenir histórico de la gens ibarreña, a flor de corazón y de memoria. Es grande honra para nuestra Casa hacer justicia a quien se lo merece y buscar el mérito, aunque este quiera pasar inadvertido, para ensalzarlo y para engrandecerlo.

“Hay hombres que aran y que oran”, subraya una vieja máxima castellana, que suelen hacer de su arar y sembrar cotidiano, la más elocuente oración, que disciplinan sus ricas existencias abriendo hondos surcos

en el corazón de su Patria chica. A la teoría de nuestro benemérito fundador, el gigante de la cultura, Manuel Benjamín Carrión, tenemos que añadir que en la medida en que hay pequeñas patrias, también hay hombres-patria, espíritus de esencial amor terrígeno que se gastan y se desgastan por los nobles intereses de la educación y de la cultura. A este grupo pertenece CARLOS HERNÁN BARAHONA SANDOVAL. Es preciso exponer ante la Patria, “modelos verdaderos y no librescos cabañeros de pantalla y de oropel”, lo dijo certeramente un notable político y estadista ecuatoriano.

La irreductible modestia de este varón singular, su esquivez por los públicos honores, lo arraigado de su invariable norma de vida de trabajar sembrando la buena semilla, sin hacer ruido y recatándose de las humanas miradas, casi nos privan de hacer público nuestros sentimientos de cordialísimo afecto y de unánime complacencia.

Hablar del Lic. Carlos Hernán Barahona es hablar del maestro que supo cincelar con mano firme el vaso de la vida de centenares de jóvenes y supo colmarlos de virtud y de saber ya en los planteles secundarios, ya en la cátedra universitaria. Admiramos la altura de hombre formado en las gloriosas aulas del Instituto Rosales y del prestigioso Colegio Salesiano “Sánchez y Cifuentes”. Admiramos ese talante y ese talento de maestro. Él ha sido en el bosque sagrado de la Matemática y de la Física, el robusto roble. De ello dan testimonio el Sánchez y Cifuentes, la Inmaculada Concepción, el Sagrado Corazón de Jesús, el San Francisco, el Fátima, el Daniel Reyes. Fue el primero y el segundo, el principal y el Vicerrector en las gloriosas aulas del Teodoro Gómez de la Torre, junto a ese otro roble que desbordó su ciencia en clarísimo torrente, echando mano del símil decidor, clásico y oportuno como fue Don Roberto Morales Almeida. Carlitos, como cariñosamente le llamamos quienes nos preciamos de ser sus amigos, ha dejado huellas de autoridad en el otrora Colegio Nacional de Señoritas “Ibarra” y en la Academia Militar “San Diego”. Fue el segundo a bordo de la Pontificia Universidad Católica Sede Ibarra y luego el Coordinador Provincial de la Universidad Técnica Particular de Loja, a la cual le ha entregado los más

lúcidos años de su proficua existencia, después de haberse constituido en el primer estudiante en el país de la modalidad abierta de esa Alma mater. Así son los robles que se van encumbrando, extienden sus brazos desde la cumbre y cobijan a los demás que necesitan de su sombra, para echar flores, sortilegio de color y de perfume. Y es que el título no hace al maestro. Él ha sabido hacer maestros para que le diesen título.

Vida bellamente armónica la del Licenciado Carlos Hernán Barahona. En esta apretada síntesis no debe faltar el relieve del hombre enamorado de la vida, de los pasillos y de los boleros, su arte de entonar el requinto y la guitarra, para arrancarles los arpeggios más deslumbrantes y cantarle y decirle "gracias a la vida que le ha dado tanto", parafraseando a Violeta Parra. Sus dotes singulares de investigador le fueron valiosísimo auxilio para que broten de su castiza y elegante pluma opúsculos como *Mecánica relativista*, *Polígonos regulares*, *Hojas de mi cuaderno*, *Triangulaciones pedagógicas*, *Triangulación del tiempo* y *Triangulación del universo*; Fausto Yépez Almeida, el caballero de la ibarreñidad y *Pedagogía de los valores*.

Coincidimos con el criterio filosófico de Ortega y Gasset, cuando enfatiza que "La vida es lo que hacemos, lo que somos y lo que nos pasa". Así lo entendemos los maestros de vocación, los que hemos tenido el honor de escuchar su vibrante voz de varón integérrimo, los que hemos escuchado en sus libros la noble voz de su espíritu. Sin lugar a dudas, voces inextinguibles en donde su espíritu privilegiado ha logrado consolidarse a cabalidad.



MONS. JULIO TERÁN DUTARI Y SU DESPOSORIO CON LA IGLESIA

Alguien decía que “la nobleza de un pueblo se mide por el espesor de su memoria. A poco amor, poca memoria. A mucho amor, mucha memoria. En torno al recuerdo de los preclaros varones debe arder perennemente una lámpara votiva”. Si reconocer es conocer de nuevo, tomemos conciencia agradecidamente y hagamos memoria de lo que ha sido el periplo sacerdotal y episcopal de Mons. Julio Terán Dutari.

“Los dioses hieren a todo aquel que, nacido hombre, no piensa como hombre”. Esta es la frase que luce en el plinto de la estatua de Némesis, cuya escultura se yergue en el umbral de todas las tragedias de Sófocles y resume la concepción de hombre. Esta estatua tiene un antebrazo levantado para señalar así gráficamente el codo, signo de medida, y en la otra mano tiene un freno, signo de límite impuesto. He aquí el hombre. El varón, como enfatizaran los romanos. ¡El hombre!, excl-

maba Montaigne, ¡qué cosa más maravillosa!. Ortega y Gasset, el maestro y escritor de las más puras emociones decía: “Parece cosa fácil decir qué es el hombre; basta con fijar en él la mirada y dar un grito: he aquí el hombre”. Si en este momento irrumpiera en este salón aquel histórico filósofo de las sublimes excentricidades, que viene buscando por las calles y plazas de Grecia, aquello que a pleno sol y a la luz viva de su linterna mágica busca. ¡Qué bien que habéis llegado!, le diríamos con el supremo júbilo de quien ha servido a su grey empuñando el Cayado del Buen Pastor. ¡Qué bien que habéis llegado, querido Diógenes!, la persona que buscáis está en este recinto; pero apagad vuestra linterna, porque la persona que buscáis, brilla con luz propia.

Mons. Julio Terán Dutari es el hombre que ha hecho de su sacerdocio una vocación, un arado de luz con el que ha abierto hondo surco en el corazón de la feligresía ecuatoriana; un maestro y un pastor de elevados quilates, un paradigma de sapiencia y de humana sensibilidad, virtudes que realzan su figura en la cerrazón de la hora presente, cuando se avizoran negros nubarrones en el cielo de la Patria adolorida, donde todo parece conjurarse en contra de la Iglesia y de la educación católica. La unción sacerdotal, lejos de eliminar el patriotismo, lo purifica y lo purifica, elevándolo sobre las miserias de los intereses mezquinos y sobre las olas embravecidas que se agitan en el mar de la existencia. Siempre tendrá presente aquel día grande en que consagró sus manos, ofreció al Omnipotente la Hostia Santa de propiciación y la inmaculada sangre del Cordero, el día que divinizada su alma por su unión con el Creador, se constituyó en Apóstol del cristianismo y en sacerdote del Crucificado. Él es el hombre que desde el día de su Ordenación episcopal supo que empuñar el Cayado, es abrazarse con la Cruz y crucificarse con su Maestro; que la preciosa mitra es corona de espinas; que el pectoral que brilla es emblema de un corazón sufrido por los avatares y reverses que impone la vida y que el desposorio con la Iglesia, es el desposorio con el Calvario.

Mons. Julio Terán nació un 15 de agosto de 1933 en Panamá, de padre ecuatoriano con ancestro ibarreño y de madre panameña. Más adelante se le reconocería su nacionalidad de ecuatoriano por nacimiento.

Formado en la Comunidad de los Jesuitas, bajo la égida del pensamiento de San Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús, Mons. Julio Terán se afana por ser ese “soldado de Cristo” que lucha y se sacrifica por realizar el lema: “Ad maiorem Dei gloriam” (“para la mayor gloria de Dios”). Los Ejercicios Espirituales que fueron vividos por Iñigo López de Loyola constituyen, sin lugar a dudas, el vademécum de este soldado de Cristo. Allí está el secreto de su espíritu de entrega, de su mística y del servicio por la alegría de amar a Dios.

Lo importante en el ser humano no es el número de años de vida, sino la intensidad con que se los ha vivido. La vida de Mons. Julio ha estado impregnada de una entrega sin medida desde la sencillez del presbítero hasta la de Pastor de la Iglesia, sucesor de los Apóstoles; desde el Vicerrectorado y Rectorado de la Universidad Católica, hasta la Presidencia de la Federación Internacional de Universidades Católicas; desde miembro del Departamento del Magisterio de la Iglesia y Presidente de la Comisión Episcopal de Educación de la Conferencia Episcopal Ecuatoriana hasta Miembro de número de la Pontificia Academia Mariana Internacional de Roma, nombramiento que lo hiciera el Cardenal Ratzinger, nuestro actual Vicario de Cristo.

Su docta y briosa pluma le ha permitido realizar publicaciones cuyo elenco abarca más de 250 títulos entre revistas y libros de alto contenido espiritual y formación académica. Allí se puede apreciar esa prosa muy bien intencionada, enjundiosa y ágil. “Las piedras preciosas piden rico engaste”, decía Quintiliano. Sólo el Espíritu Santo le ha permitido engastar tanta sabiduría en sus escritos.

La Casa de la Cultura Ecuatoriana “Benjamín Carrión” Núcleo de Imbabura, ha tributado a este ilustre Prelado, el condigno homenaje. La condecoración impuesta sobre su pecho, deja de ser medalla. Es la cumbre de su propio corazón y para que vea cumplir en sí mismo el vaticinio fervoroso con que remata el recordado canto: “El hombre pone lauros en la frente. Y es la mano de Dios la que corona”



DR. LUIS BAYAS VALLE, S.J., SOLDADO DE CRISTO Y MAESTRO CONSUMADO

Al austero Marco Catón, político y escritor romano se le atribuyen aquellas palabras cargadas de justipreciación: “Quien es grande para su medio y para su tiempo lo es para todos los medios y para todos los tiempos”. Es de justicia predicar esta grandeza porque la estela de la proficua existencia de nuestro homenajeado, a su paso por nuestra hidalga ciudad Blanca, dejó surcos de luz en el alma de los ibarreños, de los imbabureños, de los maestros y estudiantes que se nutrieron de sus sabias enseñanzas.

Henos aquí congregados con el alma rebotante de alborozo. Este es el gran día en que la gratitud guardada en el cofre magnificante del corazón logra finalmente pública expresión en el pleito homenaje que rinde el Colegio Diocesano Bilingüe al hombre a quien, en lo humano, nos reconocemos más deudores, al que fue el gestor, el iniciador, el primer agente, el alma de la fundación, EL PADRE LUIS BAYAS VALLE.

No hay gesto más comparable, con el del propio espíritu, cuando este es el aliento vital de una institución que nació con los mejores augurios para la bizarra juventud estudiosa.

Luchito Bayas, como cariñosamente lo llamamos en los círculos amicales, nació en Quito, en la carita de Dios, un 21 de febrero de 1928. Su formación primaria y secundaria la recibió en las gloriosas aulas del Pensionado “La Salle” y del emblemático Colegio “Loyola” perteneciente a la Comunidad de los Jesuitas. Realizó sus estudios de Filosofía en el Colegio Máximo San Gregorio y los de Teología y Posgrado en el Woodstock College de New York donde recibió su ordenación sacerdotal en 1950. Bajo la égida del pensamiento de San Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús, el P. Luis Bayas siempre ha sido ese vocacionado soldado de Cristo en cuya vida se ha encarnado aquel lema siempre antiguo y siempre nuevo “Ad maiorem Dei gloriam” (“para la mayor gloria de Dios”). Los Ejercicios Espirituales que fueron pregonados por Iñigo López de Loyola constituyen el plinto inspirador de este gallardo miliciano de Cristo. Allí fulge el secreto de su espíritu misionero y su dación total como apóstol y adalid del cristianismo.

Después de levantar entre sus manos el pendón de la Cruz siempre ha estado al servicio de Cristo y de su Iglesia con todo su ser, con su maravilloso don de consejo, con su Análisis transaccional inspirado en el bien ser, en el bien estar y en el bien tener con el más puro espíritu cristiano, el más acendrado civismo, la más sana sociología. Al servicio de Cristo y de su Iglesia, su docencia. Consumado maestro, lumbrera que irradia por la luminosidad de su talento, por la amplitud desconcertante de su erudición. Cuántas almas, en efecto, han recibido el don de sus enseñanzas en el Colegio San Ignacio de New York, en el Loyola de Quito, en el San Gabriel, donde se consumó el milagro de nuestra Madre Dolorosa aquel historiado 20 de abril de 1906, en la Pontificia Universidad Católica y en el Universitario Bilingüe del cual fue su Rector-fundador. Cierta día imbuido de su espíritu quijotesco salió como el señor de la Mancha, tras su colosal aventura y en la fecha magna del 25 de agosto de 1982 inscribía la partida de nacimiento del Colegio Universitario Bilingüe en el libro de los estable-

cimientos educativos de nuestra provincia azul de Imbabura. Cómo no destacar su gran espíritu de apostolado, su amor a la Patria, su consagración a Dios. Sus talentos y sus virtudes los puso al servicio de la juventud ibarreña. Supo aunar en un solo haz los resortes morales, intelectuales y las mejores experiencias de la educación liberadora que preconizaba Paulo Freire, esa educación que rompe los viejos paradigmas, que lleva al descubrimiento de los propios valores, los propios caminos, es decir que pugna por la originalidad, que parte de nuestra realidad, que no atropella la cultura propia, que no la desprecia, ni la aniquila. Creó entonces nuestro Colegio, el primer establecimiento privado de nuestro medio ciudadano que incorporaba las ventajas de la enseñanza del idioma Inglés a las excelencias de la educación católica. La Institución que creara hace 40 años el Padre Bayas es ya una entidad, una Unidad Educativa en la plenitud de su prestigio. Cuarenta años han pasado, 14.600 días, y ellos han sido mudos testigos del paso de decenas de jóvenes por las aulas escolares. Miremos la superficie dilatada que se extiende a nuestros pies. ¡Cuarenta años de vida institucional!. Miremos allí el jardín de los ensueños, exornado de claveles encendidos de pasión y de frescos laureles de gloria que hemos ido levantando, a su turno, el Padre Bayas, el P. Eduardo León, el Dr. Jorge Isaac Cazorla, MSc. Luis Fernando Revelo, Padre Orlando Bustamante y P. Danny Játiva. Homenajear, condecorar a este argonauta de la ciencia, de la cultura, a este soldado de Cristo ¿no es acaso celebrar la gloria de esta nuestra Institución?

Reciba la merecida ofrenda de nuestro aplauso y el homenaje fiel de nuestro cariño y gratitud. Decía ese gran filósofo germano Wilhelm Dilthey: “El hombre es historia” y por supuesto refrendaron esta aseveración otros grandes filósofos y pensadores como Ortega y Gasset, Karl Jaspers, obviamente cada uno en su tiempo y circunstancias. Usted ya es historia. Nos unimismamos a su periplo de sacerdocio y de docencia por ineludibles lazos de vocación, de afecto, de cultura, de amical compromiso. Aquí no brilla la riqueza, ni colma la abundancia, ni reina la suntuosidad, sólo extendemos nuestras manos para estrechar las suyas y pedirle al Todopoderoso que colme de bendiciones su fructífero tránsito vital.



PEDRO RAÚL ECHEVERRÍA, ARTESANO Y HOMBRE DE LETRAS

Quién no recuerda la historia de aquella rueda a la que le faltaba una pieza, pues habían cortado de ella un trozo triangular. Anhelaba fervientemente estar completa para sentirse realizada, así que se fue a buscar apasionadamente aquello que le hacía falta.

Pero como estaba incompleta y sólo podía rodar muy despacio, reparó en las bellas flores que había en el camino, en la policromía del paisaje, en los avatares y reverses que impone la vida, en la dura realidad que se vive en la cotidianidad. En su tránsito encontró algunas piezas, pero ninguna era la que le faltaba y prosiguió su búsqueda incansable.

Cierto día halló la pieza que le venía perfectamente. Entonces se alegró efusivamente, pues ya estaba completa, sin que nada le faltara. Se colocó el fragmento en el cuerpo y empezó a rodar con mucha rapidez.

Pedro Raúl Echeverría fue el tornero que supo poner en práctica sus grandes cualidades artesanales. Fue un sobresaliente maestro cuyas habilidades las puso al servicio de los demás en el diario accionar de su taller. Con su esforzado trabajo se constituyó en baluarte del trabajo

creador. Con sus módulos que solía alquilarlos, supo que se podía escalar hacia las altas cumbres donde solamente llegan los grandes, los que se esfuerzan, los que saben soñar despiertos, como lo anunciaban los poetas Lawrence y Rubén Darío. Todos soñamos, pero no de igual modo. Los que sueñan de noche, en el polvoriento nicho de su mente, despiertan para ver que todo era vacuidad. Pedro Raúl pertenecía a los soñadores diurnos que pueden ver sus sueños con ojos abiertos para convertirlos en realidad.

En su tránsito existencial fue reparando en las angustias que vive el pueblo, quería ser la voz de los que no tienen voz. Algo le hacía falta para sintonizar con el pueblo tantas veces engañado y explotado. Y entonces descolló en el periodismo, en el ensayo y en la poesía. Y con mucha rapidez escribió 14 libros donde se plasman sus sueños, sus anhelos y sus esperanzas. Sus obras son un compendio de hechos reales. En una de ellas puntualiza. “Una úlcera sangrante llevamos todos en el alma, el grito del tiempo embarcado en la nave de los siglos. Duele tanto entender la furia escondida en el ser humano; muchos se vuelven como los MIRLOS, se visten de blanco para picotear e inyectar amargo veneno”, contemplando con ironía salvaje, cómo sucumben tantos inocentes en medio de los amargos estragos ocasionados por ellos”.

En su poemario “Símbolos” destaca su versatilidad mental al subrayar: “Mientras modelo la vida del trabajo, unas limallas color de hierro, cómodamente se retratan en las pupilas de mis ojos, y como diamantes de luz, me guían en el camino de la vida. Sé que golpeando el martillo, modelo versos y metáforas en mi mente; en cada golpe agudo hay un soliloquio, y si sigo golpeando me lleno de recuerdos”.

En Pedro Raúl Echeverría se compendiaron las virtualidades del artesano honrado, la inspiración del poeta, la pasión por la justicia, las dotes persuasivas del orador, la ejecutividad del hombre de acción, la angustia por el pueblo “sufrido y aguantador”. Por todos estos méritos el Parlamento Nacional le impuso la condecoración “Vicente Rocafuerte” y el Gobierno Provincial de Imbabura le otorgó la condecoración “Pedro Moncayo”.

Sesenta y seis años fueron suficientes para sembrar la buena semilla. Pudo hacer más, indudablemente. Todavía avizorábamos en él la fortaleza, la reciedumbre de su personalidad, mas la inexorable parca lo arrebató hosca y fríamente.

EDMUNDO CHAMORRO NAVARRETE, MAESTRO Y ARTISTA

Dice el inmortal profeta del Líbano Khalil Gibrán: “Y sucedió que el discípulo anunció la muerte del maestro y el gentío empezó a llorar y a sollozar. El maestro, prosiguió, se ha entregado al sueño eterno y su alma bienaventurada se eleva por encima de nosotros en los cielos del espíritu, más allá de la tristeza y la pesadumbre. Su alma se ha desprendido de la esclavitud del cuerpo y ha arrojado las cargas y la fiebre de esta vida terrenal. El maestro ha abandonado este mundo de materia, ataviado con las vestiduras de la gloria y ha pasado a otro mundo libre de penalidades y aflicciones. Ahora está donde nuestros ojos no pueden ver-



lo ni nuestros oídos escucharle. Mora en el mundo del espíritu, cuyos habitantes lo necesitan acuciosamente. Está ahora adquiriendo el conocimiento de un nuevo cosmos, cuya historia y hermosura siempre lo han fascinado y cuya lengua él se esforzó siempre por aprender. Su vida en esta tierra constituyó una larga cadena de hechos gloriosos. El maestro no descansaba más que en el trabajo. Amaba el trabajo que era su Amor visible. Era un manantial de sabiduría que brotaba del seno de la eternidad, una corriente pura de ese conocimiento que riega y vivifica la mente del hombre. Y ahora ese río ha desembocado en las playas de la vida eterna...El que desee honrarlo que ofrezca a su alma bienaventurada un himno de alabanza y acción de gracias. El que desee rendirle el homenaje que se merece, que asimile el conocimiento en su testimonio de vida lleno de sabiduría que nos ha legado. Sólo así debe honrárselo... Sólo así podrá pagársele el tributo que se le debe”.

Después de leer estas palabras, queridos amigos, he ascendido con vacilante paso, los escalones de esta tribuna fúnebre, aquí en este templo sacrosanto de nuestra Catedral de Ibarra, donde el silencio impera y siente el alma anhelos infinitos de inmortalidad, para desgarrar el corazón a impulsos del dolor acerbo y hacer que se deslicen, silenciosas y amargas, las lágrimas que vierten los ojos y que broten de la abundancia del corazón las palabras de gratitud y reconocimiento para nuestro querido maestro EDMUNDO CHAMORRO NAVARRETE.

Cuán ciertas son las palabras de Khalil Jibrán que cobran plena vigencia en la vida y en la obra de este paradigmático maestro. Las imágenes se multiplican y se atropellan unas a otras cuando evocamos el periplo vital de Edmundo, ¡el maestro, él es!, símbolo de la soñadora y rebelde tierra carchense y a quien sería justísimo considerarle como el maestro ibarreño de corazón. A esta nuestra hidalga parcela imbabureña le entregó desde 1953, como maestro del entonces Colegio de Artes Plásticas “Daniel Reyes”, los más lúcidos e inolvidables años de su vida. Así nuestra provincia azul, nuestra Blanca Ciudad se adentraron y se fundieron en su alma juvenil. Se hizo carne de su carne, sangre de su sangre y espíritu de su espíritu en la austera figura de Edmundo Chamorro.

rro Navarrete. Acordémonos con el corazón transido de emociones cuando en 1974, junto a ese coloso del magisterio, el insigne maestro Ramiro Guzmán Rueda, en los patios del antiguo Teodoro Gómez de la Torre, hacían brotar de la nada y tomaban las riendas respectivamente, de dos Instituciones educativas técnicas que aparecían en el estadio de la ciencia y de la cultura, nacían al calor de grandes ideales, encarnadas en los nombres que llevaban: “Víctor Manuel Guzmán” y “17 de Julio”. Allí estábamos los alumnos fundadores “los remolachas” con nuestras límpidas voces de adolescentes y los años primaverales de las doradas ilusiones. Allí el maestro prodigando luces de talento, su palabra llena de causticidad y de reveladoras admoniciones, abriendo surcos, transfigurándose en el hombre bueno y sabio que fue. Y es que un maestro tiene que ser bueno, claro como el agua que surge en la torrentera eglógica, sincero de sentimientos; limpio, con la limpieza del cristal bruñido hermano del sol. Singular fue por ello “Papá Chamorro”, transparente, afable, cristalino. La bruna capa sangabrielina que envolvía su materia, hacía aparecer así, limpio de expresión y de bondad. De ello dan fe sus estudiantes del “17 de Julio”, del “Teodoro Gómez de la Torre”, del Colegio “Sánchez y Cifuentes”, del Colegio “La Inmaculada Concepción”, del “Sagrado Corazón de Jesús” regentado por la Madres Bethlemitas, del Colegio “Ntra. Señora de Fátima. Y qué decir de su pasión artística, de sus brillantes actividades teatrales, de sus libretos crítico-humorísticos para la radio “La Voz de Montúfar”, en donde actuaba como el indio José Manuel.

Edmundo Chamorro Navarrete supo hacer de su existencia una gran vida, como decía Alfredo de Vigny, “una gran vida consiste sólo en realizar durante la edad madura los sueños de juventud”. Edmundo supo trocar su vida en ofrenda constante y sacrificada en aras de la ciencia, del arte y de la cultura.

Aquí los maestros de su amado “17 de Julio” y de otras instituciones, los estudiantes, los ex alumnos, la Casa de la Cultura a la cual perteneció y fue vocal del directorio, los amigos, todos unimismados por los grandes ideales le decimos ¡GRACIAS EDMUNDITO!. Exaltamos su

grata memoria, como una elocuente demostración de que la simiente que usted sembró, con el libro y la palabra, ha germinado en todos los espíritus. Querido maestro, padre, hermano, amigo, nosotros pasamos pero su Institución y su obra prevalecerán por siempre.

BERNABÉ CAICEDO, CINCUENTA AÑOS DE VIDA ARTÍSTICA

Con enorme acuidad John F. Kennedy, el trigésimo quinto Presidente de los Estados Unidos solía decir: “El mérito pertenece a quien está verdaderamente en la trinchera, con la cara manchada por el polvo, el sudor y la sangre; al que sabe de los grandes entusiasmos y las grandes devociones y es capaz de gastarse en las grandes causas; al que, en el triunfo experimenta la emoción de las cumbres conquistadas y



en la derrota tiene al menos la recompensa de saber que se atrevió, y cuyo puesto no será nunca el de los espíritus tímidos y fríos, incapaces de victoria o de desastre”. Muchos soñamos con hacer algo nuevo, donde dejemos impreso nuestro sello personal. Por supuesto que son indispensables los recursos, el momento adecuado, los contactos, los talentos, la visión, la persistencia. Peter Drucker solía decir: “Es preciso dar nuevos pasos, pronunciar nuevas palabras. Es más productivo convertir una oportunidad en resultados”. Siempre será importante barajar nuestras oportunidades para poner los sueños en primer lugar.

Cada uno de nosotros somos los escultores de nuestra propia efigie construida con cinceles de ritmos. Quizá la faena sea dura, ingrata acaso, acibarada en determinados momentos, pero la vida es así porque la vida es lucha y la lucha es acerbidad y amargura. Rendimos nuestro condigno homenaje al artista plástico JORGE EDUARDO BERNABÉ CAICEDO, al maestro, pintor, escultor autodidacto, oriundo de esa fecunda matriz cultural, San Antonio de Ibarra, cuna de grandes artistas, que atraen como un imán nuestra admiración y nuestra ovación merecida. Las calles y los parques evocan con orgullo los nombres de sus alfas y en ellas se han levantado bronceíneos monumentos. A esa estirpe de esforzados varones pertenece por derecho propio Bernabé Caicedo.

Allí en San Antonio, en las horas en que más brillaba el sol; o en la noche, cuando los fulgores de los astros envolvían con sus matices varios los perfiles de su sombra, Bernabé encontraba el marco propicio para su inspiración artística, abrazaba con pasión indescriptible su pro-teica tarea de transformar la dócil madera en obras artísticas, brillantes y copiosas. En el lienzo ha ido grabando con caracteres indelebles su plasmación artística con toda la euritmia, toda la galanura, todo lo bello, elegante y armonioso.

Su obra ha sido expuesta en entidades públicas y privadas: Cancillería ecuatoriana, Banco Central del Ecuador, Consejo Provincial de Imbabura, Casa de la Cultura Ecuatoriana, Ministerio de Trabajo y Recursos Humanos, Ministerio de Cultura, Municipios de Ibarra, Antonio Ante, etc.. Ha traspasado también los linderos patrios, como aquella

significativa muestra que expuso con rotundo éxito y cordial beneplácito en la Galería “Lima” de la ciudad de Caracas-Venezuela. Ha recibido sendos reconocimientos y preseas dentro y fuera del país.

Supo abreviar su sed de conocimientos en las fuentes nutricias de esos grandes maestros: Florentino Rojas, oriundo de Bogotá y Alejandro Otero, meritísimo artista venezolano.

“Milicia es la vida del hombre sobre la tierra”, afirma el Libro Sagrado, es decir un combate sin tregua, primero con las propias pasiones y luego con las tribulaciones, en la búsqueda constante del bien sin fin. Bernabé Caicedo ha servido con denuedo en su terrazgo nativo: ora como Teniente político, ora como Presidente de la Comisión de Higiene y Salubridad del Consejo Parroquial de San Antonio de Ibarra, ora como Comisario Nacional subrogante, en fin... su vida al igual que el espólón de proa de una nave, ha abierto senderos, ha despejado obstáculos, dejando tras de sí una impronta indeleble de fecundas realizaciones.

Bernabé Caicedo ha llegado a la cima de sus 50 años de vida artística, esa áurea etapa, en que la vida va adquiriendo plenitud de fruto sazonado. Elogiamos esa vida de brillo, de esfuerzo, de superación. Reconocemos su vocación a tiempo completo y su entrega desinteresada a los nobles ideales del servicio.

JOSÉ VILLARREAL Y SU SINGULAR TRAYECTORIA PICTÓRICA

Lo dijo un día Miguel Ángel, aquel famoso pintor y escultor italiano: “El verdadero arte es noble y devoto por el espíritu que aliena en él. Pues para aquellos que así lo comprenden, nada hace tan preciosa y pura el alma como el esfuerzo tendiente a crear algo perfecto”. Y con un mágico pincel José Villarreal Miranda ha plasmado en su obra, en su faz artística el color, nervio vital que anima su creación fecunda. Su pueblo natal es San Antonio de Ibarra, aquella parcela ibarrena de la cual bien dijera un maestro “el rincón apacible, en el que ha



crecido, como secuela de remoto ancestro; acaso, como un eco lejano de la pujanza imbayá, acicateado por el fervor hispano; ha crecido, digo, esa rara flor de eurítmica forma, de obsesionante color y de extraño perfume; esa rara flor que es el sentimiento del arte, el sentimiento por lo bello, el sentimiento que eleva el alma a vibraciones altísimas...”

Fue Virgilio quien aseveraba que las cosas tenían alma y consecuentemente voz. Si los pupitres de la Escuela “28 de Septiembre” y del Colegio de Artes “Daniel Reyes” pudieran hablarnos del estudiante José Villarreal Miranda, seguro que nos dirían que era un alumno que sacaba a relucir la inclinación incontenible de su ingenio. Ya se lo ve con sus pinceles en ristre, con una paleta bien provista, poniendo colores, logrando matices, consiguiendo aprisionar la hermosura para conservarla como rehén en el sugestivo cautiverio de sus cuadros o de sus lienzos. Ya se lo ve interpretando lo que se yergue, lo que esplende, verdea, florece, suena, gime en la madre naturaleza, todo ello tan variado, y tan uno en la excelsa unión con la conciencia. “El arte, subraya nuestro homenajado, es un estado de la conciencia del artista. Ejerce un derecho de decir y hacer cosas frente a la realidad”.

Cuántas veces su obra ha reflexionado acerca del conflicto entre la bestia y el hombre, y por ahí también han descollado los artilugios de lo cotidiano. Su serie de pelícanos aletean en las antiguas simbologías. En ella incluye seres con una cromática fuerte y contrastada y otros con combinaciones oscuras. “Estas obras expresan soledades, turbulencias y oscuridades, representadas a través de entes infrahumanos o de universos soñados que lo han llevado incluso, a dejar su virtuosismo en el dibujo. Son parte de la transfiguración de sus lecturas, pero también de una postura de vida: la espera en solitario y el anonimato como una suerte de epifanía que confiere a su gran arte el espíritu de perdurable”. Juega con el tema de la figura humana que tiene que ver con la idea del movimiento que crea las formas. La figura humana es como la voz, los gestos, algo muy personal. Somete sus formas al drama y a la velocidad. Hay golpes, fuerza y violencia, y en esos movimientos se construye la idea del volumen asida a la simetría. Sus seres son contorsiones geométricas que desubican las partes humanas y presentan en su lugar un desesperado intento por anularse para escapar de los engendros que acechan a lo que algún momento pudo ser un cuerpo humano.

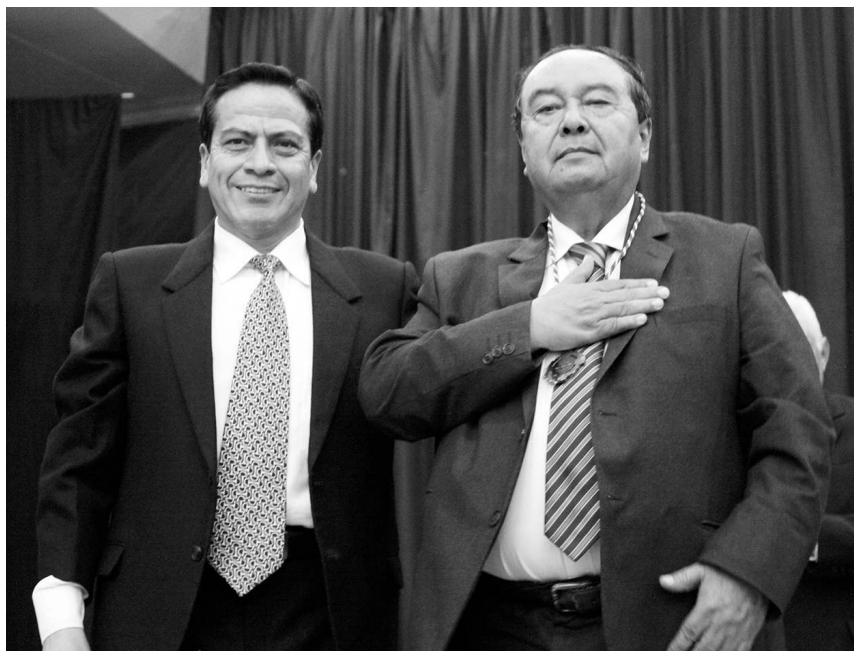
Sus obras nunca se exponen solitarias, pues se dejan acompañar por aquellas que dejan sentir la estética de la vida. Por allí su Caleidoscopio ascendiendo la escalera de los sueños y consagrando sus nombres con precoz maestría con Jaime Calderón, Marco Terán, Jorge Perugachy, Fernando Torres, ilustres coterráneos imbabureños, a quienes les une el origen común: su ancestro, una propuesta estética acentuada, su pasión por la forma, y su indisoluble apego al color. Los diferencian el lenguaje de su paleta, los distintos caminos que han recorrido para llegar a una propuesta estética que siendo actual, al mismo tiempo muestra claras referencias culturales andinas, una perspectiva y una mirada en la cual se reflejan el azul de los lagos, el verde de las montañas, el amarillo de los maizales. No hay lugar a dudas para pensar que la tradición pictórica de Imbabura tiene una vigencia absoluta en el panorama plástico del Ecuador, tanto en cantidad como en indudable calidad. La obra de José Villarreal se ha paseado por salones y galerías de varias ciudades del país y ha traspasado los

linderos patrios. Brasil, Bolivia, Colombia, Dinamarca, entre otros, han destacado que el arte de Villarreal no es mero pasatiempo, sino impulso a lo grande, ascensión y perfeccionamiento de la vida.

“José Villarreal Miranda, decía nuestro Presidente Marco Antonio Rodríguez, pertenece a esa clase de artistas que día a día enfrentan la osada aventura de pintar sobre un lienzo vacío, colores, pigmentos, espátulas y pinceles a la mano. Y esta pintura, se extinguirá con la consumación de los siglos. Todo lo demás es una derivada del arte efímero y habrá que esperar lo que queda de las celebradas instalaciones, performances, digitalismo, objetos, arte público (no me refiero al mural por cierto), y otras corrientes que en los llamados países primermundistas están desvaneciéndose, aunque aquí, en América, y en especial en Ecuador, empezaron hace poco, con mucha estropicio”. José Villarreal es el pintor de la introspección y la reflexión. Su propuesta estética, como en el caso de los grandes pintores del renacimiento, tiene su origen en el dibujo y en la percepción integral de la obra. Pintor de indudable trascendencia, Villareal ha logrado conjugar su visión clásica del arte con formas absolutamente contemporáneas. Ajeno al bullicioso marketing publicitario, en el silencio campesino de su taller, el artista crea obras que reflejan no sólo una propuesta estética sino una forma de pensar y de vivir. En su obra, tremendamente propositiva, hallan cobijo sus lecturas, sus reflexiones y la consumada maestría que ha ido forjando a lo largo de los años.

La obra de José Villarreal Miranda expresa de manera clara que la tradición pictórica de Imbabura tiene una vigencia absoluta en el panorama plástico del Ecuador, tanto en cantidad como en indudable calidad.

Admiramos en José Villarreal, antes que nada, al hombre sincero, que impone por los bellos y convincentes senderos del arte, la necesidad de nuevas ideas y de nuevas concepciones.



ANTONIO ALMEIDA SUÁREZ, SU MÍSTICA DE COMUNICADOR Y SU PASIÓN POR LA MÚSICA

Cuando evocamos el histórico acontecimiento fundacional de nuestro Núcleo, corazón y cerebro de nuestra provincia azul, damos una mirada Casa adentro, para condecorar a uno de sus miembros, al Sr. Antonio Almeida Suárez, con la Presea Pilanquí que sustenta un nombre telúrico milenario, acaso de la cultura de los legendarios caras, “fuente de agua”, término que se unimisma a la nacencia de la gloriosa Villa de San Miguel de Ibarra, en la era colonial y en los primeros años republicanos. Pilanquí fue un amplio sitio de pastoreo, el más notable escenario cuajado de historia, que sirvió de descanso y estacionamiento de ilustres viajeros y arrieros de paso hacia el norte y sur del país.

En lo que atañe a Antonio Almeida, su trayectoria personal, su denodado trabajo por las nobles causas de la educación y la cultura, le hacen merecedor de este máximo galardón. Dn. Antonio nació en esa fecunda matriz cultural, como es San Antonio de Ibarra. Su formación primaria la hizo en la Escuela Juan Montalvo, la secundaria en el Colegio de Artes Plásticas Daniel Reyes y en el centenario Teodoro Gómez de la Torre. Por azares de la vida debe continuar sus estudios superiores en Pedagogía y Comunicación Social, en la capital de la República, concretamente en la gloriosa Universidad Central del Ecuador.

Admiramos al maestro que ha sido heraldo, suscitador, sembrador de inquietudes culturales y artísticas, con sus exhortaciones, sus sacrificios y sus denodados afanes. Allí su noble misión que dejó huellas indelebles en los Colegios: San José de Guaytacama, provincia de Cotopaxi; Colegio Técnico República de Rumanía de Quito; Colegio Nacional Ligdano Chávez de Quito, Colegio Nocturno Unión Nacional de Periodistas de Quito; Colegio Nacional Nocturno Atuntaqui.

Al austero Marco Catón, político y escritor romano se le atribuyen aquellas palabras cargadas de justipreciación: “Quien es grande para su medio y para su tiempo lo es para todos los medios y para todos los tiempos”. Antonio Almeida ha sabido buscar lo grande para ser digno de la grandeza. Valoramos en grado superlativo su mística de comunicador, su vocación de periodista y su pasión por la cultura, atributos que le ubican en un prominente sitio de lo cual dan testimonio aquellos Programas Educativos y Culturales en Radio Universitaria; Radio FM Ritmo CRI AM; Radio Ambiente FM y Panorama AM; Radio Activa FM y Punto AM, Radio VOCU FM y la edición de 25 Suplementos Especiales del Informativo de la Universidad Técnica del Norte, donde dejó surcos de luz en el alma de los ibarreños y de los radioescuchas del norte del país.

Arrebatado por el arte de Orfeo ha hecho de la música un verdadero acto de fe. Enamorado de su guitarra demostró su pasión de ser útil y de afincarse en la maestría de la música en los grupos: Noviembre 15 de Quito, los Cantores del Pueblo, en el Teatro de Estudio Universitario,

para finalmente consolidar con sus hijos, Daniel y Javier, el grupo de Cámara Reminiscencias y constituirse en fuente incontenible de melodías y de afectos que recorren Puerto Rico, Colombia, Estados Unidos, Sao Paulo, Italia, España, México Y Bielorrusia. Brillantes interpretaciones que llegan al oído y al corazón y le han conquistado prestigio, fama y nombradía. De aquí nace la estimación altísima que le han tributado varios organismos: honras, premios, aplausos, glorias y laureles, que los lleva siempre en su alma como un torrente espiritual que vivifica.

DR. MARCO PROAÑO MAYA Y SU INCLAUDICABLE LUCHA A FAVOR DE LOS JUBILADOS

José Martí, el destacado pensador, político y escritor cubano solía decir: “Hay hombres que viven contentos, aunque vivan sin decoro. Hay otros que padecen como en agonía cuando ven que los hombres viven sin decoro a su alrededor. En el mundo ha de haber cierta cantidad de decoro, como ha de haber cierta cantidad de luz. Cuando hay muchos hombres sin decoro, hay siempre otros que tienen en sí el decoro de muchos hombres”. El Dr. Marco Proaño Maya pertenece a este último grupo. Es el orador más preclaro en Derecho Civil y Político, en Derecho Constitucional y Derecho Internacional. Es el jurista y el catedrático sin mácula, el más fervoroso apóstol e infatigable defensor de los derechos de justicia, de libertad en los que se fundamenta la grandeza y la estabilidad nacional. El más ardiente e ínclito paladín del respaldo y búsqueda de mejores días para los jubilados de ayer y de mañana. Ha sido siempre el consumado patriota y defensor abnegado y sacrificado por todos los derechos nacionales, convencido plenamente de que la lucha por la vida y por la dignidad no concluyen nunca, que cuando se lucha por el ser humano se dignifica la política, que cuando se lucha por la gente menesterosa, se puede entender a la política como el espacio para el bien común. Ha sido calificado como el más célebre Parla-



mentario de la más acrisolada honradez, de la conciencia escrupulosa y delicada que aguzaron su espíritu crítico, dieron alas a su inspiración renovadora, exacerbaron su deseo hacia una realidad inmediata, protagonizó grandes jornadas de lucha e irrumpió con su fogosa oratoria para concienciar en los ecuatorianos que “un país que no respeta a los jubilados, no se respeta a sí mismo; un país que no respeta a los jubilados, está muy lejos de la justicia y más cerca de la vergüenza”.

“La vida no tiene edad” es el libro de la autoría de Marco Proaño Maya que nos invita a levantar la vista y mirar el horizonte que tenemos hombres y mujeres que hacemos Patria y que un día nos acogeremos a los beneficios de la jubilación. En todas partes habla de justicia, de renovación, de avance, de alborada, de porvenir.

El adulto mayor no es un fracasado al que hay que consolar, sino un maestro al que hay que consultar. Ha pasado por la escuela de la experiencia donde no existen vacaciones. Cada vez que escuchamos a un adulto mayor, nos damos cuenta que estamos frente a una “enciclopedia” de experiencias; “un archivo” de pensamientos y recuerdos, un

“depósito de sabiduría, una “mina” inagotable de conocimientos. Mientras en algunas partes se los ignora o se los arrincona en algún asilo, en otras latitudes se los exalta y se los valora

Se cuenta que en cierta ocasión, se celebraba en el teatro de Atenas una función a la que habían sido invitados los embajadores de Esparta y cuando ya estaba lleno el teatro, se presentó un anciano venerable, que, al ver ocupados todos los asientos, buscaba inútilmente dónde sentarse. Los jóvenes atenienses tuvieron el mal gusto de estallar en carcajadas. Indignados por tan reprochable actitud, los embajadores de Esparta, que ocupaban un puesto de honor, se apresuraron a ofrecerle entre ellos un sitio preferente. El pueblo que vio tan benevolente acción, aplaudió calurosamente a los embajadores, a los cuales dijo el anciano: “Los atenienses saben aplaudir las virtudes, mientras que los espartanos saben practicarlas”.

Dice un viejo proverbio inglés: “Los pigmeos son siempre pigmeos aunque se agazapen en los Alpes; las pirámides son pirámides aunque estén en un valle”. La estatura de un ser humano no se mide por su altura. Basta un minuto para hacer un héroe, hace falta una vida para ser una persona honrada. Y, antes que la historia, lo tiene que confirmar la crónica local. Los adultos mayores son grandes porque han sido los héroes de cada minuto. “Los cabellos blancos son a veces diadema, con frecuencia aureola”, lo afirma Antonio Fascianelli.

Nuestros venerables adultos mayores, a su turno, entregaron todo lo noble de su espíritu, todas sus energías, en los trabajos y en las penosas fatigas combatidas en el curso de la existencia y cuando vieron su misión cumplida optaron por jubilarse. Dicen que jubilarse proviene del vocablo júbilo, pues es eso lo que se debe experimentar cuando la persona se retira al merecido descanso. Lamentablemente, hasta hace pocos años, daba la impresión de que jubilarse era sinónimo de “aniquilarse”, en virtud de los irrisorias pensiones mensuales que se le asignaba al jubilado ¿Cómo podía ser posible que un jubilado perciba la monstruosa cantidad de 2 a 4 dólares mensuales, después de haberse gastado y desgastado al servicio de la Patria?.

Una canción de esperanza es el libro “La vida no tiene edad” de la autoría del Dr. Marco Proaño Maya. Cada intervención suya es acogedora y va tornándose más receptiva a todo lo humano, a todo lo noble, a todo lo digno. Sus nostalgias, sus cóleras, sus esperanzas, sus entusiasmos y sus amores revelan al hombre comprometido con los más débiles, comprometido con los adultos mayores, al hombre que entendió lo que significa “ser para los demás” que equivale a estar en la encrucijada, a servir de puente, a colaborar con todo aquello que conlleva vida y adelanto para la humanidad. “Ser para los demás” no es más que una sencilla y humilde actitud de servicio.

Abramos las páginas de su libro y encontraremos el asidero para no caer, el sorbo de agua viva para calmar la sed, el secreto de la vida del eterno comenzar, el impulso hacia delante, la jornada que hay que seguir y la cumbre que hay que escalar.

NICANOR PABÓN PAZMIÑO (DON NIKO Y SUS ESTRELLAS)

Decía el célebre Orson Scott: “La música no es sólo un placer, una satisfacción transitoria. Es una necesidad, un hambre profunda; y cuando la música es correcta, es alegría es amor es un anticipo del cielo, una comodidad en el dolor...” Y es que la música no tiene edad, ni para las canciones, ni para los cantantes; cuando la música se impone serena sobre las pasiones de los individuos, no hay nadie capaz de liberarse de las tiranías de las notas, de las fusas o de las claves. Y así lo entendió NICANOR PABÓN PAZMIÑO, muy conocido en los círculos amicales como Niko Pabón, ibarreño de cepa, descendiente de una prosapia de consagrados artistas que hicieron honor a la ibarreñidad.

Nico Pabón desde su infancia sintió pasión por la música. Su padre Dn. Miguel y sus hermanos: Fernando, Alfredo y Pepita eran músicos aficionados. Don Miguel interpretaba magistralmente el bandolín; su hermano Fernando le gustaba el piano y el acordeón; a su hermano Alfredo, la gui-



tarra y a su hermana Pepita, a quien muchas veces la escuché haciendo alarde de su voz dulce, armoniosa y bien timbrada. Cantaba con el alma. En ella estaba viva la canción ecuatoriana en toda su prístina pureza.

Cuando Nico frisaba sus 16 años de edad, con el apoyo de sus padres decidió viajar a la capital para consolidar su formación en el Conservatorio Nacional de Música. Así empieza su carrera profesional. Durante sus años de estudio se dedicó a fortalecer sus talentos, se perfeccionó como artista convirtiéndose en un catalogado pianista.

Conocí a Dn. Niko, cuando apenas frisaba mis 9 años de edad en las aulas de la añorada escuela “Víctor Manuel Peñaherrera”. Fue mi maestro de la famosa Educación musical. Con él aprendí las canciones infantiles, las notas musicales y el recordado pentagrama. Corría el año 1970 cuando se conformó la prestigiosa orquesta “Don Nico y sus estrellas”.

Eran 11 integrantes, tres trombones, dos trompetas, baterías, bajo, cantantes y piano. Por mencionar a algunos: Julio Cevallos, Carlos Cifuentes, cantantes; Wilson Páez, batería, Carlos Chávez, bajista; Julio Soto, guitarrista; Pedro Miño y trombonistas de la famosa Banda del Empeдрado. Durante 13 años deleitaron las kermesses, las verbenas populares, los compromisos sociales, etc. En ellos se advertía esa chispa brillante, ese átomo de vida que imprimía un toque original en cada entrega y que superaba sus propias acciones para transformarlos en cada interpretación en verdaderos trovadores.

Su vida profesional ha transcurrido como docente de música en prestigiosos establecimientos educativos de la ciudad de Ibarra, como las escuelas: Víctor Manuel Peñaherrera, Modelo Presidente Velasco Ibarra, María Angélica Idrobo, 28 de Septiembre, entre otras. También en la ciudad de Quito fue profesor en la Escuela Sucre y en el Colegio Metropolitano. Son más de cinco décadas de interpretar: boleros, bossa nova, tangos, pasodobles, vales, pasillos, sanjuanitos, cumbias, música internacional, rancheras, entre otros. Ha sido brillante compositor de algunos himnos, autor de libros de Educación Musical, autor de libros de aprendizaje musical llamado Método Rápido y hasta el momento ha grabado 28 CD's de música instrumental con un variadísimo repertorio.

Hoy, al cabo de 50 años de ser trabajador del viento y de las cuerdas, Don Niko está en un sitio del que nadie lo baja. Se ha producido ya el eco del reconocimiento y la Casa de la Cultura Núcleo de Imbabura, ha premiado su titánico esfuerzo de largas jornadas, el sacrificio y el denuedo de quien ha marcado una época de oro en la escalada musical de Imbabura y de la Patria.



MANOLO AYALA, ARTE Y PASIÓN POR LA FOTOGRAFÍA

Decía un célebre fotógrafo: “La fotografía tiene la magia de hacer de lo cotidiano algo extraordinario”. Las fotos siempre nos atrapan porque hay tanto silencio en ellas. Podríamos pasar horas y horas contemplando los rostros de quienes fueron captados por la lente de una cámara fotográfica. Siempre me cuestiono: ¿Cómo hicieron los fotógrafos para captar el fragor de la infancia, de la adolescencia y de la juventud? Cada uno con su propio estilo nos dan a conocer a hombres y mujeres, sus posturas, el mobiliario, las actitudes reflejadas en los rostros, la moda: peinados, vestidos, etc.. Meditamos en los pensamientos que se van ordenando como en un fichero o en la memoria de un computador los signos mágicos del recuerdo.

La fotografía también es patrimonio, un patrimonio importante para quienes vivimos en el presente y estamos en constante construcción del pasado, para comprendernos y valorarnos. Por ello el Estado ecuatoriano ha declarado a la fotografía artística como patrimonio cultural del país.

Manolo Alexander Ayala, llegó a Ibarra hace 32 años y se enamoró de nuestra ciudad, declarándose ibarreño de corazón. Había nacido en Quito. A los 14 años de edad queda huérfano razón por la cual su hermano Jorge Ayala, futbolista profesional y dueño del Estudio Fotográfico “Crisol” pasa a ser su representante y es aquí donde nace su pasión por el arte de la fotografía.

A los 17 años de edad su espíritu aventurero lo lleva a viajar a Cali (Colombia) donde estudió y se perfeccionó en la fotografía a blanco y negro; además se instruyó en el proceso de revelado de fotografías y manejo de laboratorios fotográficos. Después de dos años regresa a la ciudad de Quito donde trabaja en el Estudio Fotográfico de su hermano demostrando cualidades excepcionales, lo que llamó la atención de su hermano quién decidió enviarlo a México para que Manolo se perfeccione en la fotografía a color.

Cuando frisaba sus 22 años de edad viaja a Venezuela donde trabaja en Foto Estudio “Rolito” como fotógrafo de retratos, buscando captar la esencia, apariencia y los rasgos más característicos de las personas fotografiadas. En sus más logradas realizaciones ha sabido descubrir los secretos de la imagen, interpretarla, convirtiéndola en una verdadera alegoría capaz de transmitir ideas, sentimientos y emociones.

Aquí en Ibarra obtuvo el título de Fotógrafo Profesional y pasa a formar parte de la Asociación de Fotógrafos Profesionales de Imbabura. Contrae matrimonio con la Lic. Miriam Estévez y fundan el Estudio Fotográfico “Alexander’s Video Producción” donde trabaja hasta la actualidad.

Dn. Manolo Alexander lleva 55 años cubriendo todo tipo de eventos sociales, políticos y familiares. Ejerce su profesión con mucha pasión y entrega. Ha sabido hacer de su arte y de su existencia, una gran vida, pues a decir de Alfredo Vigny, “una gran vida consiste sólo en realizar durante la edad madura los sueños de la juventud”



ENMA MONTESDEOCA, MAESTRA DE ENTRAÑABLE Y FECUNDA VOCACIÓN

Una vieja historia cuenta que cierto día un grupo de discípulos se acercaron donde su maestro filósofo para preguntarle: ¿Qué admiraba más en el ser humano? Y el maestro, deteniendo el curso de sus reflexiones filosóficas y sin vacilar, contestó categóricamente: - “Comprendo y amo a los seres humanos, pero admiro solamente al que es útil”. El genio de la paz y de la guerra, el Libertador Simón Bolívar, solía decir: “La gloria de ser grande es saber ser útil”. Y el Divino Rabí de Galilea subrayaba: “Vosotros, cuando hayáis hecho todo lo que os ha sido encomendado, decid: Siervos inútiles somos, pues lo que debíamos hacer, hicimos”.

Las personas serviciales son extraordinarias. Sin lugar a dudas, la vida de la maestra María Enma Leonila Montesdeoca Sánchez, ha sido útil por donde se la mire, siempre adicionando ese algo más que suele marcar la di-

ferencia. Con sus 35 años vaciados íntegramente en el colmenar apostólico de encendido amor y mística de su labor docente en el amado Daniel Reyes, con su espíritu de exquisito patriotismo y servicio activo, con sus preseas de vocacionada maestra, de buena dama y de excelente amiga y caritativa, con su heroísmo para triunfar en la lucha por la vida, supo ser útil por todos los costados del alma y de la voluntad. Para quienes llevamos en nuestra mente y en el corazón la sublime vocación de ser maestros, ser útil significa saber descubrir en el alma el secreto de un apostolado, es concienciarse de que la vida no se nos dio para regresarla intacta, sino vivida, es llevar una existencia límpida y ejemplar para educar con el testimonio de vida. Eso vivió y practicó Enma Montesdeoca. Por eso sus alumnos la recuerdan con cariño y gratitud. La recuerdan como su “hada madrina”, como “la maestra iniciadora en el alimento artístico”, como “la maestra exigente en la aplicación del color, en la seguridad para la mancha, fuerte en la composición y en la ubicación de los planos”, como “la maestra que le apasionaba lo clásico”, como “la maestra de memoria fotográfica; muy observadora, muy motivadora”.

Y por supuesto, no podía ser de otra manera si ella constituye uno de los pámpanos floridos que han descollado en la quietud lúcida de la gens sanantonense que ha dado lustre y prestigio de renombre genuino a San Antonio de Ibarra. Junto a su querido padre, allá por el año 1943, fueron pioneros al abrir una tienda de artesanías, donde vendían su producción artesanal, que incluía temas costumbristas y paisajísticos. Al ver truncado su sueño de formarse en el Teodoro Gómez de la Torre, ingresa al taller del Sr. Luis Reyes para plasmar sus obras de imperecedera valía.

Quién no recuerda al excelso párroco carchense Miguel Ángel Rojas. Este presbítero con fe de taumaturgo, conformó la Junta Patriótica para crear un Establecimiento de docencia de arte. Prestantes ciudadanos de San Antonio la integraron, entre los que se destaca la presencia de la Srta. Enma Montesdeoca, cuya vida estaría ceñida íntimamente al destino del Liceo Artístico Daniel Reyes, primero como alumna y más tarde lo prestigiaría como renombrada docente, con la magia del lápiz y el pincel.

De Enma Montesdeoca, podemos decir, parafraseando al egregio poeta colombiano Guillermo Valencia, cuando hizo burilar en mármol su homenaje a Daniel Reyes: “Ha vivido para el bien y la belleza/ fulge su fama en sus discípulos/ su gloria en su Patria/ su obra en el corazón de San Antonio y de la Patria ecuatoriana”.

MARCOS REYES, VOCACIONADO ARTISTA PLÁSTICO

Se ha dicho que “el arte es la expresión de la vida”. La pintura, según la expresión de Leonardo da Vinci, “es una poesía que se puede ver”. Yo añadiría que es el reflejo de la eterna lucha del hombre no solo por adentrarse en la esencia de su ser, sino por plasmar en el lienzo los sueños de su vocación enraizada a la cotidianidad, a la realidad circundante.

Así hemos visto la vida y la obra de MARCOS REYES, un maestro y un artista paradigma del arte en nuestro medio ciudadano y en nuestra provincia azul de Imbabura. Plasmó su personalidad en las gloriosas aulas del



añorado Colegio “Daniel Reyes”, del cual guarda sus mejores impresiones en el cofre magnificante de los recuerdos. De su trajinar por las aulas escolares guarda por sus antiguos maestros la veneración a los mentores predestinados para la galería de Profesores célebres: Nelson López, Carlos Yépez, Esthela de Zabala, pero sobre todo a Emma Montesdeoca, quien vio en su discípulo Marcos, a un vocacionado artista y se constituyó en Mecenaz del artista en potencia. Por ello en remembranza de sus azules años de colegial, flameando a flor de labios y de corazón su gratitud imprecadera, entregó la oleografía a la maestra, como perenne glorificación de la virtud, del bien, de la bondad y de la belleza.

Decía el laureado escritor cuencano Remigio Crespo Toral: “En la actualidad no se lee, no se estudia, no se escribe, no se busca en la tradición los valores que trascienden. Se educa a las generaciones para hablar y hablar. Ya no se observa ese silencio de los pensadores que callan para hablar en el libro de su vida. Se admira a los repentistas, a los oradores de conversación, a los charlatanes brillantes; se forma así una falange de hombres listos, vivos, expertos que significan la espuma de la inteligencia, no el agua profunda”.

Marcos Reyes está en el agua profunda, es un maestro silencioso, gran señor y obrero incansable en nuestro Núcleo de la Casa de la Cultura Ecuatoriana. Afincado en nuestra Casa desde el año 2006 cultiva su arte con amor, con deleite y con esmero, como lo hacen el jardinero con las flores de su campo y el cantarero con la argamasa que transforma en sus manos. Cuando lo visité por primera vez en el salón contiguo a la Sala de exposiciones Luis Toromorenó, advertí en él desde la sencillez de su conversatorio hasta la armonía plena de su vida en la que la fe, la belleza y el arte se dan cita a cada instante. Su contacto en los talleres que dicta a niños, jóvenes y adultos, su respeto permanente al pensamiento contrario, ajeno a los círculos propagandísticos y a las élites, a los cenáculos donde los ditirambos se dan y se toman, le otorgan una autoridad espiritual, difícilmente alcanzada entre nosotros.

Los avatares y reveses que le impuso la vida con la ausencia de la figura paterna y en su juventud, cuando su madre cruzó prematuramen-

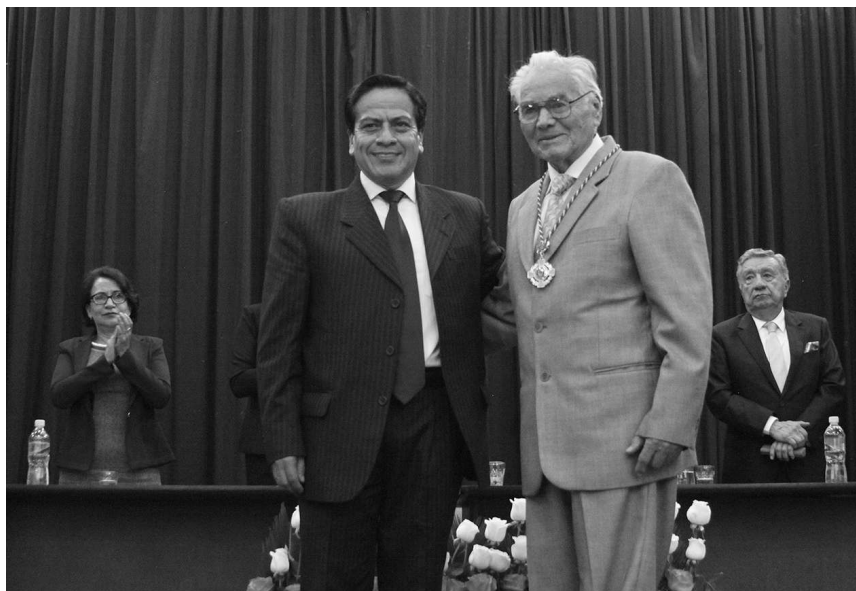
te el umbral definitivo y eterno, no llegaron a doblegar su recia armazón de enhiesta encina, existencialmente predispuesta para resistir los aquilones que conllevan trabajar, estudiar y sacar adelante a sus hermanos menores. Marcos Reyes es el hombre que se talló a sí mismo. Plasmó en el lienzo sus acuarelas casi fotográficas, entre soles y entre lunas, a veces por la noche mientras el rocío capitalino rimaba su vieja centinela en los cristales deslustrados de la franciscana ciudad. Durmió a plazos, venció cada día su batalla personal y la batalla de la vida.

“La necesidad grande eleva al hombre, la pequeña lo degrada”, lo dijo certeramente Goethe. Por ello la condecoración a Marcos Reyes, es como condecorar al hombre imbabureño, al hombre que enciende la emoción estética, al hombre que lucha denodadamente con sus caballetes de pintor, siempre con los lienzos que se van cubriendo de los colores de su mágica paleta, brazos de leños fuertes, al hombre desbordado ante la vida.

Aplaudimos al maestro que con su acción edificadora y firme, ha sabido fundir su propio oro en el blanco taller de su conciencia de hombre. Premiamos al decoro sencillo, a la vocación del artista plástico, al trabajo silencioso pero efectivo, a la verticalidad de un pensamiento y a la honestidad de un corazón.

EL MAESTRO **NELSON LÓPEZ OBANDO** EN EL ESCALAFÓN DE LOS PRIVILEGIADOS

Decía el maestro de Cos, el famoso Hipócrates, uno de los más grandes escritores de la antigüedad y también el padre de la observación clínica en medicina, en su primer aforismo, tan citado y conocido: “La vida es corta, pero el arte perdura”. Sin lugar a dudas, los pintores y los escultores son creadores insustituibles de las maravillosas obras artísticas que han perdurado a través de los siglos. En ellos se compendian la magia, la gloria, el virtuosismo de los maestros de la paleta, verdaderos taumaturgos, creadores, renovadores e impul-



sores de un verdadero concepto de arte, cuya ubérrima cosecha se produjo por su vocación brotada en tierra germinal, apta para centuplicar el esfuerzo primigenio.

La historia nos cuenta que para estar en ese escalafón de privilegiados hace falta tener algo especial. Para llegar a ese umbral se necesita un grado de excepcionalidad que marca la diferencia, ese plus que hace que una obra pase la línea de lo bueno para convertirse en una auténtica obra de arte, ese duende que dirían los flamencos con el que la inspiración se convierte en genialidad.

Sin lugar a dudas, Imbabura es un remanso de corriente cultural y un joyel de reliquias artísticas. La plástica imbabureña, justipreciada por propios y extraños, tiene valores de tanta sustantividad como Nelson Eugenio López Obando, pámpano florido de esta provincia azul, oriundo de la parroquia Ntra. Señora de la Esperanza. Su temperamento artístico poseído por la febril pasión creativa, se arraiga desde los aurorales años de su infancia, bajo la tutela de consagrados maestros como José María Troya, sobrino del afamado Rafael Troya y del catalogado

artista, retratista y paisajista, Nicolás Gómez. Vocación ingénita la de Nelson López. De ahí su esmerada formación en el Colegio de Artes y Oficios “Don Bosco” y en la Escuela de Bellas Artes de la ciudad de Quito, para culminar acá en Ibarra en el recordado Colegio Técnico de Artes Aplicadas “Daniel Reyes”, donde obtuvo su título de Profesor Técnico de la especialidad de Pintura.

Maestro en la plenitud del vocablo: ha enseñado, ha pintado, ha conducido juventudes...De ello dan fe varios centros educativos de Otavalo y de Ibarra, como el Seminario menor “San Diego”, Colegio “Nuestra Señora de Fátima”, “Teodoro Gómez de la Torre”, “Sagrado Corazón de Jesús”, “Oviedo”, “Inmaculada Concepción”, “San Francisco”, entre otros. Durante 34 años ejercicio la docencia en el emblemático “Daniel Reyes”. Maestro formador de maestros, varios de quienes fueron sus discípulos son actualmente figuras consagradas en su oficio...¿Pero de dónde sacó tanto raudal? Su denuedo no es sino fruto de un amor apasionado y aprisionado por el arte.

Nelson López Obando, ha cruzado ya el umbral de la vida nonagenaria. Mirando su fructífero tránsito vital podría verificar el saldo de su obra caudalosa y, por supuesto, que presentará las cifras más altas de un espíritu que hizo camino gracias a la excelencia y belleza de su arte. En los lienzos ha plasmado el nácar de los crucifijos, las lágrimas cáusticas de la Madre del cielo, el cilicio sobre la carne, los rictus dolorosos de los santos. Su maestría, su madurez y gran dominio de su oficio se reflejan en los murales, en los retratos, en los paisajes, en las caricaturas, en los diseños, en las decoraciones y en las esculturas. En todo ello expresa la fuerza de su espíritu purificado en el fuego inmemorial del arte. Su otra obra emblemática, los lienzos históricos de la Basílica de la Merced de Ibarra. Fue el pedido de ese visionario historiador clásico, el padre mercedario Luis Octavio Proaño, que le permitió al maestro López plasmar en el lienzo la epopeya de los primeros misioneros mercedarios que allá por 1593 atravesaron el valle de Carangue para dirigirse a Esmeraldas.. El segundo cuadro resalta la fundación española de la Villa de San Miguel de Ibarra; el tercero, el dantesco terremoto del 16 de agosto de

1868; el cuarto, el triunfal retorno de los ibarreños a sus lares queridos, cuatro años más tarde; el quinto, la reanudación de las obras de reconstrucción de la Iglesia La Merced en 1933, luego de que permanecieron abandonadas durante 58 años; el sexto, grafica el momento en que Mons. Silvio Luis Haro, allá por 1965 declara a este emblemático templo como Basílica menor; la séptima, rememora la Coronación canónica de la madre de la Merced allá por 1968, recogiendo los testimonios de que fue la imagen rescatada de entre los escombros del terremoto de 1868. Finalmente, el octavo óleo explicita la proclamación de la Virgen de La Merced, como Patrona de las Fuerzas Armadas ecuatorianas, allá por 1985. Estos lienzos son ya parte del patrimonio cultural tangible de nuestra hidalga Ciudad Blanca de Ibarra.

Nelson López Obando cruzó los dinteles de esta vida percedera cargado de merecimientos. Cabe citar el pensamiento clarividente de José Enrique Rodó. “No vive más quien más años vive, sino quien con superior maestría multiplica y reparte los elementos de su espíritu”. El ejemplo de un maestro, el coloso de las artes, que supo realizarse a plenitud, adquiere la categoría de un legado de grandes proyecciones, como perenne glorificación a la virtud y al talento.

DON RAMIRO GUZMÁN RUEDA, LÍDER DE LA DOCENCIA, DEL DEPORTE Y DEL PERIODISMO

Hablar de Ramiro Guzmán Rueda es hablar del ilustre ibarreño que nació en nuestra Ciudad Blanca allá por 1939. Es hablar del egregio periodista e historiador que consagró su vida al cultivo de las letras y a la investigación del acaecer ciudadano, pues desciende de una distinguida familia, como la de Dn. Víctor Manuel Guzmán (su abuelo), que ha dejado una impronta indeleble de paradigmático servicio reconocido ampliamente por la ciudadanía, la provincia y el país. Es hablar del maestro que hizo de su vocación un arado de luz y



que con sus esplendores de triunfos emuló al Quijote, pues habiendo recibido una Comisión de servicios SIN SUELDO, salió de los claustros del Teodoro Gómez, como el Señor de la Mancha, armado de Caballero para entrar en la contienda, dotado de genio y con el corazón en lo alto, hasta conseguir la creación de los dos colegios técnicos el “17 de Julio”, para varones, del cual fui alumno fundador y el “Víctor Manuel Guzmán”, para mujeres, a este último le serví como docente y como Vicerrector encargado. Fui testigo de la siembra y de la vendimia. Sin lugar a dudas, dos instituciones secundarias que se irguieron dignificantes con la clarinada de la educación técnica, instituciones donde pudo desbordar, paladinamente, sin reticencias, ni medias tintas, todo el caudal de sus nobilísimos empeños. De su trajinar magisteril, también dan testimonio el Colegio Daniel Reyes, el Teodoro Gómez de la Torre, el “Sagrado Corazón de Jesús”, instituciones a las que sirvió con vocación, mística y profesionalismo.

Hablar de Ramiro Guzmán Rueda es hablar de la figura emblemática que ha tenido el glorioso “Víctor Manuel Guzmán”. Es hablar del ilustre maestro y amigo que la condujo en su calidad de Rector-fundador, durante 16 años por los andariveles de la grandeza, del honor y de la glo-

ria. Ramiro Guzmán Rueda ha sido el hombre que ha pensado y ha mirado siempre en horizonte trabajando su palabra y sus actos para la memoria, no para el olvido contribuyendo siempre desde donde la vida le ha ido ubicando. Ha trabajado a tiempo y a destiempo, en los albores del Banco Pichincha, aquí en Ibarra, en el Ministerio de Bienestar Social, en la Comandancia General de Policía, en la Dirección Nacional del Registro Civil, en la Unión Nacional de Periodistas, en la UNE de Imbabura, siendo su Presidente; en la Asociación de Rectores de la Provincia, en el Consejo Provincial de Imbabura, en la Ilustre Municipalidad de San Miguel de Ibarra, en el Gobierno Provincial de Pichincha, etc, etc.

Quizá un faceta poco conocida por quienes apreciamos su trayectoria tachonada de incontables reconocimientos, es la de poeta y autor de libros y varios himnos de instituciones educativas y culturales, obras que recogen todo su caudal poético buido de nostalgias y recuerdos, de caminos transitados que han ido dejando huellas, abundancia y frescor.

Dn. Roberto Morales Almeida prolífico escritor, periodista y maestro por antonomasia, al referirse a la personalidad multifacética de su distinguido discípulo Ramiro Guzmán lo dijo enfáticamente: “Demasiada amplia es la labor del acatado líder de la docencia, del deporte y del periodismo, como para exponerla en toda su vastedad en esta breve apreciación”. Imposible entonces, en esta apretada síntesis resumir su rol protagónico educativo y su servicio público, su entrega fervorosa, su reciedumbre espiritual, su temple acerado a fuego. Ramiro Guzmán Rueda ha trabajado no desde la simple retórica, sino con el ejemplo, con aquello que Curzio Malaparte llamó la “vida vivida”.

Ensalzamos al mérito, exaltamos la verdad y rendimos culto al talento, como un tributo de gratitud al maestro que ha sido heraldo, suscitador, sembrador de la buena semilla de la Patria. “Tarde, pero a tiempo”, como lo dijo el gran Federico García Lorca.



PROF. RUBY ESTÉVEZ, MAESTRA EN EL CONCEPTO SEÑERO DEL TÉRMINO

Cuentan que los griegos habían reservado el calificativo de “heros” para celebérrimos personajes que habían marcado una impronta indeleble en el devenir histórico de la nación y trasladado a la mitología para apuntar a los semidioses así como a los supremos actos de valor. No es menos cierto que, en sentido figurado, el héroe no es únicamente aquel que se ajusta a las exigencias de la mitología, sino también, forzando un tanto la semántica, aquel que demuestra una actitud intrépida ante la vida, que lucha denodadamente por servir en el sitio donde le han plantado y que, con su generoso aporte, ha dado frutos bien maduros al calor de su talento y su exquisito don de servicio. Y por

supuesto que hay muchas mujeres, que merecen tal calificativo. Quiero referirme concretamente a la maestra RUBY DE LAS MERCEDES ESTÉVEZ, la maestra que supo hacer suya la oración de la escritora chilena Gabriela Mistral: ¡Señor! Tú que enseñaste, perdona que yo enseñe; que lleve el nombre de maestra, que Tú llevaste por la Tierra. Dame el amor único de mi escuela; que ni la quemadura de la belleza sea capaz de robarle mi ternura de todos los instantes... Muéstrame posible tu Evangelio en mi tiempo, para que no renuncie a la batalla de cada día y de cada hora por él... Haz que haga de espíritu mi jardín de ladrillos. Le envuelva la llamarada de mi entusiasmo su atrio pobre, su sala desnuda. Mi corazón le sea más columna y mi buena voluntad más horas que las columnas y el oro de las escuelas ricas...Y así vivió con intensidad durante 34 años en el recordado Jardín de Infantes María Montessori. Ella supo ser útil donde el dedo de Dios le iba señalando. Su trayectoria tachonada de múltiples merecimientos, luchadora infatigable por la educación y la cultura, supo trabajar a tiempo y a destiempo en cada responsabilidad encomendada.

Doña Ruby Estévez es ibarreña de pura cepa. Sus estudios primarios los realizó en la escuela María Angélica Idrovo, donde descolló por su talento y su ingénita modestia. Su vocación de maestra la llevó a realizar sus estudios en el glorioso Normal “Alfredo Pérez Guerrero” de San Pablo de Lago, hontanar de esclarecidos maestros, que han dado lustre a su Patria, pues por donde han ido, han dejado la huella inconfundible de la verdad, del sacrificio y del bien.

Ruby Estévez ha sido la maestra en el más elevado sentido del concepto señero, poseedora de los más nobles atributos que puede exornar la vida humana. De ella podría decirse lo que alguna vez el gran prosador cubano José Martí dijera de la maestra: “Mujer a quien amaron tiernamente los alumnos que vieron de cerca la virtud; compañera que en la conversación de todos los instantes supo moldear, acendrar y fortalecer para la verdad de la vida, el espíritu de sus educandos; vigía que a toda hora sabía dónde está y qué hacía cada alumno suyo; maestra que de todos los detalles de la vida supo sacar ocasión para ir extirpando los

defectos de la soberbia y el desorden que suelen afean la niñez de nuestros pueblos”.

Doña Ruby puso el sello de su excelsa personalidad en diferentes esferas de la actividad humana. Mujer de una sola pieza; un bloque donde se amalgaman y se funden: la pedagoga sin mácula, la solícita madre de familia, la amiga leal, la elocuente oradora, la ciudadana honrada, la política honesta. Estos atributos supo captar el pueblo y por ello le ungió con su voto para que ocupara diferentes dignidades desde Consejera Provincial de Imbabura, Vicepresidenta del Gobierno Provincial hasta asumir el encargo de la Prefectura. Su valioso e invaluable aporte a la ciudad y a la provincia se hizo realidad como: Coordinadora provincial por 4 períodos del INNFA, Directora Provincial de Educación de Imbabura en dos ocasiones, Vocal del tribunal Electoral de Imbabura por 2 períodos, Presidenta de Mujeres por la Paz, Presidenta del Club Rotario de Ibarra, Presidenta de la Corporación Ecuatoriana de Mujeres Declarada Benefactora de varios establecimientos educativos, de comunidades religiosas, indígenas y de algunas barrios de nuestro medio ciudadano. Con sobrada razón prestantes instituciones de nuestro medio ciudadano y nacionales han impuesto sobre su pecho las máximas condecoraciones, reconociendo su ejemplo de reciedumbre y de rectitud, en épocas en que tantos, para medrar, quebraron la guardia, y entre zalameros y avergonzados pasábanse al campo adverso, con oportunista viraje. Jamás claudicó. No fue de aquellas que tienen la cerviz con goznes y el espinazo de caucho, de aquellas que se inclinan ante los jerarcas de turno. A todos nos ha enseñado que sólo merecen vivir en la historia los que desafían la asfixiante mediocridad y conquistan con tenacidad la aureola que da el difícil servicio del ideal.

El máximo galardón que le ha entregado nuestra Casa de la Cultura, mírele como la cumbre de su propio corazón, exavertido a flor de epidermis y como asomado a la ventana del alma para ver frente a frente la gratitud de los hombres y de la vida. Para ver cómo brillan los ojos de los hombres y de las instituciones cuando sabemos justipreciar el mérito y para ver el color de la vida, cuando la vida deja de ser drama, para tornarse en estuario de esperanzas.



DR. JOSÉ ALBUJA CHAVES Y EL FRUCTÍFERO DERROTERO DE SU EXISTENCIA

A firma el escritor sagrado en el libro del Eclesiastés: “Hay un tiempo para cada cosa y un momento para hacerla bajo el cielo. Hay tiempo de nacer y tiempo para morir, tiempo para plantar y tiempo para arrancar lo plantado...un tiempo para callarse y otro para hablar...”. Hoy es el tiempo para hablar y para agradecer. Hoy es el momento de la gratitud. Es el momento del reconocimiento. Hoy homenajeamos al distinguido y respetable miembro de nuestra entidad, al Dr. José Albuja Chaves. Decía un célebre intelectual: “De todo gran hombre en el pensamiento o en la acción, queda un gran saldo, por decirlo así, superior a la suma de sus días...”. El saldo magnífico de José Albuja Chaves se expande en 4 aristas importantes: el de vocacionado médico,

el de su siembra cultural y periodística, el de sus libros y el de su recta conciencia política.

José Albuja Chaves es el médico cotacacheño de nacimiento, pero ibarreño de corazón, formado en las prístinas aulas del Teodoro Gómez de la Torre y de la Universidad Central del Ecuador. En esta última obtuvo sus títulos de Médico Cirujano en 1970 y Especialidad de Hecho en Medicina Interna en 1984. En el ejercicio de su profesión supo ser fiel al juramento hipocrático: “No llevar otro propósito que el bien y la salud de los enfermos”. Así consagró su vida al servicio de la humanidad. Practicó su profesión con conciencia y con dignidad. De ello dan fe el legendario hospital San Vicente de Paúl, del cual llegó a ser su Director en tres ocasiones y Subdirector Médico. Por sus brillantes ejecutorias y sobrados méritos ocupó el sillón presidencial del Colegio de Médicos de Imbabura, la Dirección provincial de Salud y por su amor a la docencia fue Profesor de Clínica del Internado Rotativo de Medicina de la Universidad Central en el Hospital “San Vicente de Paúl” por el lapso de 39 años.

José Albuja Chaves forma parte de esa constelación de miembros correspondientes de nuestra Casa que con su criterio sereno y reposado han sabido levantar en alto la bandera de la cultura provincial y nacional. Ya como miembro, ya como directivo del Núcleo, ya como colaborador asiduo de los órganos de publicación del Núcleo, ya como Director de la Sección Académica de Ciencias Sociales y Jurídicas, ya como Presidente de la Corporación Cultural “Amigos de Ibarra”. Han sido sus brillantes realizaciones las que han trascendido todo presupuesto de la inteligencia y la conciencia del ser rutinario para convertirse en el crisol donde se han fraguado los más nobles afanes.

Ha sido un gran batallador del periodismo. Los diarios La Verdad, La Hora, el Ferrocarril son testigos de sus cálidas muestras de bien cortada pluma. Sus valiosos conceptos, sus atinadas orientaciones, constituyen una verdadera floración de sazónada experiencia. Ojo cínico se llamó su columna periodística en el diario La Verdad, que la ocupó por más de 30 años y como el mismo lo explica “Ojo Cínico” era una deformación de “ojo clí-

nico” por su condición de médico clínico y por su admiración profunda a los filósofos de la antigüedad, Antístenes y Diógenes quienes acogían a los que eran dignos de filosofar y los amaban con fervor, mientras rechazaban y perseguían a los que eran indignos de la filosofía e incapaces de penetrar en su interior. En consecuencia, por ello, por su modo de expresión franco y refutativo, fueron llamados cínicos.

José Albuja representó a un tipo de militancia política caracterizado por el razonamiento lúcido y la elocución correcta, por la mesura y la ecuanimidad Concejal y Vicepresidente del I. Municipio de Ibarra. Alcalde encargado del Cantón 1980. Consejero provincial y vicepresidente del Consejo Provincial de Imbabura. Miembro de la Corporación “Junta Cívica” de Ibarra. Ex Gerente de la Empresa “Parque Industrial Imbabura”

Desde la memoria, desempolvando los archivos de nuestra tierra y con ágil y castiza pluma nos ha entregado sus libros para resaltar los valores ingénitos de nuestra comarca ibarreña, urbana y rural, mediante enfoques de naturaleza histórica, social, política, económica y, en general, de los acontecimientos remotos o cercanos que han discurrido en el torrente fluido y a veces escabroso de nuestra sociedad: Reinaldo Chaves Placencia “Artista y Compositor del ensueño”, La Ibarreñidad Profunda II, “Cuatro Eximios Maestros”. La Ibarreñidad Profunda III, “Ojo Cínico” En la ruta de un pueblo: “Escorzo biográfico de Ricardo Cornejo Rosales”, El “Cristo de la Morgue”, etc.

El célebre Sócrates, el filósofo por antonomasia, subrayó al final de su periplo existencial, que lo importante no es el número de años vividos, sino, fundamentalmente, la manera cómo se los ha vivido. Apotegma que hizo suyo José Enrique Rodó en las aladas páginas de Ariel y que lo hacemos extensivo al Dr. José Albuja Chaves



LIC. JACINTO SALAS, UNA VERDADERA ENTELEQUIA ACADÉMICA DEL PERIODISMO Y DE LA INVESTIGACIÓN

Decía el célebre estadista José María Velasco Ibarra: “La prensa puede ser más que la opinión pública, al reflejarla coherente, intensa, clara. El primer deber del periodista es ser leal para con su pueblo y ser apto para intuir, para captar el parecer popular... Si la prensa es cátedra, el periodista tiene que ser maestro. Si la prensa es tribuna, el periodista tiene que ser orador. El maestro y el orador no pueden hablar sino para defender la verdad, para exponer los principios, para prestigiar el bien. Los discípulos del periodista son los ciudadanos de toda la nación. Las multitudes que escuchan al periodista son los que integran un pueblo entero, un país entero. Corrómpase, desoriéntese la opinión de todo un país si se ha traicionado el más sagrado de los deberes: el de ser energía creadora de un pueblo y de una raza”. Y precisamente la vida periodística del Lic. Jacinto Salas Morales ha estado jalonada por estas grandes acciones. “El verdadero hombre, lo dijo José Martí, es aquel que no mira de

qué lado se vive, sino de qué lado está el deber”. El verdadero hombre es el que siente el deber de realizar una obra. El verdadero hombre es aquel que no se ama a sí mismo, sino que pone la pasión de su propia existencia por la obra que está realizando. El verdadero hombre es el que no tiene más norma que la justicia en la obra que ejecuta. El verdadero hombre es aquel que pone por encima de sus intereses a la Patria, por encima de la Patria a la humanidad y por encima de la humanidad a Dios. Y esa ha sido la norma con la que se ha identificado el Lic. Jacinto Salas, una verdadera entelequia académica del periodismo y de la investigación desde hace más de 8 lustros.

Su esmerada formación la recibió en el centenario Instituto Rosales de Ibarra y en la Salle de Quito. Su formación superior en la gloriosa Universidad Central del Ecuador, obteniendo su Licenciatura en Ciencias de la Información allá por enero de 1979.

Hablar del Lic. Jacinto Salas es hablar de la memoria viviente que tiene nuestra hidalga Ciudad Blanca de Ibarra, es hablar del talentoso periodista de docta y briosa pluma, del excelso cronista ibarreño, del intachable académico, docente y miembro correspondiente de nuestra Casa de la Cultura Núcleo de Imbabura. Su proficua labor en la investigación histórica y en el fomento de la cultura le ha permitido aportarnos con múltiples y valiosos artículos de cuño paradigmático. Ya en la revista Vistazo, ora en la revista Avance de Cuenca, ora en el semanario La Opinión, ya en el diario El Norte, etc., etc. Su fontana inagotable de su elán investigativo es admirable y digna de los más fervorosos elogios. Su trabajo creador ha quedado impregnado en su “Crónica de los 50 años del Club de Automovilismo y Turismo de Imbabura (CATI), en la Crónica del Comercio ibarreño y de sus protagonistas, obra recién presentada con el auspicio de la Cámara de Comercio, Producción y de Servicios de Ibarra y tantos proyectos que los tiene en camino. Varias instituciones como la Unión nacional de Periodistas Núcleo de Imbabura, el Consejo Provincial de Imbabura, la Federación Deportiva de Imbabura, el Ilustre Municipio de Ibarra, FONTURISMO, el Colegio de Periodistas de Imbabura, el Centro de Ediciones Culturales de

Imbabura, la Sociedad Cultural Amigos de Ibarra, la Sociedad Bolivariana, entre otras, dan fe de su fecundo tránsito vital, digno de encomio y su vocación periodística y cultural, como la más noble exultación al servicio de la colectividad imbabureña.

Su cuantioso e imponderable aporte ha sido reconocido con premios y distinciones, como el Tercer premio en el Concurso Nacional de Periodismo sobre el Proyecto Hidroeléctrico Paute, el Primer Premio en el Concurso nacional de reportaje Económico, convocado por la Cámara de Industriales de Pichincha, la segunda Mención en el Concurso de Reportajes sobre la Ley de Control de Sustancia estupefacientes y Psicotrópicas, el Botón de Oro “Abelardo Morán Muñoz”, otorgado por el Ilustre Municipio de Ibarra, el Tercer Premio en el Primer Concurso Nacional de Fotografía Turística “Ecuador Naturalmente Mágico”, organizado por el Ministerio de Información y Turismo y la Corporación Ecuatoriana de Turismo.

Por ello la Casa de la Cultura Núcleo de Imbabura, consideró de estricta justicia imponer la más alta condecoración, la Medalla “Pilanquí”, reconociendo su generosa siembra de elevados quilates, coronada no solo por la elocuente blancura de sus sienes encanecidas en el servicio hecho a nuestra Patria chica, sino por la limpia transparencia de su corazón, donde se han afincado los permanentes valores humanos de la honestidad, la lealtad, la responsabilidad, la disciplina, la rectitud de procedimientos y su reciedumbre espiritual. Todos quienes amamos la verdad y los libros, creemos firmemente, indeclinablemente que el Ecuador solo se salvará por obra de la cultura.



DR. LUIS ANDRADE GALINDO, HOMBRE DE LA CULTURA Y DE LA VIDA

Se cuenta que una tarde alguien detuvo en una calle de Atenas al fabulista Esopo e, intrigado, le preguntó cómo había hecho para ser tan honesto, en una sociedad tan corrupta.

- “Muy sencillo, respondió el fabulista, haciendo todo lo contrario de lo que he visto hacer”.

El Dr. Luis Andrade Galindo, cuyo lamentable deceso deploramos (4 de agosto de 2020), supo hacer todo lo contrario de lo que ha hecho el hombre común y ordinario. Fue el jurista paradigmático, de honestidad acrisolada, de probidad sin mácula, de íntegro carácter que honró a su trayectoria de sapiente profesional. ¡Qué honor haber levantado el monumento de su grandeza sobre el pedestal de su genuina vocación, su talento, su verticalidad, su reciedumbre espiritual!

Luis Andrade Galindo fue siempre de una sola pieza; un bloque en el que se amalgamaron y se fundieron el jurisconsulto profundamente inductivo tanto en la práctica del Derecho como en la práctica de la abogacía, el maestro en el concepto señero del término, el político rectilíneo, el literato excelso, el inspirado poeta, el orador de actitud tribunicia y de inspiración ciceroniana, la figura emblemática que tuvo la Casa de la Cultura Ecuatoriana “Benjamín Carrión” Núcleo de Imbabura. Él fue el ideólogo del Complejo Cultural Pílanquí, obra grandiosa que se le entregó a la hidalga Ibarra con motivo de los 400 años de su fundación española.

Verdaderamente, una página edificante ha sido la vida de quien ha enaltecido la valía de una de las familias de raigambre cotacacheña: los Andrade, los Galindo, donde el talento y la virtud perseverantes fueron la norma que ha señalado el camino del honor que siempre conduce a las elevadas cumbres de la superación, de la serenidad y del respeto.

Luchito Andrade Galindo como cariñosamente lo tratábamos en los círculos amicales nació en la musical tierra de Cotacachi el 1º de diciembre de 1943; pero es ibarreño de corazón. Toda su vida ha residido en Ibarra, por ello fue el meritísimo ciudadano querendón de nuestra Blanca urbe. Su madre, la distinguida matrona Dña. Angélica Galindo, mujer de elevadas prendas morales, enhiesta y valerosa frente a los avatares de la vida y su padre, el recordado maestro Luis Andrade Proaño, de grata memoria en las generaciones de estudiantes que formó con encendida mística en varias instituciones primarias y en las gloriosas aulas del Teodoro Gómez de la Torre. Obtuvo su título de Doctor en Derecho en la gloriosa Universidad Central del Ecuador. Siguiendo las huellas de su padre ejerció la docencia en la Pontificia Universidad Católica del Ecuador, Sede Ibarra, en los Colegios: Teodoro Gómez de la Torre, Sánchez y Cifuentes y Sagrado Corazón de Jesús. Ha defendido con ardor, con pasión bienhechora los intereses vitales de Ibarra, de nuestra provincia azul, de nuestra Patria lacerada, desde los puestos que le ha confiado la voluntad popular: Concejal, Alcalde y Asambleísta.

Por su espíritu integérrimo y sus altas dotes morales fue designado Ministro Juez y Presidente del Tribunal Penal de Imbabura. No ha

habido dificultades que no haya podido vencer, ni escollos que no haya sabido orillar. Supo salir adelante, aun en las sentencias más adversas, que fueron encomendadas a su talento y a su versación.

La silueta larga y frágil de este ardoroso caballero de la cultura y de la vida se ha desvanecido, pues ya la claridad de Dios en quien creyó con profunda convicción, la ilumina con destellos fulgurantes. Seguirá dándonos cátedra con su oratoria fluida y persuasiva, seguirán hablando con lenguaje de eternidad sus enseñanzas y sus realizaciones, que redimirán del olvido a su grata memoria.

Desde los ignotos parajes de la eternidad el caballero de la cultura y de la vida seguirá dándonos cátedra con su oratoria fluida, seguirá compartiendo lo sensible de su terruño. Que revivan la gratitud y la veneración debidas a su memoria.

Hoy su respetable busto, diseñado bajo la inspiración artística y munificente del celebrado maestro Laureano Játiva, se levanta airoso en el frontispicio de la Biblioteca del Núcleo, junto a los figuras bronceas de Pedro Manuel Zumárraga, Roberto Morales Almeida, José Miguel Leoro Vásquez. Ellos son símbolo y recuerdo, recias columnas con sus preseas de excelentes ciudadanos y caballeros de nombradía cultural. Fueron vidas plutarqueanamente paralelas, con similares inquietudes e idénticas aspiraciones, grandilocuentes en su accionar cultural.

“El hombre es historia”, nos decía el filósofo germano Dilthey. Luis Andrade Galindo ya es historia.

FAUSTO YÉPEZ ALMEIDA EN LA PERENNIDAD DEL BRONCE

“Siempre habrán hombres con decoro que tengan el decoro de muchos hombres” - José Martí

U n 4 de septiembre de 2019 amarró definitivamente su barca en la isla tétrica, irreversible de la muerte, aquel distinguido hombre público como fue Fausto Yépez Almeida. Habiendo corona-

do la cima de los 90 años, cayó vencido por la segadora implacable como caen los árboles recios y fuertes abatidos por la tempestad. Pero esto no es morir, porque nadie lo ha olvidado. Cuando personajes como Dn. Faustito cruzan el umbral de esta vida peucedera, dejan la triste envoltura de la tierra, se elevan, se espiritualizan y se perpetúan con caracteres luminosos. Los muertos no mueren cuando son ilustres, resurgen y viven en la mente y en el corazón de su pueblo.

Honrar la memoria de los ciudadanos distinguidos por el civismo, por su vocación, por su



don de servicio, por sus grandes ejecutorias, debe ser la norma de conducta invariable de los pueblos cultos y agradecidos. Así lo ha entendido nuestra Ciudad Blanca de Ibarra. Así lo ha entendido nuestro GAD municipal, cuando esta mañana de septiembre, dando realce a nuestras festividades de los 415 años de la fundación española de nuestra hidalga ciudad, en este agosto lugar, inauguramos la bronceína figura de Dn. Fausto Yépez Almeida, el hombre de fe diamantina, que dio cátedra de ibarreñidad, el Cónsul de la buena vecindad, el Cónsul de una diplomacia de corazón abierto, el entusiasta filántropo, el hombre que tenía un corazón de oro que atesoraba inmensos caudales de sabiduría, un Cruzado del talento, un Portaestandarte de la inteligencia, patriarca investigador, entusiasta coleccionista, el Mecenas ibarreño al que mucho le debe el cultivo y el auspicio de la música. Su innata inclinación por el arte musical la proyectó en el más noble y bondadoso auspicio para afianzar vocaciones y constituir agrupaciones musicales. De ello dan

testimonio Armando Hidrobo, Huberto Santacruz, Luis Alfonso Proaño, Jorge Ponce, Pedro Carrillo, el cantante Pepe Quevedo y catalogados grupos como “Alma Ecuatoriana”, “Aires de mi tierra”, “Emelnorte” que conquistaron laureles que ornamentaron al arte musical y al alma terrígena.

Quién no recuerda a la famosa Botica Ibarra, hondamente arraigada al devenir ciudadano, desde 1962, ubicada en el emblemático Palacio episcopal, donde Dn. Faustito solía atender con prontitud y esmero. Quién no recuerda su clásica bicicleta a motor, desplazándose por las solariegas calles de Ibarra, para inyectar a sus pacientes que lo requerían en su domicilio, y de paso le hacía competencia a la bicicleta del alemán Eduardo Mantheim, propietario del café que funcionaba en la calle Bolívar y Oviedo. Tantas reminiscencias, cuyas imágenes se multiplican y se atropellan unas a otras y que reposan en el cofre magnificante de los recuerdos.

Muchos años sirvió Dn. Faustito a la colectividad ciudadina y provincial con infatigable celo, con caritativa condescendencia, desde una curul del Ilustre Municipio de Ibarra, la Jefatura Política del cantón, La Gobernación de Imbabura, la Cruz Roja Provincial, la Sociedad Bolivariana, la Sociedad “Amigos de Ibarra”, la Casa de la Cultura Núcleo de Imbabura, etc.

Ese busto fundido en bronce bajo la inspiración artística del celebrado escultor Vicente Bolaños es de parecido magnífico. Quedará testimoniado como un recuerdo imperecedero en este sitio plácido y risueño. Allí está eternizado el Caballero de la ibarreñidad, en esa imagen bronceína. Allí su delicada cabellera; allí su frente espaciosa y sosegada; allí su mirada afable; allí su gesto longánime y cordial.

“A todo caballero, todo honor y toda honra”, reza el viejo aforismo acuñado por la filosofía popular. Un hombre de los más sustantivos que ha tenido nuestra hidalga Ciudad Blanca, cuya vida de servicio constituye un legítimo timbre de orgullo, queda perennizado en este monumento. Que la ciudadanía ibarreña al pasar por este paradisíaco rincón, recibiendo del taita Imbabura, el beso de ascensión y rectitud y del al-

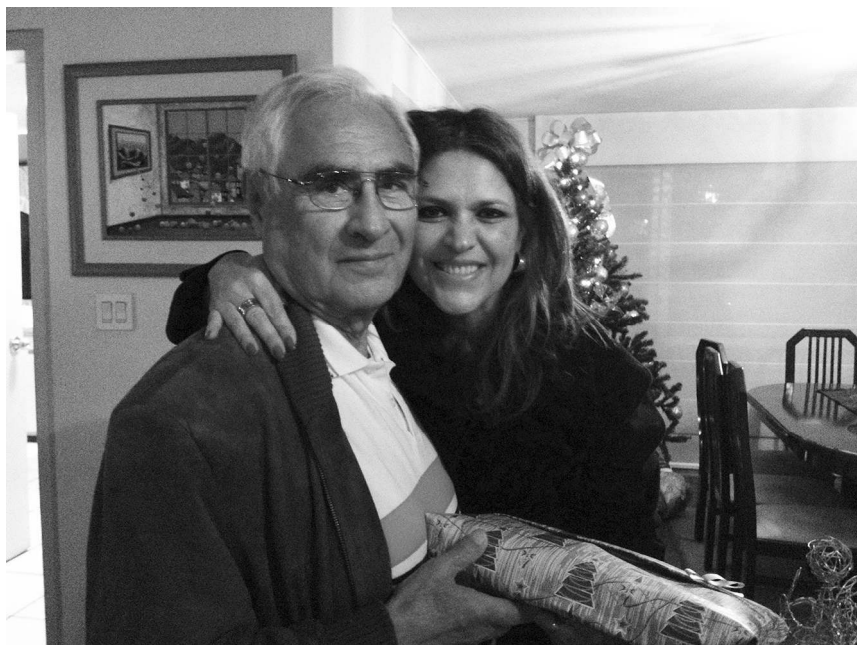
ma secular de la ciudad, el pan de la tierra, encuentre en este lugar la fuente de inspiración, el pensamiento visionario y el corazón generoso para emprender la tarea de servicio por los nobles intereses de nuestra amada Ibarra.

Las virtualidades de quien hoy, recibe el condigno homenaje, sugiere aquella estrofa del destacado escritor argentino Jorge Luis Borges, en la que caracterizaba el porte de caballero a su gran amigo Ricardo Güiraldes, un soneto que calza perfectamente para Don Faustito:

“Nadie podrá olvidar su cortesía;/ era la no buscada, la primera/ forma de su bondad, la verdadera/ cifra de un alma clara como el día./ No he de olvidar tampoco la bizarra/ serenidad, el fino rostro fuerte,/ las luces de la gloria y de la muerte,/ la mano interrogándole a la vida.

A LA GRATA MEMORIA DEL DR. JORGE PROAÑO ALMEIDA

En nombre de la Casa de la Cultura Ecuatoriana Núcleo de Imbabura y en el mío personal, he venido a este recinto sacrosanto y en este trascendental momento, a tributar el postrer homenaje de amor y gratitud al amigo integérrimo, al Dr. Jorge Proaño Almeida, de quien soy deudor, no solo de los beneficios que hizo a su Patria chica, sino de sus especialísimas bondades que tuvo para conmigo, cuando hace pocos días, cuando arreciaba la campaña política que pretendía tomarse la Casa de la Cultura y viendo amenazada la institucionalidad de la Casa, el día de las elecciones, en un acto de suprema heroicidad, se levantó de su lecho de dolor y acompañado de una enfermera, llegó hasta el Complejo Cultural Pílanquí, a cumplir con su deber cívico y con su voto, dejar asegurado el futuro de la Casa. Gracias mi Doctor. Su noble gesto y sus múltiples obras, acrecientan la memoria del varón de reciedumbre espiritual, que las pregonamos a los cuatro vientos, antes de que el cofre del sepulcro que lo aguarda en la Cripta de esta Santa Iglesia Catedral, acoja para siempre su frágil arcilla perecedera.



Ha de permitírseme que, sin temor a empañar esta pompa fúnebre, como usted solía decir, parafrasee la metáfora del sabio Caldas: “Era un árbol corpulento. Centenares de veces habían tronado sobre él las más espantosas tormentas pero ningún rayo logró jamás derribarlo. Por entre sus ramas habían bramado violentísimos los huracanes que corrían a velocidades pavorosas, pero él había permanecido orgullosamente erguido, desafiando a las adversidades. Muchos desfilaron junto a él y llegaron a la muerte. Pero aquel roble gigantesco permanecía en pie, derecho, perpendicular, como si el devenir del tiempo no le hiciera mella. Sin embargo un día llegaron unas termitas o comejenes y al árbol colosal no le quedó otra alternativa que darles cabida en sus raíces. Eran tan pequeñas que parecían no ofrecer peligro alguno; pero si su estatura era pequeña, su apetito era inmenso, devastador. Poco a poco aquel gigante de la selva comenzó a notar el debilitamiento que en su vitalidad producían esos diminutos visitantes. Y cierto día cuando sus raíces se hallaban ya devoradas, un huracán, una ráfaga de viento arrancó con facilidad aquel robusto roble que parecía

desafiar a todas las convulsiones y a las inexorables coordenadas del tiempo. El silencio augusto que reinaba a su alrededor se interrumpió con el ruido espantoso que causó su caída...”

Henos aquí recogidos en elocuente silencio de dolor. Aquel roble que fue JORGE PROAÑO ALMEIDA se ha doblegado ante la inexorable parca que con su guadaña implacable lo había marcado con la cruel enfermedad. Su alma acerada se dobló. Su corazón dejó de palpar y sus ojos se cerraron para siempre al frisar 91 años de fecunda existencia. “Milicia es la vida del hombre sobre la tierra”, afirma la Sagrada Biblia. Su vida fue un combate sin tregua, desde que tuvo ocho meses de edad, cuando el destino le sumió en la cruel orfandad materna y luego a los 6 años, cuando fallece su padre. Jorge Proaño fue un ardoroso caminante por senderos tremendamente difíciles. Diecisiete los vació íntegramente como Odontólogo y Vicerrector en los colmenares magisteriles del recordado Colegio de Señoritas “Ibarra”. Con encendida vocación y mística de servicio dejó una impronta indeleble en la Gerencia de la Corporación de Fomento del Norte (CORFONOR) y de la Corporación Estatal Petrolera Ecuatoriana (CEPE), Vicepresidente del directorio de la empresa Cemento Selva Alegre, docente de los colegios Sánchez y Cifuentes y Otavalo, dentista de la Asistencia Social de Imbabura en Cotacachi; en Quito, Vicerrector de la Academia Almirante Nelson, y desde el año 1992 hasta el año 1999, Rector del Colegio Particular Jacques Yves Cousteau.

La política fue su pasión; el verbo, su brillante arma y su escudo como legislador. Varias responsabilidades dan fe de ello: Presidente del Consejo Provincial de Imbabura (1960-1961); Presidente del Concejo Municipal de Cotacachi desde 1962 a 1965, luego accedió a la diputación, a la Asamblea Nacional Constituyente, elegido diputado de Imbabura en 1968. Fue Alcalde de Ibarra en la dictadura del triunvirato militar entre febrero de 1976 y el 15 de septiembre de 1978. Sus obras, como la carretera Pinaquí-Cotacachi-Cuicocha, el asfaltado de los 10 kilómetros de la autopista de Yahuarcocha, la construcción del Coliseo Luis Leoro Franco, entre otras emblemáticas obras, hablan con lenguaje

de eternidad de su trabajo consciente y serio, de su verticalidad, su austeridad y su recio temple. Pocas veces vi contraerse los músculos de su faz apacible, pero fue contra la injusticia, la demagogia, la miseria moral, contra los quebrantamientos de los principios cívicos y éticos. Al igual que el sembrador del cual nos habla el poeta y pensador indio Rabindranath Tagore, Jorge Proaño Almeida nos ha legado un hermoso huerto hecho de encantos, con el modelado de su sapiente y caudaloso servicio.

Su figura se yergue tachonada de múltiples merecimientos. Ha traspasado los dinteles de esta vida perecedera con el nimbo de SERVIDOR ÚTIL y como bien dijera un connotado maestro, se ha ido “dejando tan sólo en la limpidez de su frente retratada la serenidad de su espíritu; en el brillo de sus últimas miradas, el fuego devorador del pensamiento; en el sello de su rostro, la altivez de un temple indomable y de una voluntad perseverante”.

Nosotros romeros ante su sarcófago, ponemos en él nuestras siempre vivas del recuerdo, nuestros fragantes arrayanes y nos descubrimos ante su impoluta memoria, para quemar en la pira de su ejemplo, el incienso y la mirra del bien, de la bondad, de la belleza, de la justicia, de la solidaridad que vivificarán su alma por siempre, allá donde la serenidad del paisaje, rinda al espíritu frente a la majestad de la omnipresencia, donde la tierra, el agua, las espigas las flores y las plantas trazarán su nombre frente al espejo silencioso y límpido de nuestro lago Yahuarcocha y de la enigmática laguna de Cuicocha. ¡Hasta siempre querido amigo!



A T U N T A Q U I



DÚO HERMANOS ESCOBAR

Cuenta la historia que en la Grecia filosófica y mitológica nació una música envuelta de fábulas y leyendas. La tierra es de los dioses y la música su medio de comunicación. Una de las narraciones mitológicas cuenta que cuando Orfeo tocaba la lira el sonido era tan encantador que el mundo se rendía a sus pies. Los árboles y las piedras lo seguían y las bestias más salvajes se amansaban al son de su instrumento. Indiscutiblemente la música es un lenguaje universal, no tiene fronteras, es libertad y más aún cuando se trata de nuestra música ecuatoriana, cuando se gestan todas las emociones y se fortalece el espíritu. Los Hnos. Escobar, oriundos de esta tierra anteña, hijos de Tobías Raúl Escobar Ávila y doña Blanca María Castillo, entendieron estas

realidades desde los aurales años de su infancia y se convirtieron en devotos de la melodía que lleva en su corazón el rumoroso palpitar de los acordes.

Marco Escobar refiere en una de sus memorias que siguió el ejemplo de su hermano mayor Marcelo, cuando le escuchaba cantar desde pequeño subido en su refugio: un árbol de cholán, sentado en una rama interpretaba rancheras de Pedro Infante y Javier Solís, pues en ese entonces, estaban en boga las películas mexicanas. Y fue precisamente en la escuela 2 de Marzo, cuando su recordada maestra primaria Dña. Dora Zumárraga descubrió y apuntaló su talento. Y entonces Marcelo y Marco, el dúo de los Hnos. Escobar, en la flor de su niñez iniciaron su periplo artístico en la radio “Mundo Mejor” en un festival organizado por esta estación, con sus voces que se amalgamaron causaron sensación, obteniendo el merecido primer lugar.

Han paseado su talento por todo el país De ahí que con sano orgullo afirman que nunca perdieron los concursos, esa la razón para exhibir más de 500 trofeos. La música nacional han interpretado magistralmente en más de 300 festivales por más de 8 lustros. Han sido los auténticos embajadores de lo nuestro. Tienen al momento tres discos de larga duración (LP), 2 Cd como dúo; 2 Cd como solistas. Actualmente se encuentran grabando un CD titulado “Añoranzas Solamente Pasillos”. Aunque han sido ovacionados interpretando la música latinoamericana, pero siempre han dado prioridad al pasillo ecuatoriano para lucir el cognomento de los “Gorriones del Ecuador”.

La canción ecuatoriana ha mantenido en Perú, Chile, Colombia, México y los Estados Unidos, una palpitante y suave presencia a través de este consagrado dúo que ha sido lo más granado de su terrazgo nativo porque en sus voces y acento está pleno el humus sentimental de esta misma tierra. Porque en ellos está viva la canción ecuatoriana en toda su prístina pureza.

Han sido triunfadores a nivel nacional de 6 ediciones del Festival “La Policía canta al Ecuador”. Triunfadores del Auca de Oro, representando a la Asociación de Artistas Profesionales de Pichincha organizado

por Teleamazonas y Petroecuador. La calidad y la prestancia de sus consagradas voces les hizo merecedores de la Gaviota de plata, galardón que se entrega a los mejores intérpretes de la música nacional otorgado por la Asociación de Radiodifusores y Periodistas de Manabí. Triunfadores del Festival González Suárez de Oro. Triunfadores de 5 ediciones del Festival de la canción de la música Nacional El Ángel-Carchi. Finalistas del programa “Ecuador tiene talento”, organizado por Ecuavisa, obteniendo la mayor votación a nivel nacional.

Heraldos de una sublime misión de ensueño que ha permitido revalorizar la música ecuatoriana han compartido los escenarios con artistas locales, nacionales e internacionales como son: Los Panchos, Los Jarkas, Silvana, Pepe Jaramillo. Un mano a mano con el dúo de los Hermanos Miño Naranjo, Hermanas Mendoza Suasti, Son cubano de Cuba, entre otros.

La Casa de la Cultura Ecuatoriana “Benjamín Carrión” Núcleo de Imbabura, ha tributado al consagrado dúo de los Hnos. Escobar, la merecida ofrenda de su aplauso y el homenaje fiel de su reconocimiento. No olviden que el estímulo incita al ingenio para la vendimia de los más opimos frutos que les permita conquistar los mejores lauros de bienandanza.

JORGE HOMERO MARTÍNEZ ESTÉVEZ, MÚSICO NATO Y MAESTRO

Hablar de la música es sumergirse en una historia antiquísima. Hay prueba arqueológica de que siglos antes de nuestra era, ya las tribus de África tocaban tambores, cuernos y campanas. Los chinos tocaban un tipo de armónica y de zampoña. En Egipto, India, Israel y Mesopotamia se tañía el arpa. Una de las alusiones históricas más concretas a la música nos cuenta la Biblia en el libro del Génesis cuando un hombre llamado Jubal fue el padre “de todos los que manejan el arpa y el caramillo”. Muchos siglos después, el rey Salomón de Israel sintió una gran afición por la música y se procuró las mejores maderas para construir arpas y otros instrumentos de cuerda.



Cuenta la Historia Sagrada que el rey David organizó a 4.000 hombres que pertenecían a la tribu de Leví para que fueran músicos y cantores en Jerusalén; 288 de ellos estaban “entrenados en el canto a Yavé, todos peritos”. Sin duda alguna, estos intérpretes practicaban permanentemente. Tan importante era la música en la adoración a Dios que a los cantores se les eximía de otras obligaciones en el templo para que se concentraran exclusivamente en cultivar el arte musical.

¿Por qué nos apasiona tanto la música? Sencillamente porque es un hermoso don del Creador. El famoso filósofo alemán Arthur Schopenhauer, solía decir: “En la música todos los sentimientos vuelven a su estado puro y el mundo no es sino música hecha realidad”. Efectivamente, todo lo que el hombre puede alcanzar en la vida lo hace a través de dones y de talentos que recibe. Y Jorge Homero Martínez Estévez recibió el don y el talento cuando apenas frisaba sus 8 años de edad, supo consolidarse como maestro y como músico de nombradía. Inteligente, austero y disciplinado, descendiente de una prosapia de artistas anteños y formado en la escuela de su padre, el afamado maestro y trompetista, Dn. Luis Germán

Martínez, supo cultivar el arte musical desde sus mocedades en la legendaria orquesta Costa Azul, esa sorprendente y original casta, que no pretendió jamás quedarse en las marquesinas, ni brillar con luces de neón en la ciudades. Era una pompa majestuosa, un vuelo augusto y triunfal. La Costa Azul supo elevar su nombre a la par de las estrellas y llenó todos los rincones sensitivos de pueblos y ciudades, otorgaron vuelo a las emociones e hicieron bailar y reír, en el recordado Coliseo Dávila de Ibarra y en todos los lugares, dentro y fuera de los linderos patrios, donde sus mágicas interpretaciones dejaron una impronta indeleble, con sus integrantes que se constituyeron en hito, camino y huella.

En esa trova de juglares tuvo singular brillo Jorge Homero Martínez. Formado con esmero en las gloriosas aulas del Abelardo Moncayo, continuó su formación académica en el emblemático “Luis Ulpiano de la Torre” de Cotacachi, luego en la Universidad Estatal de Bolívar, que coronó con su maestría en Gerencia educativa, le permitió ser fecundo como docente, fiel, emotivo y diestro como ejecutante. Los ritmos autóctonos, las bandas marciales, se vistieron de gala, en sus manos de artífice y salieron a pasear por diferentes escuelas y colegios de nuestra geografía imbabureña, hasta por Cayambe. Elogiado siempre por su poética musicalidad, su virtuosismo ejecutante y su exquisita preparación, van surgiendo las nóveles bandas juveniles, musicales y marciales de escuelas como la “24 de Mayo”, la “2de Marzo”, la “Francisco José de Caldas”, la “Teodoro Wolf”, la “Princesa Paccha”, el Colegio “Imbabura”, el “Antonio Ante” y por supuesto su “Abelardo Moncayo”, que en magnas conmemoraciones, inundaron la atmósfera de arpegios, de sonoridad, de ritmos, que como palomas blancas haladas de armonía, se remontaban al firmamento, haciendo vibrar los corazones del público que aplaudía frenéticamente.

A su nobilísimo empeño y dirección se debe “Banda Cultural de G.P.I.” (2005-2009), la Banda de la “UTN” (2009), ese Convenio Cultural entre Savia Music Band y el GAD municipal de Atuntaqui (2010-2014). A lo largo de su proficuo periplo musical ha grabado, después de pulirlos, de instrumentarlos y de darlos nueva vida, centenares de inter-

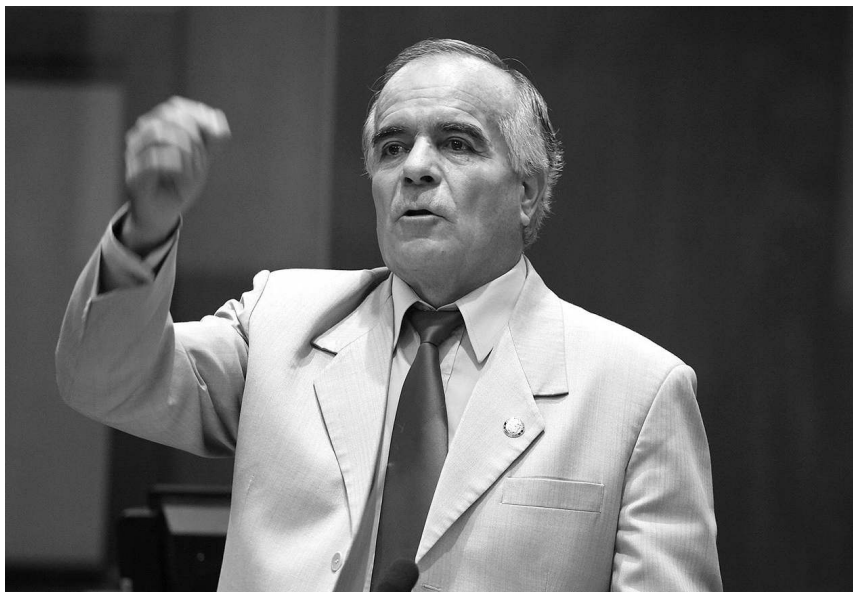
pretaciones cálidas y profundas, henchidas de generosidad y entrega que están plasmadas en Cds y audiovideos.

Exultamos su valía de músico nato y maestro en el concepto señero del término. Larga vida y buen camino en la anchurosa avenida de la música. Nunca olvide aquella inspiradora sentencia de una de las figuras más carismáticas e innovadoras de la historia del jazz, el famoso trompetista y cantante estadounidense, Louis Armstrong: “Los músicos no se retiran; dejan de tocar cuando ya no hay más música en su vida”.

DR. ANTONIO POSSO SALGADO, BALUARTE DE LA EDUCACIÓN Y LA CULTURA

Hay fechas que por el contenido que les transmiten los hombres con su vida y con sus obras, emergen en la historia saturadas de gloria. Son días, meses y años cenitales que con el devenir del tiempo esplenden aún más. En este marco de la gozosa celebración atuntaqueña, justo es rendir homenaje de pleitesía a este hermoso solar de nuestra geografía imbabureña. Justo es tributar el homenaje de gratitud y reconocimiento imperecederos a uno de sus hijos, baluarte de la educación y la cultura, esa cultura sólida, profunda, abridora de rutas y sembradora de luces, me refiero al talentoso catedrático, el Dr. Antonio Posso Salgado.

Decía Bertold Brecht, el famoso poeta y dramaturgo alemán: “Hay hombres que luchan un día y son buenos; hay otros, que luchan un año y son muy buenos; hay quienes luchan muchos años y son aún mejores; pero hay los que luchan toda la vida, esos son los imprescindibles”. Y Antonio Posso Salgado pertenece a la constelación de estos últimos. Con sobrada razón John F. Kennedy solía decir: “El mérito pertenece a quien está verdaderamente en la trinchera, con la cara manchada por el polvo, el sudor y la sangre; al que sabe de los grandes entusiasmos y las grandes devociones y es capaz de gastarse en las grandes causas; al que,



en el triunfo experimenta la emoción de las cumbres conquistadas y en la derrota tiene al menos la recompensa de saber que se atrevió, y cuyo puesto no será nunca el de los espíritus tímidos y fríos, incapaces de victoria o de desastre”. Y es que en Antonio Posso Salgado se reúne el espíritu apostólico del maestro, la pasión por la justicia del abogado, las dotes persuasivas del orador, el rigor científico del académico, la ejecutividad del hombre de acción, la angustia por la Patria del político serio y honesto que llegó al Congreso Nacional para servir al pueblo y promover el bien común, desde las distintas responsabilidades que este le encomendó.

Vida sencilla y repleta desde su mocedad: desde la Presidencia de la Asociación Escuela de Pedagogía de la Universidad Central del Ecuador, pasando por la Presidencia de la FEUE de Quito, hasta la Presidencia de la UNE de Imbabura. A la obra educativa, si grande, como la más ingrata; si ilustre, como la más preterida; si redentora, como la más sacrificada, El Dr. Posso le ha dedicado los mejores años de su vida: desde el sencillo Profesor de la Escuela San Joaquín de Intag, pasando por

varios colegios de nivel medio, hasta el de Catedrático de la gloriosa Universidad Técnica del Norte. Hay momentos en la vida de los hombres, que son decisivos; ponen a prueba el calibre y el temple de su personalidad. Tal manifestación de entereza, de rectitud, de imperturbable servicio la demostró cuando asumió el Rectorado del Alma Mater. Le ha dado todo a la gloriosa Universidad Técnica del Norte, le ha consagrado a ella la amplitud de sus talentos, las maduras uvas de su ilustración, su generosidad política, su capacidad constructora, su océano de amor cívico. Convencido plenamente que la Nueva Universidad no debe ser sólo venero de conocimientos, sino un templo vivo, formador del hombre y de la mujer, dentro de una sociedad que vive en perenne agitación y acuciada por los más insospechados cambios.

La Biblioteca virtual, la radio Universitaria 101.1 FM, el canal de televisión UTV canal 24, hablan con lenguaje de eternidad de su amor infinito por la cultura. La UTN es pionera en el país al contar con una radio cultural desde hace más de tres lustros, con su cobertura regional y una amplia sintonía. El Canal de televisión en convenio con TELESUR, Televisión Iberoamericana, Televisión Española y otras agencias mundiales, ofrecen al público televidente programas educativos y culturales de elevada categoría.

Por su vida tachonada de múltiples merecimientos ha recibido la Medalla “Pilanqui”. No como un circunstancial reconocimiento. La presea manifiesta el tributo a su vocacional obra, a quien está siempre al servicio del pueblo con los estudiantes, con los maestros, con los trabajadores, no sólo en la hora de la siembra esperanzada, está en las palpitaciones totales, cuando hay que batallar contra las injusticias, contra las perversidades, cuando la libertad y la dignidad, el bien y la verdad, están siendo arteramente conculcados, cuando la autonomía universitaria ha sido seriamente amenazada.

Loable, trascendente y meritoria, sigue siendo su labor desplegada en el Alma mater del norte ecuatoriano.



MSC. KIM VIVERO SALTOS Y EL IMPONDERABLE APORTE DE SU ENTRAÑABLE VOCACIÓN

Nos hemos congregado en el Salón de recibo del pujante cantón de Atuntaqui para conmemorar con singular entusiasmo un aniversario más de su cantonización. Esta magna conmemoración no ha de hacerse únicamente en medio de la fiesta abigarrada en la plaza pública, donde bulle la vida en su hermosa complejidad, sino también en el ambiente austero, académico y reflexivo. Y hemos recordado los sucesos que le han engrandecido para desentrañar su enorme significado y con voluntad firme, con mente lúcida, con corazón entero, hacer de esta hermosa parcela imbabureña, la Patria chica de libertad y de justi-

cia, el hogar de la armonía y del progreso, palenque de nobles ideas y ciudad sólida y creadora según la fórmula imperecedera que nos legó Bolívar: “hombres y mujeres virtuosos, hombres y mujeres patriotas, hombres y mujeres ilustrados, constituyen las verdaderas repúblicas”.

Sin lugar a dudas, la vida es un largo camino a cuya orilla se van quedando, poco a poco, seres queridos, amigos entrañables, personajes de todo tipo. Muchos de ellos desaparecen sin dejar huella alguna en su trajinar y, al paso de pocos años, quedan olvidados, se apagan como las velas, cuyo ligero humo se disipa para finalmente perderse para siempre en el lóbrego y misterioso abismo de la nada. Son hombres y mujeres que no dejaron rastro perdurable por los senderos que transitaron, no entendieron lo que significa marcar una ruta.

Pero hay otras personas cuya recia personalidad, virtudes morales, talento y valor humano, abren hondos surcos en la vida y en la historia. Son los que construyen el edificio de la cultura, los que se gastan y se desgastan por servir a los nobles intereses de la educación y la cultura, los que dejan un recuerdo imperecedero y legan hitos a la historia, son los que hincan profundamente las raíces del amor, del servicio, de la entrega desinteresada y se constituyen en ejemplo para las presentes y futuras generaciones. A ellos se los recuerda siempre, se los venera, se los aplaude y se los destaca como paradigmas de singular brillo en la sociedad y en el trabajo humano. El alma femenina también se constituye en el epicentro de las grandes acciones humanas. Me refiero a la distinguida maestra KIM VIVERO SALTOS.

Nacida en esta hermosa parcela de suelo imbabureño tiene ya un camino recorrido como la maestra que ha impartido las cátedras de Inglés, Inteligencia emocional, Pedagogía conceptual, Administración Educativa cuyo periplo de docencia arranca desde el Instituto Superior Alberto Enríquez Gallo, pasando por prestigiosas instituciones como el Colegio Dicesano Bilingüe, la Academia Militar “San Diego”, la Escuela Militar Superior Aduanera, el Colegio “La Inmaculada Concepción” de Ibarra, hasta llegar al Alma Mater de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador Sede Ibarra y de la Universidad Técnica Particular de Loja. Ha sido la maes-

tra que está siempre renovando y mejorando su personalidad, atenta a todo sonido armónico para comprender el gran himno a la vida que enardezca la disciplina, la moral, el estudio. Ha sabido recoger con exquisito olfato las más odoríferas y hermosas flores de la virtud para depositarlas en el ánfora de oro del corazón palpitante de la juventud para que se enrumbe por la recta senda del honor y de la dignidad.

Su trabajo es conocido y aplaudido dentro y fuera de la provincia. Con su ágil y enjundiosa pluma ha escrito para los diarios ciudadanos. Ha trabajado con éxito a tiempo y a destiempo. Ha escrito su nombre en sitio prominente en clubes, asociaciones y la Federación de Barrios y en el Foro por la Nueva Educación. Allí ha descollado con el imponderable aporte de su entrañable vocación: la iniciativa brillante, la labor callada y tesonera, siempre orientando, acogiendo y alentando el esfuerzo mancomunado. Ha puesto su reconocida capacidad en cumplir los cometidos que le ha encargado la Universidad, desde la cátedra donde ha compartido su sabia experiencia hasta su labor administrativa tachonada de merecimientos e inquietudes por los problemas universitarios tan agudos en nuestra Patria.

Kim Vivero Saltos ha sido la escultora de su propia efigie construida con cinceles de ritmos. Quizá su faena haya sido dura, ingrata acaso, acibarada en determinados momentos, pero la vida es así porque la vida es lucha y la lucha es acerbidad y amargura. Por esa vida de brillo y de lucha ha recibido el galardón que se merece, la Medalla “Pilanquí”, como reconocimiento a su enorme labor educativa y cultural.

MARÍA DEL CARMEN CADENA NAVARRO Y SU ARTE SUBLIME

Es de ponderable justicia que después de inclinarnos ante la augusta memoria de aquellos grandes hombres que hicieron posible que clareara con destellos vívidos e inmortales el sol de la cantonización de Atuntaqui, rindamos homenaje a una distinguida dama cuyas virtudes recuerdan al alma mater del ingenio y del arte sublime

donde descollaron con su espíritu exquisito, su imaginación portentosa Rafael, Miguel Ángel, Luca Giordano, el Tintoretto. Me refiero a Doña María del Carmen Cadena Navarro.

Ella es parte del barro de esta hermosa parcela imbabureña. Sus mejores e inolvidables años de su infancia se deslizaron bajo la amable sombra de la Escuela “Santa Luisa de Marillac”; los de la mocedad, en los Colegios “Alberto Enríquez” y Simón Bolívar de Quito y; los de la edad proveyta, en la Universidad Central del Ecuador. Carmen Cadena es de una sola pieza, un bloque en el que se amalgaman y funden la maestra, la contadora y la artista. Fuerte en el conocimiento de los números, durante 15 años ejerció la docencia bajo el apotegma de “las cuentas claras”. A sus claros timbres de buena maestra y contadora, adunó un poco tardíamente su vocación de pintora. Cuando ya frisaba sus 48 años de edad decidió estudiar formalmente en la Facultad de Artes de la Universidad Central. Lo hizo con una beca a la excelencia académica. Egresó como la mejor estudiante de su promoción y actualmente, con hijos ya profesionales, está haciendo una maestría en la misma Facultad.

Los frutos sazonados de su vocación se reflejan en sus cuadros al óleo con el tema de la mujer, que se enmarcan en el género retrato, y algunas obras, a la manera de murales, en arcilla. Según sus propias afirmaciones



ella pinta lo que le gusta, lo que siente, lo que le produce un gozo íntimo. Lo curioso es que, desafiando a su tiempo, se ha enamorado de los impresionistas franceses (segunda mitad del siglo XIX) y pinta al óleo, a la manera de ellos, con énfasis en los efectos de la luz sobre las formas. Practica una suerte de regresión de muchos años, que se sitúa en el espacio de lo decorativo y que acarrea las ovaciones de su público.

Los trabajos de Carmen Cadena en arcilla, de gran formato, tienen un primordial valor que han despertado encomios inusitados. Su serie, 12 murales cerámicos en altorrelieves de gran tamaño, se exponen en el claustro del Convento de San Agustín y constituyen, sin lugar a dudas, el único testimonio plástico recordatorio del bicentenario de la Independencia. Esta obra es única en su género, el género histórico, tan poco trabajado por los artistas ecuatorianos.

En cierto modo, la historia de estos murales se asemeja a la historia y a la realidad nacional en los avatares y en la incertidumbre con que se pinta el futuro. A la ceramista-escultora le tomó cerca de cinco años concebirlos y ejecutarlos, sin contar con ningún apoyo privado o público.

Los murales resumen pasajes importantes de la historia ecuatoriana como los pueblos pre colombinos y sus rituales shamánicos preparándose para la guerra o adorando al sol y las montañas. Abordan episodios de la conquista española. El mural sobre la Colonia muestra a la cruz como uno de los símbolos del apabullante colonialismo. Otro en cambio evoca el período de la ilustración con personajes como Eugenio Espejo, Pedro Vicente Maldonado, el padre Juan de Velasco, el sabio francés La Condamine y Alejandro de Humboldt. Representativo de la revolución del 9 de agosto de 1809 está el mural Próceres de la Independencia, y otros hablan de la Matanza del 2 de agosto de 1810 y de la gesta del 9 de octubre de 1820 en Guayaquil. Puede admirarse a Manuela Sáenz y Simón Bolívar; además, el episodio La Manumisión de los esclavos y la Revolución Alfarista. Finalmente están los murales Danza del Sincretismo y La Migración-Siglo XXI, donde se muestra el drama de la migración hacia el primer mundo, la tragedia de la deforestación de los bosques tropicales y la explotación petrolera.

Carmen Cadena es una artista plástica de personalidad excelsa, luchadora infatigable por la cultura, señora que ensambla su talento de mujer en su talento de artista y con su espíritu emprendedor ha expuesto su hermosa obra en diferentes instituciones y galerías dejando un mensaje para emancipar conciencias y formar hombres y mujeres aptos a fin de lograr la plenitud del tesoro de la vida con su arcana atracción de felicidad, no abstracta e infecunda, sino real, animadora y útil. Por ello su talento ha sido reconocido y ha recibido los galardones que se merece.

DR. LUIS RIVADENEIRA JÁTIVA, SU DEVOCIÓN POR LAS LEYES Y POR LOS LIBROS

“La Historia no es cosa muerta en la marcha ascendente de los pueblos. La Historia es la entraña palpitante, vital a la cual hombres y colectividades están ligados indisolublemente”.

El calendario señala fechas y efemérides gloriosas que constituyen las páginas áureas y diamantinas de la Historia de la Patria chica: Atuntaqui, el solar de nuestro afecto y veneración. Vibra en Atuntaqui el espíritu de la leyenda. Hay en el semblante de cada uno de sus hijos, severo, altivo, donde los ojos brillan como carbunclos, toda la arrogancia triunfal de sus antepasados. Aquí se han mecido en cuna legítima, hombres y mujeres meritísimos, respetables y desde luego, respetados en su representación intelectual, cultural y política.

Siempre nos anima ese palpitante espíritu de reconocimiento de la autenticidad cultural imbabureña y por ello nos unimismamos a la exultación de los perdurables merecimientos del destacado maestro, cultor del verso y de la prosa, jurista intachable, el Dr. Luis Rivadeneira Játiva.

Luis Rivadeneira Játiva nació en esta “tierra noble de heroico laurel”. Su formación primaria la hizo en las Escuelas: católica “José Ricardo



Vásquez” y Fiscal “24 de mayo”; la secundaria, en los Colegios: “Abelardo Moncayo”, de Atuntaqui” y en el centenario “Teodoro Gómez de la Torre”, de Ibarra. Las gloriosas aulas de la Universidad Central del Ecuador, de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador, la Universidad Técnica Particular de Loja, la Universidad Tecnológica Equinoccial, la Universidad Metropolitana, de Quito y la Newport University de California, son testigos de su ahincada brega, su afán de superación y su devoción por los libros, hasta llegar a obtener sus Licenciaturas, doctorados, Abogado, maestrías, y su PhD en Filosofía.

Admiramos al maestro que supo sembrar la semilla del bien, de la bondad y de la belleza en los Colegios capitalinos: “General Rumiñahui”, Técnico Humanístico Experimental “Quito” y “Juan Montalvo”. Ocho lustros de la más fecunda, lúcida y proficua labor de docencia en los claustros de la Universidad Tecnológica Equinoccial, de la cual ha recibido el reconocimiento impercedero. Las obras de su autoría escritas con ágil y castiza pluma, están plenas de sabiduría y de testimoniales recuerdos.

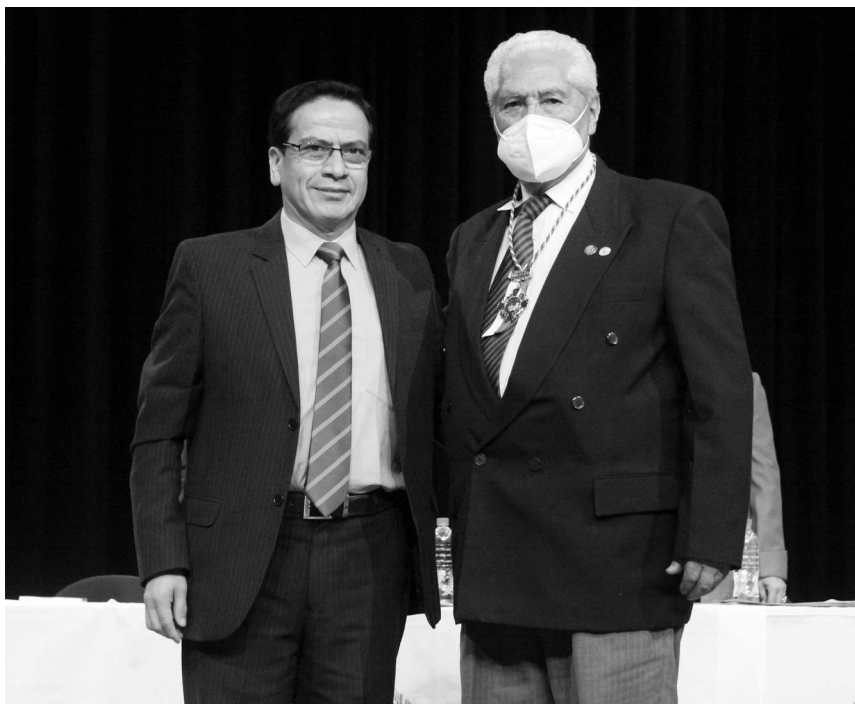
Ha sido Luis Rivadeneira una verdadera institución de fecunda creatividad, dedicado a servir con mística a su terrazgo nativo, desde el Club Kiwanis de Atuntaqui y luego con la publicación de su obra “Prospectiva del Cantón Antonio Ante” para donar sus libros al Asilo de Ancianos de Atuntaqui, a través del Comité de Damas Voluntarias. Su novísima obra “Homenaje a Antonio Ante, por sus 80 años de cantonización”, relieves el tránsito vital de prestantes ciudadanos de oriundez antañona que han dado lustre a su parcela natal.

Enjojan nuestro Parnaso sus obras de acendrada emoción, de sensibilidad depurada, de lozana inspiración, de gran vuelo lírico: “Alimentos para el alma-Poemas y narraciones”, “La raíz en la memoria”, “Obra poética: 5 poemarios”, en 4 capítulos y, al final, la cronología: “Luis Rivadeneira y su tiempo”. Es por estas nobles calidades, por sus brillantes aportes, por sus cualidades de lector infatigable y admirable, por su pundonoroso cumplimiento del deber, por sus ejecutorias de talento e ilustración, que recibe la Membresía Vitalicia del Palacio del Poeta y se integra, como socio, al Ateneo Ecuatoriano, “institución que agrupa a sus miembros con selección estricta de hombres y mujeres que aman y trabajan por los ideales de cultura patria, sin menoscabo de los signos y referentes universales, sintetizados en los paradigmas del bien, la verdad y la belleza, expresados en las más altas obras y acciones que son fuente de sabiduría irremplazables y únicas”.

El Dr. Luis Rivadeneira Játiva, ha sido galardonado con la Medalla Pílanquí para lucirla en su pecho, sobre su corazón de maestro y de jurista.

LUIS ESTÉVEZ MICHILENA, DOCENTE Y ACUARELISTA

Hoy hemos venido a esta “tierra noble de heroico laurel” para ensalzar la antañonidad profunda, para celebrar con alegría inusitada los 83 años de cantonización de Atuntaqui. La antañonidad es ese elán vital, ese hontanar entrañable que fluye incontenible co-



mo un creciente sentimiento de amor filial para el cantón que acoge a sus hijos de nacencia y corazón y les ofrece las inefables delicias en las que se afianza su vitalidad histórica. La antañidad comprende también esa pléyade de valores terrígenos que dan lustre a su parcela natal. Por ello en cada efemérides cantonal, el Núcleo se hace presente para relievar la valía de sus hijos, que con sus dones, con su carisma singular, con sus denodados afanes han sabido imprimir en este cantón, ese símbolo impoluto de la antañidad, que el poeta Pablo Balarezo Moncayo esculpió en los áureos versos de su himno que suelen entonarlo a flor de corazón y de memoria.

Luis Estévez Michelena, hijo ilustre de este cantón, nació en la parroquia de San Roque y comenzó su formación primaria en la escuela José Joaquín de Olmedo, para luego enfilarse a su querido Abelardo Moncayo. Y es aquí donde su vocación por la acuarela plantó su bandera de cielo

perdurable bajo la égida brillante del maestro José Ayabaca Madrid. Aquí comenzó a despuntar con alma de paloma y de garza. A la hora del medio día, antes de emprender el Bachillerato, armado de caballero andante, emprendió su vuelo con una lágrima en sus ojos, que debió ser la saudade de su terrazgo nativo, cuajada de querencia bellamente provinciana, para continuar su vocación de maestro en el Colegio Normal Experimental “Carlos Zambrano” de Uyumbicho y luego en la Facultad de Filosofía de la Universidad Central del Ecuador. De su proficuo periplo de docencia, con un traje de ética que jamás se destiñó, dan testimonio Esmeraldas, donde sirvió por el lapso de 15 años a varias instituciones como Director y como docente; Pichincha, donde ejerció la docencia dictando las cátedra de Literatura y Dibujo; el Ministerio de Educación, como Técnico docente asociado a la UNESCO, para concluir su fecunda trayectoria en la Escuela Politécnica del Ejército. Su conciencia clasista dio lustre a sus generosos ideales con fe, con pasión combativa, lo que le acarreó carcelazos y los egoístas zarpazos de los regímenes dictatoriales que condenaban sus ideales reinvidicacionistas.

La otra faceta de Luis Estévez Michilena es la de acuarelista. Luis Estévez Michilena a más de su amor a la docencia, se constituyó en el arquetipo de esta técnica. Y lo dijo con aplomo: “De todas las disciplinas pictóricas la más bella es la acuarela”. Le escuché a un gran crítico de arte que decía: “La acuarela es un medio difícil de manejar. Requiere un ojo rápido y una mano segura capaces de alcanzar la perfección al instante. No cabe rectificación ni remiendo...Para el vocacionado artista el medio ofrece grandes posibilidades por la transparencia de sus tonos, luminosos y delicados a la vez, su espontaneidad que crea una impresión vivaz y natural, su frescura y limpieza” (Lilo Linke). Luis Estévez ha sido uno de los artistas más penetrados en la técnica de la acuarela y de la responsabilidad inherente a su don estético. Habiendo cruzado el umbral de la vida octogenaria, hoy puede verificar el saldo de su obra caudalosa que ha sido expuesta individual y colectivamente en Quito, Esmeraldas, Latacunga, Sangolquí, Cuenca, Riobamba, etc. Ha recibido sendos reconocimientos como premio a su talento y al diario viacrucis

de quien ha sabido engolfarse en las altas faenas del arte. Luis Estévez cree firmemente que la obra ya está concluida, lo único que ha hecho es llevarla al lienzo y permitir que los demás descubran la ciudad a través de la acuarela. Para él, es una forma de enviar un mensaje que en lugar de palabras y letras, lleva color y formas.

Reconocemos en el maestro Luis Estévez al mérito auténtico, al pintor de alcurnia con que se honra la plástica imbabureña. Galardonamos el esfuerzo y el servicio, la gran faena de la cultura, que como aquel árbol horaciano deja caer las hojas secas y se viste de frescos renuevos.



C O T A C A C H I



LOS ARAVICOS

Cotacachi, la tierra que no es solo historia, sino leyenda de grande prosapia y espíritu, mantiene enhiesta su presencia y su prestancia de tierra privilegiada de la armonía ecuatoriana. Aquí se han perfilado artistas de connotada nombradía, como el conjunto musical los Aravicos, a quienes la Casa de la Cultura les tributó el merecido homenaje.

Nuestros aravicos, nacidos en esta musical parcela de nuestra geografía ecuatoriana, tienen sus raíces primigenias, allá por la década de los 80. Sus primeros pinitos, los dieron en 1982, en el Coliseo del emblemático Instituto Luis Ulpiano de la Torre. La música no tiene edad, ni para las canciones, ni para los cantantes; cuando la música se impone

serena sobre las pasiones de los individuos, no hay nadie capaz de liberarse de las tiranías de las notas, de las fusas o de las claves. Allí aparecen para dar inicio al Grupo: Marlo Montalvo, Ulpiano García, Jorge Padilla, Ernesto Guerra, Wilson Haro y Carlos Echeverría de la Torre.

Los Aravicos han creado y han interpretado lo mejor de su tierra y en su tierra y fuera de los linderos patrios, como Colombia y Estados Unidos, porque en sus voces y acento está pleno el humus sentimental latinoamericano. En ellos está viva la canción ecuatoriana en toda su prístina pureza, en toda su alta claridad: sanjuanitos, pasillos, albazos, pasacalles, zambas, taquiraris, boleros, valeses o candombes. Treinta y cinco años de ser devotos de la melodía que lleva en su corazón el rumoroso palpitar de los acordes. Luego vendrá un segundo oleaje generacional conformado por: Edison Meneses, Alejandro Proaño, Gustavo Andrade, Rothman Terán, Eduardo Reyes, Rubén Terán, Mellington Saltos, Marcelo Saltos, Jofre Terán, Gandhi Rubio, Lili Zambrano, Jorge González, entre otros.

Sufren la obsesión del sonido armonioso y con maestría admirable, hacen surgir de la blancura inmaculada de sus instrumentos, todo ese soplo apacible de sus vientos, todo el sentir de su alma enamorada de lo bello, sus integrantes actuales: Marlo Montalvo, Ernesto Guerra, Pablo Acosta, Whitman Muñoz, Fernando Echeverría de la Torre, Marco Saltos, Ramiro Muñoz, Mario Montalvo, Xavier Arellano, Israel Muñoz y Carlos Echeverría de la Torre.

Fueron en pos de la aureola radiante del triunfo y ganaron el “primer Puesto” en el Festival de música folclórica en Ibarra. Una brillante participación en el Festival de la Mitad del Mundo y otros escenarios que ayudaron a posicionar su propuesta musical. El proyecto “Música para el turismo” se cristalizó con el ropaje de sus notas melodiosas en Yahuarcocha, Chorlaví, Cuicocha, San Pablo. La ofrenda rítmica de su cálida inspiración y el mecenazgo del Sr. Hugo Córdova, los ubica por una dilatada temporada en el Mesón de las Flores, aquí en Cotacachi. Las caravanas culturales del Banco Central del Ecuador, Emelnorte, Consejo Provincial de Imbabura y Municipio de Cotacachi dan fe de sus dotes relevantes de consagrados artistas.

Heraldos de una sublime tradición y como embajadores en cuyas almas palpita el aliento vigoroso de la música, han compartido escenarios con prominentes figuras como: Piero, Ernesto Cavour, Altiplano, Facundo Cabral y Tito Fernández.

Sus producciones musicales están plasmadas y perennizadas en cassettes, CD's, LP's. En todos los rincones del país, se ha producido el eco del sonoro aplauso y la ovación leal y merecida. Recibieron la Presea "Segundo Luis Moreno", significativo galardón, que les ha entregado el Municipio de Cotacachi como testimonio de su proficua trayectoria artística.

Hoy, a la vuelta de 35 años, la música de los Aravicos, sigue asombrando, pues con ella renace el aroma y los aires de esta tierra. Por ella las casas solariegas, al son de los instrumentos andinos, entonan el sabor terrígeno apretando las auroras de la "Flor del Pichaví". Como sol hurgará las entrañas terrígenas de nuestra provincia azul y del país. Como luz irradiará auroras solidarias y, como vida perenne, otearán nuevos horizontes.

CANTARES DE COTACACHI

Estamos inmersos en la vorágine de un clima electoral, donde grupos electoreros amenazan con tomarse esta nuestra Casa de la Cultura y con sus macabras risotadas que se asemejan a los aullidos de las hienas, con sus gritos estentóreos, dicen que la "recuperarán" para sus fines preconcebidos, este recinto histórico de Pilanquí, que fue levantado con denodados sacrificios, con desvelos y renunciamientos por esos 3 caballeros de la cultura y de la vida, hombres de fuste intelectual, obreros de esfuerzo e ingenio constantes, como lo fueron: Luis Andrade Galindo, Marcelo Valdospinos Rubio y Hernán Jaramillo Cisneros. Es este ambiente el que nos invita a mantenernos unidos, firmes, impertérritos, de pie como permanecen los robles, para defender con pasión la institucionalidad de la Casa. No podemos vivir de intereses transitorios, de velados experimentos, de cálculos maquiavélicos. El 20 de agosto será la fecha magna pa-

ra entonar con elevado estro la clarinada de la victoria, cuando todos los miembros del Núcleo, dejando cualquier comodidad hogareña y todos los artistas y gestores culturales de convicción y de conciencia, concurren a las urnas con emoción enardecida para consignar su voto por el futuro de esta amada Casa de la Cultura.

En medio de este clima saludamos reverentes al cantón Cotacachi en estos 160 años de vida ciudadana. Sin lugar a dudas, Cotacachi está hecho de arte y geografía que canta. Apellidado como la “Capital Musical del Norte del Ecuador”, es una fecunda matriz de connotados artistas que han dado lustre a su terrazgo nativo. Aquí converge la historia de pueblos unidos, conquistados y renacidos, un espíritu de orgullo étnico lleno de arte musical andino. Cotacachi trae consigo el legado unido de indígenas y europeos, que ha servido como plinto inspirador para crear lo más granado del pentagrama musical ecuatoriano.

Especial mención merece la agrupación artística “Cantares de Cotacachi”, con una brillante historia musical que nos entregan las quenás, las zampoñas, los charangos, las guitarras, los saxos, el bajo eléctrico, el piano, la percusión. Una constelación de artistas de diáfana estirpe de canto, como su director Patricio Álvarez, como Ramiro Muñoz, Sergio Álvarez, Jonathan Pilatuña, Marco Saltos, Kléver Tirira. Todos con sus instrumentos y voces para levantar hasta el cielo magnífico del Ande el ave mágica de la canción que deja fluir el hontanar inagotable de la música nacional y latinoamericana.

Hablar de “Cantares de Cotacachi” es adentrarse en un mundo de magia, de leyenda e historia. Todo canta en la querida patria ardiente de la canción resguardada por los dos colosos: el taita Imbabura y la mama Cotacachi, que vigilan apaciblemente los ocasos en las embrujadas tardes plenas de solidez armoniosa, de euritmia, de gracia sutil. En esta tierra rodeada por el Pichaví, embellecida por el Cotacachi, sumergida en el vaho fresco de las aguas de la laguna de Cuicocha, adornada con el vuelo geométrico de las gaviotas y un cielo eternamente azul, el Grupo “Cantares” encontró el ambiente propicio para cantar y para escribir versos de amor, de ternura y de querencia terrígena.

Así advino a la vida artística allá por el año 1984, cuando aún eran estudiantes del recordado Instituto Superior de música “Luis Ulpiano de la Torre”. Son 36 años vaciados íntegramente en los predios de la música, bajo esa enseña grabada con caracteres indelebles en las portadas de sus producciones musicales: “La música es la madre del amor, de la bondad y la grandeza, es la más preciosa joya del talento”. Vibran con melodía telúrica sus 4 volúmenes repletos de sonoridad: “Folklore latinoamericano”, “Reencuentro de un sueño”, “Ajeno al tiempo”, “30 años por Cotacachi”. Sus magistrales interpretaciones, esas canciones que apasionadamente vertebran una impresionante antología de la canción ecuatoriana, latinoamericana y varios temas de origen indoamericano. “Cantares de Cotacachi” ha vestido los aires telúricos de su Patria y hoy por hoy son los oficiantes ilustres del arte musical.

Su dilatada trayectoria artística está repleta de anécdotas, emociones, ilusiones, sinsabores, triunfos, condecoraciones, reconocimientos, premios como el Atahualpa de Oro, el Cachipugro de Oro. Membresías como en la Federación Ecuatoriana de Clubes UNESCO, una organización a nivel mundial con la cual logran realizar una serie de presentaciones en los mejores escenarios del país. Giras nacionales e internacionales...Cuántos recuerdos bullen y burbujan dentro de su alma de cantantes. En el transcurso de más de 7 lustros de trajinar artístico, varios han sido sus integrantes, con la transitoriedad que va inmersa en todo acto humano, pero todos a su turno, con su versatilidad de voces e instrumentos le han permitido adquirir un bien aquilatado prestigio. En fin...un asiduo como esforzado peregrinar “sin pausa y sin prisa” como recomendaba Goethe.

“Cantares de Cotacachi” asciende a los 38 años ostentando en los mástiles solo las banderas del esfuerzo creador y los valores más sublimes del espíritu, constituyendo estos el verdadero elan vital de su accionar musical.

LA SOCIEDAD DE ARTESANOS DE COTACACHI

Con la enorme satisfacción del servicio y con una aureola de prestigio por la fecunda labor artesanal en esta musical tierra de Cotacachi, haciendo honor a su himno “Al que pule la plata y el oro/al que forja y suaviza el acero/al que talla en el toscó madero/ y al que al pueblo le da de vestir”, la Sociedad de Artesanos de Cotacachi ha cumplido 11 décadas de su gloriosa naciencia en esta hermosa parcela de nuestra provincia azul de Imbabura.

Este magnífico jubileo sólo se explica y cobra la magnitud de su importancia porque es parte de esa rica historia del acaecer ciudadano, porque intensifica ese compromiso que tiene cada socio de transitar por los luminosos senderos del trabajo asiduo, del ponderado servicio que hace que “hombres y mujeres no sueñen con la vida, sino que vivan sus sueños” cumpliendo fielmente la enseña que les identifica: “Dios, libertad y trabajo” que revela las potencialidades del alma y abre el camino hacia el gran futuro.

A flor de corazón y de memoria hemos de recordar su brillante trayectoria desde cuando se meció en cuna legítima aquel historiado 8 de octubre de 1911, precisamente cuando su solar nativo había conmemorado 5 décadas de su cantonización.

Alguien decía que el tránsito vital de los hombres, determinando acontecimientos nuevos o modificando las circunstancias actuantes de una parte o de toda la humanidad, los convierte de hecho en hombres acontecimiento y cuando sobre ellos se injertan facultades de talento, voluntad y carácter los disponen a llenar largos espacios de tiempo y los constituyen en personajes que hacen épocas, que hacen historia Y es que sus fundadores, con fe de taumaturgos, grabaron sus nombres con letras de oro en el cofre magnificante de su devenir histórico. Allí las valiosas gestiones de Modesto Proaño, Jefe Político del cantón. Allí el primer directorio presidido por Ulpiano Galindo, Luis Proaño Morales,

Secretario y una pléyade de ilustres artesanos como: Severo Proaño, Miguel Alencastro, Arsenio López, Manuel Calderón, Leonidas Proaño, entre otros.

Hoy por hoy es una Institución que con paso sereno y meditado, con ese erguido caminar de la gente altiva, que mira de frente sin bajar los ojos, ha ido creciendo con erguido tronco. La Sociedad de Artesanos de Cotacachi se levanta airosa, altiva, digna, enhiesta y atractiva como los robles, con una planta de socios que tienen vocación de amor y de servicio, que saben hacer prodigios con la materia prima que llega a sus manos, manos de pueblo, manos trabajadoras, manos que aran y que oran.

La Institución ha cobrado semejante mayoría de edad, de trabajo fervoroso y ha alcanzado un sitio de prestancia en el concierto de las demás instituciones de Cotacachi. En sus 110 años de vida institucional, la Sociedad de Artesanos contempla a sus socios que han ido construyendo ladrillo tras ladrillo el monumento de su grandeza blasonando su nombre dentro y fuera de los linderos patrios.

Ensalzamos su brillante trayectoria tachonada de múltiples merecimientos al haber entregado en su debida oportunidad, el testimonio de reconocimiento. Formulamos votos, los más fervientes, porque continúen siempre adelante con la cabeza erguida y mirando hacia la cumbre, hacia donde llegan los grandes que buscan sólo el norte de la superación.

ROSARIO RUIZ GÓMEZ, CONSAGRADA MAESTRA COTACACHEÑA

“El pueblo más feliz es el que tenga mejor educados a sus hijos en la instrucción del pensamiento y en la educación de los sentimientos.” (José Martí)

Se cuenta que Alejandro Magno guardaba inmenso cariño y veneración a su maestro Aristóteles, que cuando este célebre filósofo cruzó el umbral de esta vida perecedera, demostró aquel luto de su

corazón, haciendo apagar el fuego sagrado de los templos; erigió luego un soberbio monumento para perpetuar su memoria. Tantos honores para su maestro, superiores aun a los que había tributado a su padre, el rey Filipo, subrayando que los tributaba porque “si su padre lo había traído a la tierra, su maestro lo había elevado al cielo”.

¡Vida grande la del maestro que cumple a cabalidad su misión!. El hombre en la sociedad es el retrato en mayor tamaño del alumno en la escuela”, subraya el pedagogo suizo Juan Enrique Pestalozzi. Resaltando la apoteosis de una mujer paradigma del magisterio, de una maestra de lúcida vocación y desbordante carisma, me refiero a Doña ROSARIO DE LAS MERCEDES RUIZ GÓMEZ, quien viera su primera luz un 21 de septiembre de 1928 en ese paradisíaco rincón imbabureño: Cotacachi, tierra de exuberante floración de grandes valores, quienes con terrígena querencia han salido del torbellino de las palabras para ir a la fecundidad de la acción y dar lustre a su señora Patria Chica. A la sombra del viejo monte tutelar Cotacachi han disfrutado del gozo de vivir acariciando sus doradas ilusiones y esos efluvios armoniosos que los ha arraigado a su entorno telúrico tachonado de inefables maravillas.

Y aquí en esta tierra que no es sólo historia, sino leyenda de grande prosapia y espíritu, Doña Charito, como cariñosamente la llaman quienes hemos tenido la oportunidad de relacionarnos con ella, realizó sus estudios primarios en la Escuela Fiscal “Manuela Cañizares” donde se va configurando su personalidad con un espíritu creador, disciplinado y capaz, limpia de pensamiento, limpia de corazón, limpia de manos, porque sin limpieza de pensamiento, palabras, obras y el cobijo de una familia plasmada por la reciedumbre tradicional de virtudes, como lo fue el hogar de Don Fernando Ruiz Proaño y Doña Olimpia Gómez Andrade, no hubiera sido posible afianzar su vocación para más tarde verter su doctrina que sirviera de troquel a los niños de su tiempo y a las generaciones del mañana.

Su vocación de maestra se vio robustecida en las gloriosas aulas del Normal “Manuela Cañizares”, pues en su juventud se formaba esa levadura que buscaba nuevos cauces para la expresión de su pensamiento y

de sus convicciones. Y cuando en 1947 egresó con un bagaje de inquietudes y con su llama purificándole el espíritu, da inicio a su periplo de docencia en el Jardín de Infantes “Juan Francisco Cevallos”, donde deja una estela luminosa de proficuas realizaciones, para finalmente desempeñarse como Profesora- Directora de la Escuela Fiscal de niñas “Manuela Cañizares” y en el año de 1984 acogerse a los beneficios de la jubilación.

Doña Charito Ruiz Gómez supo hacer de su profesión y de la educación la sabiduría social compartida. Supo cumplir con la primera ley del maestro, abriendo con ternura el horizonte de cada niño construyendo sueños y verdades. Y así batallando, siempre esforzada, siempre infatigable supo enseñar con su testimonio de vida, plenamente convencida de que la virtud debe ser predicada antes con el ejemplo que con la palabra. Su trabajo creador ha quedado impregnado con caracteres indelebles en los corazones de quienes han sido sus discípulos.

Por ello, con la debida oportunidad, la Casa de la Cultura Ecuatoriana “Benjamín Carrión” Núcleo de Imbabura, reconoció el ejemplo de su vida magisteril, no sólo coronada por la elocuente blancura de sus sienes encanecidas, sino por la limpia transparencia de su espíritu.

RUBÉN TERÁN TORO, CONCERTISTA PROFESIONAL

Cotacachi, cuyos hijos al unísono de su himno entonan con elevado estro: “Oh ciudad de las grandes querencias,/oh querida ciudad de los míos,/oh ciudad de las fuentes y ríos,/del tranquilo y feliz Pichaví;/en el vértigo loco del siglo/rumor eres de una lejanía,/cáliz de oro de la poesía,/cautiva hada en cerrado pensil...” Aquí en esta tierra donde parece que en ella “todo canta, todo es risa, caricia y esplendor”, aquí floreció el talento de uno de sus ilustres hijos, el Lic. Rubén Terán Toro.

La robusta personalidad del Lic. Rubén Terán, su denodado trabajo por las nobles causas de la educación y la cultura, le hicieron merecedor



del máximo galardón que entrega la Casa de la Cultura Núcleo de Imbabura. Su vida es una sucesión de éxitos derivados del estudio y del esfuerzo personal que tuvo su génesis cuando apenas frisaba los 7 años de edad experimentando con los instrumentos andinos, sintiendo especial predilección por la guitarra. A los 14 años incursiona formalmente en el mundo de la guitarra clásica, convirtiéndose en su principal instrumento; además de interpretar el requinto. Su formación en las gloriosas aulas del Instituto Superior “Daniel Reyes” de San Antonio de Ibarra y en el Instituto Superior de Música “Luis U. de la Torre” en Cotacachi, le otorgan un prestigio incuestionable que fueron la clave de su éxito profesional hasta obtener su Licenciatura en Ciencias de la Educación y consagrarse como Concertista profesional.

Rubén ha trascendido por su fecundo trabajo, por su vocación de autodidacto, por su vocación de servicio y su elocuente amor a lo nuestro y a su terrazgo nativo. Consagrados grupos musicales como “Sentimiento andino”, “Los Aravicos”, la orquesta “La Academia”, “Musiqueando”, dúos, tríos, ensambles vocales, coros polifónicos, big bands, entre otros, testimo-

nian su impoluta personalidad, así como el trino de sus brillantes interpretaciones con cuatro venezolano, flauta traversa, vientos y percusión andinos, han sido el concierto perpetuo que ha hecho vibrar los corazones de quienes lo han escuchado en sus magníficas presentaciones.

Su arte es conocido dentro y fuera de los linderos patrios. Renombradas instituciones, medios de comunicación, entidades públicas y privadas, han ovacionado sus conciertos de guitarra clásica ecuatoriana y latinoamericana. Estados Unidos le concedió la alta distinción de participar en la Inauguración del Museo Nacional del Indio Americano con un espacio para la guitarra andina. Valiosa participación en los Conciertos de guitarra clásica en 5 ediciones anuales del FESTIVAL DE LOS ANDES en Stanhope, Nueva Jersey / USA, en fin, en el peregrinar del tiempo y las distancias, siempre ha emergido una clarinada de luz y de alegría que ha hecho sumergir en los arpeggios de cada melodía donde se reafirma lo genuinamente ecuatoriano y la cotacacheñidad profunda.

Su talento y su creatividad se han plasmado en producciones discográficas y en discos compactos como artista invitado: LP “Signos de vida” - Grupo Aravicos. Varios CD’s como: “Sin fronteras” (Grupo Aravicos); “Cotacachi canta a la paz” y “Memoria del sol (Colección musical para el Municipio de Cotacachi); “Algo entre manos” con el Grupo Musiqueando de Cotacachi, etc, etc. Así reconocemos la valía de este catalogado músico y vocacionado maestro que ha sabido arrancar a sus instrumentos musicales los más fulgurantes sonidos que constituyen el fermento de la inspiración que palpita en las notas sobre un pentagrama de ensueños.

VIRGINIA ROMERO DE JARAMILLO Y SU APOSTOLADO EDUCATIVO

Viviendo aquel principio pedagógico inspirado por el Patrono de los educadores católicos, el Santo Hermano Miguel: “No se educa con lo que se dice, sino con lo que es el docente como imagen de presencia para los demás” y cumpliendo fielmente aquello

que con exquisita expresividad oriental Kalil Jibrán solía decir: “Cualquiera que quiera ser maestro de los seres humanos que comience por instruirse a sí mismo antes de enseñar a los demás. Y que enseñe mediante el ejemplo antes que enseñar mediante las palabras. Porque aquel que se instruye a sí mismo y que rectifica su propia forma de vivir es más digno de respeto y de veneración que aquel que enseña a los demás cómo cambiar su forma de comportarse”, la distinguida maestra cotacacheña, DOÑA VIRGINIA ROMERO DE JARAMILLO, rendido ya el viaje de su vida, ha vuelto a su verdadera Patria, donde el Supremo Creador, la habrá envuelto con sus portentosos brazos en el glorioso torbellino de su amor y la habrá conducido hacia aquellos ignotos paraes donde sólo se vislumbran clarísimos destellos de inmortalidad.

Muchas veces se ha dicho que la grandeza de un solo hombre es suficiente en ocasiones, para afianzar la honra, la grandeza y los lauros de su terrazgo nativo. De ahí que en la historia de los pueblos, han sido suficientes los nombres de Froebel, Piaget, Pestalozzi, Vygotsky y aquella pléyade de educadores cotacacheños como: Eloy Proaño López, Carlos Proaño Delgado, Leticia Proaño Reyes, Hortensia Yépez, Erlinda Ruiz, Padre Alberto Haro, Alfredo Albuja Galindo, Luis Hermógenes Andrade, Galo Chávez Granja, María Inés Cevallos, Rosario Ruiz Gómez, Oswaldo Proaño Yépez, Hipatia Moreno Andrade, Wilson Moreno Andrade, Alberto Andrango (actual Alcalde), entre otros, para inmortalizar al terruño que les vio nacer. Cada uno, a su turno, ha ido haciendo camino descollando entre la multitud por su brillante ingenio, su claro talento, la serenidad del valor, su trabajo denodado, su vocación, su mística de servicio, rico venero que ha hecho de estos preclaros hombres, astros de primera magnitud que brillan con luz propia en el cielo del quehacer formativo y educativo. Y Doña Virginia Romero de Jaramillo no ha sido la excepción. Su figura se yergue nimbada de merecimientos.

Doña Virginia Romero de Jaramillo nació en la musical tierra de Cotacachi. Cuando apenas frisaba los 12 años de edad viajó a la ciudad de Quito para plasmar su vocación de maestra y obtener su Bachillerato en Ciencias de la Educación en el glorioso Normal “Manuela Cañizares”. Su tena-

cidad y esfuerzos insospechados, se vieron acariciados por el aura del triunfo cuando obtuvo una beca para especializarse en Administración y Supervisión Escolar en la Universidad de Pensylvania (Estados Unidos). Inicia su periplo de docencia en una escuela unitaria ubicada en el Ejido de Cotacachi. Desarrolla todo su esfuerzo y pasión al ejercer su docencia en el Jardín de Infantes “Juan Francisco Cevallos” y en justo reconocimiento a su loable desempeño, es nombrada Directora del mismo. El Ministerio de Educación que sabía meritar la calidad y la eficiencia del servicio le confió grandes responsabilidades: Directora de la Escuela de demostración “Manuela Cañizares” de Cotacachi, Supervisora Escolar de la provincia de Imbabura, Coordinadora y Directora del Programa experimental de Educación intercultural Bilingüe, hasta escalar la más alta responsabilidad cuando fue designada Directora Provincial de Educación y Cultura de la provincia de Imbabura. Fue la primera mujer en la provincia que asumió la Jefatura Política del cantón Cotacachi. Fue en realidad una mujer grandiosa, sembradora de una cultura de inmensas proyecciones. De ello dan fe el Museo de las Culturas, la Fundación “Raíces”, la Biblioteca Popular “Jaime Chávez Granja”.

Perpetuar la memoria de esta mujer ilustre significa honrar a la Patria. En el Olimpo inmortal mora el espíritu de Doña Virginia Romero de Jaramillo, cuya ciencia y cultura, flotarán eternamente en el éter luminoso de las aulas.

MARCELO SALTOS MONTENEGRO, BRILLANTE CULTOR MUSICAL

¡Quién no ha experimentado en su vida el hechizo de la música!. El gran Aristocles, más conocido como Platón, solía enfatizar que “la música es una ley moral. Da un alma al universo, alas a la mente, vuelo a la imaginación, consuelo a la melancolía, encanto, alegría y vida a todo. Es la ciencia del orden, guía a todo lo que es bueno, justo y hermoso... Una tradición griega, que refiere Platón, suponía que las cigarras eran seres humanos que



existían antes que las Musas. Cuando estas aparecieron, tanto se deleitaron, que plétóricas de entusiasmo se pusieron a cantar, olvidándose de comer, hasta que murieron de hambre por su amor a la música.

Se afirma que entre las cosas que debía saber un caballero de finales del siglo XV, según nos cuentan los manuales del buen cortesano, estaba el tañer instrumentos y saber rasgar la guitarra. En pleno Renacimiento, hay voces que exultan de alegría cuando cantan los juglares: “Arpas, cítaras, guitarras...; ¡Oh, la música...; hermosura del tiempo; qué placer es vivir...! Qué placer y qué pasión para el talentoso maestro JORGE MARCELO SALTOS MONTENEGRO, oriundo de esta musical tierra, cultor de este bello arte desde que frisaba los 9 años de edad en las calles del Barrio Cachipugro formando parte de la estudiantina infantil INNFA, que propagó su encanto por distintas partes del país.

Jorge Marcelo Saltos viene de una esclarecida prosapia que siempre hizo honor a la música, citando como ejemplo a Carlos Enrique Montenegro Ruiz, su abuelo, reconocido cantante y músico que se consagró

en la emblemática Orquesta “Rumba Habana”. Vida sencilla y coronada la de Jorge Marcelo desde las aulas de la Escuela “Seis de Julio”, pasando por el Colegio y el Instituto “Luis Ulpiano de la Torre” de esta hermosa tierra cotacacheña, para finalmente afianzar su vocación en la “Universidad Estatal de Bolívar”, donde obtiene su título de Tercer Nivel como Licenciado en Ciencias de la Educación Mención Música. De su periplo de docencia dan testimonio la Academia Naval “Almirante Nelson” (Quito); el Colegio “JEAN JAQUES ROSSEAU” (Quito) y la Unidad Educativa “Luis Ulpiano de la Torre”, donde labora hasta los actuales momentos, como profesor de Bajo Eléctrico.

Enamorado de la música, bajo las hojas de los cantorales halló un rico panal de miel que endulzaba el corazón y recreaba su espíritu. La fontana inagotable de su elán de autóctonas raigambres es admirable y digna de los más fervorosos elogios. Su tránsito musical por “ARAVICOS JUNIOR”, “CANTARES”, “EDGAR HIDROBO Y SU ORQUESTA”, “CLÍMACO Y SU SONORA”, LA BANDA MUNICIPAL DE COTACACHI, “FÁBULA”, MARIACHI “NUEVA GENERACION”; las orquestas: “CONSTELACIÓN”, “LOS DUKES”, “LOS REYES BAND”, “LA ACADEMIA”, “BAYANNA BANDA”, etc., etc. es digno de encomio y la más noble exultación cultural al servicio de la colectividad.

Casi una veintena de creaciones musicales: No quiero nada más de ti (Cumbia); Sin Ti (Merengue); Nada Cuesta Soñar (Caribbean Pop); Ojitos Verdes (Pasillo); Margarita (Rondeña); Hoy por Tí mi Ecuador (Albazo), entre otras. Destacadas presentaciones, festivales nacionales dan razón de la valía imponderable de JORGE MARCELO SALTOS; pero no hizo su estancia aquí cómodamente en nuestra Patria. Alistado para salir, cual quijote idealista, lo hizo con la ejemplar hidalguía del manchego. Su música ha paseado por los Estados Unidos, custodiando primeramente lo nuestro, ensayando un florilegio de esperanzas, construyendo sueños y verdades y abriendo horizontes de ternura a través de sus interpretaciones de cuño paradigmático.

Su trabajo fue reconocido en el año 2009 cuando recibió de parte del Municipio de Cotacachi de manos del Econ. Auki Tituaña, la condecoración “A la Cultura Mención Música”. JORGE MARCELO SALTOS es ya un triunfador. Ya ha experimentado la grata satisfacción de llevar un laurel, como testimonio de reconocimiento a su brillante esfuerzo y a su innata creatividad. Nos unimismamos a su fecunda trayectoria en el mundo de la música. Hemos admirado esa innata modestia, ese afán constante de servir a los demás, esa total entrega a las nobles causas de la cotacacheñidad.



O T A V A L O



LA BANDA DE SAN RAFAEL DE LA LAGUNA

Corría el año 1926, en San Rafael de la Laguna, en aquel manajo de casas incrustadas en una colina desde la cual se ve recostado al pie al bello lago de San Pablo, donde se mira la parroquia en el agua dulce, a los argonautas de barcas de totora y a sus indios lacustres que prueban su competencia y su dominio en las artes manuales para fabricar sus estereras y sus aventadores, en este rincón paradisíaco, Dn. Floresmilo Meza, cultor del arte musical, organiza un conjunto musical compuesto de:

clarinete primero, interpretado por él mismo; segundo clarinete, por Adolfo Gualsaquí y guitarra, por su cuñado, Pedro Rafael Carrillo.

Este trío de buenos amigos, movidos por el férvido sentimiento de las grandezas musicales, reúnanse en sus ratos libres, para interpretar armoniosa e intensamente los clásicos sanjuanitos, los albazos, los pasacalles, la música ecuatoriana, los cantares de nuestra tierra dulce, música que se halla escrita con el alma que teje amor y ensueño; con el corazón que ejecuta melodías de música de alas, de tronar de tempestades y con el cerebro que sabe crear himnos de fe y de esperanza, que sabe derramar mensaje, que con sus cadencias y sus ritmos saben vaciarlos sobre la piel delicada y sutil de lo telúrico, al mismo tiempo que nos dan un mensaje que tiene algo de inefable y de compendio a través de sus composiciones donde prima el entusiasmo y el arte.

Floresmilo Meza fue un catalogado músico, supo llegar al alma de la masa, de la colectividad, del pueblo y por ello, con sobra de merecimientos, fue nombrado Director de la Banda de la Sociedad Artística de Otavalo. Luego pasó a San Rafael con la visión prospectiva de formar una Banda. Por ello su loable empeño de formar generaciones de valor artístico de relevante talla como los Valenzuela, los Villarruel, los Gualsaquí, los Andrade, los Herrera, los Jaramillo, los Peña, los Carrillo, etc.

Floresmilo Meza supo elevar ritmos como espirales de incienso fresco, arrancado del tallo vivo de su alma. Allí el ritmo del yumbo, del danzante, del sanjuanito, la música auténtica de los corazas, de los pendoneros y un significativo número de partituras inéditas. En su persona San Rafael escuchará la voz del Teniente Político rectilíneo y más tarde, la Banda de músicos del Batallón “Jaramijó”, acantonado en la ciudad de Ibarra, contará con un Director de elevados quilates por su genio musical.

En 1942 la Banda es ovacionada en el parque central de Otavalo al obtener un rotundo triunfo en el Concurso de Bandas del cantón organizado por el Ilustre Concejo Municipal de Otavalo. El Quinche, también se constituyó en el escenario de otro triunfo conquistado con denuevo, con espíritu creativo, frente a otras bandas de la provincia de Pichincha. El 16 de marzo de 1997 fueron galardonados con una medalla

de oro, diploma de honor y un millón de sucres (moneda de la época) en el Primer Concurso de Bandas organizado por el cantón Antonio Ante, en la parroquia de Chaltura.

La Banda de San Rafael de la Laguna ha continuado con su ruta ascendente siendo la mejor intérprete de la canción popular. Sus melodías han penetrado en la esencia efectiva de las estructuras anímicas de un pueblo que trabaja, que aspira, que sueña y que triunfa. Su música ha sido la fiel expresión de los sentimientos y mejor, del corazón de un pueblo. Ella ha sido la manifestación del alma colectiva, la exteriorización de un conglomerado, expresada en notas y en versos. Los “sanjuanitos” que sobrepasan todo entusiasmo. Las tonadas, los aires típicos, los yaravíes, los cachullapis, se amoldan al alma sensitiva del hombre del pueblo.

En 1996 tomaría el timón el Sr. Prof. Alfonso Toapanta y una constelación de músicos de probada solvencia profesional. Los aires de sus melodías inspiran, halagan el espíritu popular con su impregnación sutil. La facundia y el valor artístico de su producción le han merecido conceptos elogiosos por parte de quienes han escuchado su repertorio musical.

Rendimos nuestro homenaje a la Banda de San Rafael por el camino recorrido por más de siete décadas, por el brillo de su ingenio, por la espontaneidad de su talento musical, por la fecundidad de sus magníficas interpretaciones, rico venero que hace de cada uno de sus integrantes, las figuras robustas de la música popular otavaleña.

DÚO INTEGRACIÓN

Dice una hermosa y conocida canción del argentino Horacio Guarany, grabada allá por 1972 y que la gran Mercedes Sosa solía interpretarla con esa voz que excava adentro y que empieza así: «Si se calla el cantor, calla la vida,/ porque la vida misma es todo un canto./ Si se calla el cantor muere de espanto la esperanza, la luz y la alegría./... Debe el canto ser luz sobre los campos, iluminando por siempre a los de abajo...” Si se calla el cantor... calla la vida.

Así lo entendieron María Elena Leiton Valverde y Cruz Elías Gómez Arias, cuando por esas cosas de la vida decidieron unir sus vidas para cantar y contar, porque sólo así se aleja el silencio que viene de no contar las cosas, de no sacarlas afuera. María Elena y Cruz Elías, jamás escondieron sus talentos, jamás se callaron. Hace 27 años rimaron como los pájaros riman, con dulces arpegios, siguiendo la inspiración de sus corazones, trovaron como el agua reza sus



meloideas en el regato, en el cauce fecundo del arroyo matrimonial. Así nació el DÚO INTEGRACIÓN como una melodía de profunda emotividad que fluía limpiamente entre interludios de mágicas interpretaciones del pentagrama nacional ecuatoriano de hermosa factura y de gran sonoridad.

El Dúo y sus integrantes que vieron su luz en la hermosa tierra sarance, de la cual el maestro Gustavo Alfredo Jácome, en su Romancero otavaleño, subrayó que era “la tierra de los lagos en la que cantan los caciques, esos ruiseñores del trópico, mucho más armoniosos que los ruiseñores de las zonas templadas, donde el penco lanza a los aires su pirotecnia de pájaros, viragchuros que aletean en sus estípites altos...”. Nació como ellos subrayan, un historiado 11 de septiembre de 1993 en el programa “LOS ARTISTAS CANTAN A OTAVALO” en el emblemático teatro Bolívar. Nació conjugando notas, acordes, sentimientos y vivencias de la expresión genuina del pueblo ecuatoriano.

María Leiton, a su talento que lo ha cultivado con esmero y seriedad, unió su vocación de maestra. Formada en las prístinas aulas del Luis Ulpiano de

la Torre, luego en las del añorado Instituto Alfredo Pérez Guerrero y, finalmente en la Pontificia Universidad Católica Sede Ibarra, obtuvo su título de Licenciada en Ciencias de la Educación, para iniciar su periplo de docencia como maestra de Educación musical en varios establecimientos educativos de la provincia. Actualmente ejerce la docencia en la Unidad Educativa San Roque. Son 34 años de fructífera labor, testimoniando con el ejemplo de su vida, el amor al trabajo, el amor a la austeridad, el amor a la Patria y el amor a lo esencialmente terrígeno.

Cruz Elías Gómez tuvo su formación secundaria en las gloriosas aulas del recordado Colegio Nacional Otavalo. Armado de caballero de la verdad continuó su formación superior en la gloriosa Universidad Central del Ecuador. En el bosque de los números y de las estadísticas se constituyó en un robusto roble que le permitió obtener su título de Economista y desbordar sus conocimientos en clarísimo torrente en el Colegio Nacional Tabacundo, en el Colegio Jacinto Collaguazo y concluir su tránsito profesional en la Universidad Técnica del Norte como Jefe de Planeamiento Económico, donde se acogió a los beneficios de la jubilación y por vocación, dedicarse a tiempo completo a la música.

Habiéndose consagrado como artistas profesionales, de esa original casta que jamás pretendió llenar las marquesinas, ni brillar con luces de neón en las ciudades, ni elevar su nombre a la par de las estrellas, pero que sin embargo supieron llenar todos los rincones sensitivos de los pueblos y ciudades, otorgando vuelo a las emociones, haciendo bailar y reír, hasta arrancar el aplauso de las multitudes, como en Guaranda, que en el año 2005 en un festival nacional conquistaron un honroso tercer lugar y luego en Santo Domingo de los Tsáchilas, allá por el año 2009, hacerse acreedores al Tsáchila de oro a nivel nacional. Tienen a su haber producciones discográficas donde se resumen las maravillas del sentimiento, del corazón, lo más sublime de nuestro pentagrama cuajado en un discreto y prudente trabajo. Su primer CD “Amor con Amor se paga” (incluye 15 temas). Su segundo CD Despedida (De esta tierra ya me voy, incluye 15 temas) y algunos otros que están en proyecto.

El Dúo Integración, a lo largo de su periplo artístico, ha sido hito, camino y huella. Hoy por hoy, María Leiton y Cruz Elías Gómez son voz, son pueblo, son canción...Méritos más que suficientes para que el Directorio de la Casa de la Cultura Ecuatoriana “Benjamín Carrión Núcleo de Imbabura, en el marco de esta Sesión Solemne que conmemora los 191 años de vida ciudadana de Otavalo, haya acordado imponer sobre su pecho el máximo galardón, la Medalla Pilanquí. Llévela en su corazón con ese espíritu de humildad que siempre les ha caracterizado. Que jamás se envanezcan con los humos del triunfo ni con el vaivén inseguro de las glorias humanas.

ENRIQUE VALLEJOS (QUIQUE), NUESTRO CRONISTA GRÁFICO

Decía la célebre escritora mexicana Elena Poniatowska: “Los caricaturistas nos han dado un nuevo lenguaje, una capacidad de síntesis, de sonreír, la posibilidad de comprenderlo todo en un minuto. Quizá sea cierto aquello de que una fotografía dice más que mil palabras, pero una caricatura sacude nuestras neuronas y nos hace reflexionar. Un dibujo inteligente nos revela de golpe lo que antes era oscuro y nos hace llegar a la conclusión de que el mundo sería mejor si lo dirigieran los caricaturistas”. Precisamente Luis Enrique Vallejos Lastra, docente de vocación, periodista y artista de espíritu, a través de la caricatura con su exquisita habilidad, su vivaz imaginación, su gran sentido del humor, su conocimiento de los hechos y anécdotas citadinas ha encarnado el evangelio de la sonrisa dando a su trabajo un bien merecido prestigio. Su periplo caricaturesco a lo largo de más de siete lustros ha hecho honor a lo que cierto distinguido psicólogo recomendaba a sus pacientes una receta sencilla que no requería de gastos económicos: “Arranque una sonrisa, sonría, mantenga la sonrisa y nunca deje de sonreír”. Recordemos que para mostrar un rostro descontraído es preciso mover 54 músculos faciales, mientras que “Quique” para arrancarnos



una sonrisa sólo necesita hacernos mover 14 músculos faciales. Por ello es más elocuente y más barato una buena sonrisa con nuestro cronista gráfico, que un buen estacazo con cuatro hirientes gritos o con dos ofensivas palabras a las que nos están acostumbrando actualmente.

Enrique Vallejos nació en la hidalga Ciudad Blanca de Ibarra; pero por azares de la vida, desde su temprana edad, se radicó definitivamente en la hermosa tierra sarance Otavalo, que cautivó su alma de prolífico artista del lápiz y el pincel, de gran dibujante, de caricaturista y de reportero. La Escuela Ulpiano Pérez Quiñones, el desaparecido Colegio Fray Vicente Solano, el Colegio Daniel Reyes, la Facultad de Artes de la gloriosa Universidad Central del Ecuador dan testimonio de su vocación de cronista gráfico que sabe llegar a los demás con un mensaje justicia, de solidaridad, de crítica sana, de humor bien entendido, coincidiendo con lo que Azorín escribía allá por 1913 a propósito del humorismo: “El capítulo de eutrapelia, del divertimento espiritual es sumamente importante en la historia del desenvolvimiento humano; haciendo la historia de la ironía y del humor, tenemos hecha la sensibilidad humana y consiguientemente la del progreso, la de la civilización. La mar-

cha de un pueblo está en la marcha de sus humoristas”. A través de su obra y sus exposiciones Quique nos ha permitido asistir y revivir todos los acontecimientos, desde los más triviales a los más importantes y además hemos podido hacernos una idea perfectamente clara de la forma de pensar de aquellos individuos en aquellos momentos. Por todo ello su humor gráfico nos proporciona información en tres aspectos importantísimos: el cultural, el estilístico y el sociopolítico.

Admiramos al Quique que en sus viñetas emerge con su compañero inseparable el perrito pícaro y sabio CATULO, viejo conocedor de la política. A momentos el perro funge de observador, pero nunca deja de ser un protagonista con sus críticas y opiniones mordaces. Este animalito caricaturizado tuvo su génesis el 13 de julio de 1992, fecha que se bautizó como un personaje de las caricaturas que se han plasmado en el Diario El Norte, donde la briosa pluma de nuestro homenajeado ha generado incontables dibujos, con una interpretación original del acontecer ciudadano, nacional y mundial.

Admiramos también al maestro que ha sido heraldo, suscitador, sembrador de inquietudes culturales y artísticas, con sus rejalgares de sacrificios y sus esplendores de triunfos. Allí su noble misión que ha dejado huellas indelebles en los Colegios Silvio Luis Haro de Pimampiro, el Instituto Daniel Reyes y el Víctor Mideros.

¡Noble y trascendental oficio el de Luis Enrique Vallejos considerado un hito en la plástica imbabureña! De aquí nace la estimación altísima que le han tributado varios organismos. Honras, premios, condecoraciones, aplausos, glorias y laureles ha recibido a lo largo de su tránsito vital.

DON CRISTÓBAL TROYA UNDA, MAESTRO EPÓNIMO

“Los grandes maestros brillarán como el resplandor del firmamento; los que educaron al pueblo para que sea justo, brillarán como las estrellas por toda la eternidad” (Dn 12,3)

Alguien decía que la vida es un largo camino a cuya orilla se van quedando, poco a poco, seres queridos, amigos entrañables, personajes de todo tipo. Muchos de ellos desaparecen sin dejar huella alguna en su trajinar y, al paso de pocos años, quedan olvidados, se apagan como las velas, cuyo ligero humo se disipa para finalmente perderse para siempre en el lóbrego y misterioso abismo de la nada. Son hombres y mujeres que no dejaron rastro perdurable por los senderos que transitaron, no entendieron lo que significa marcar una ruta.

Pero hay otras personas cuya recia personalidad, virtudes morales, talento y valor humano, abren hondos surcos en la vida y en la historia. Son los que construyen el edificio de la cultura, los que se gastan y se desgastan por servir a los nobles intereses de la educación, los que dejan un recuerdo imperecedero y legan hitos a la historia, son los que hincan profundamente las raíces del amor, del servicio, de la entrega desinteresada y se constituyen en ejemplo para las presentes y futuras generaciones. A ellos se los recuerda siempre, se los venera, se los aplaude y se los destaca como paradigmas de singular brillo en la sociedad y en el trabajo humano.

DON CRISTÓBAL TROYA UNDA es uno de ellos. Entre la brillante constelación de maestros eximios que ha producido San Pablo de Lago, la tierra de la esclarecida maestra María Angélica Idrovo, figura en un prominente lugar el maestro Cristóbal Troya, excelso por su alta sabiduría, excelso por sus virtudes cívicas. Era el 1º de mayo de 1922, cuando vino a la luz, en esa región bañada por las cristalinas aguas del lago San Pablo, vestida de flor eterna, que deleita la vista, y rodeada entonces de bosques de frescura. Vino a coronar el número perfecto de la familia, el séptimo hijo del hogar que había formado Dn. Virgilio Troya Vinuesa y Dña Carmen Unda Suárez. Sus estudios primarios los realizó en las aulas de la escuela “Cristóbal Colón”, hoy de práctica docente “Leopoldo Chávez”, hasta recibir la muceta de MAESTRO en la ciudad de Otavalo, en los Normales de aquella época: el rural “Alejandro Chávez” y el asociado a la UNESCO, habiendo sido galardonado como el mejor estudiante.

Inicia su periplo de docencia en la Escuela “Florencio O Leary” de la parroquia San Rafael. Más tarde la Escuela Granja “Colón”, la Escuela de Práctica Docente “Leopoldo Chávez”, son testigos de su prístina vocación de docente, de sus manos recias, aptas para la retórica del tribuno, para el llamamiento cordial a sus discípulos, para señalar con magistral vuelo la esfera geográfica o el cuadro sinóptico en el negro pizarrón, para portar el libro sugerente, la tiza inquieta y sabia, el puntero profesoril que blandía como Quijote su lanza y hasta la palmeta severa con la cual enderezó más de una vida; pero que los que se honraron en ser sus discípulos no han podido olvidarlo, lo guardan con cariño en el cofre magnificante de sus recuerdos, sobre todo en su memoria, guardan esa fisonomía moral y esas sabias enseñanzas.

“Fue un gran maestro, tenía la chispa del genio”, afirman sus alumnos que en la actualidad son destacados profesionales y que constituyen un timbre de orgullo para la Patria Chica. De él podría decirse lo que alguna vez el gran prosador José Martí dijera del maestro: “Hombre a quien amaron tiernamente los alumnos que vieron de cerca la virtud; compañero que en la conversación de todos los instantes supo moldear, acendrar y fortalecer para la verdad de la vida, el espíritu de sus educandos; vigía que a toda hora sabía dónde está y qué hacía cada alumno suyo; maestro que de todos los detalles de la vida supo sacar ocasión para ir extirpando los defectos de la soberbia y el desorden que suelen afejar la niñez de nuestros pueblos”.

El Sr. Troya puso el sello de su excelsa personalidad en diferentes esferas de la actividad humana. Hombre de una sola pieza; un bloque donde se amalgaman y se funden: el pedagogo sin tacha, el padre de familia solícito, el amigo leal, el orador, el ciudadano honrado, el político honesto. Estos atributos supo captar el pueblo y por ello le ungió con su voto para que ocupara diferentes dignidades desde la Vocalía y la Presidencia de la Junta Parroquial de San Pablo, hasta la Concejalía y el encargo de la Presidencia del Gobierno Municipal de Otavalo. En todas las dignidades que asumió dio ejemplo de reciedumbre y de rectitud, en épocas en que tantos, para medrar, quebraron la guardia, y entre zala-

meros y avergonzados pasábanse al campo adverso, con oportunista viraje. Jamás claudicó. No fue de aquellos que tienen la cerviz con goznes y el espinazo de caucho, de aquellos que se inclinan ante los jerarcas de turno. A todos enseñó que sólo merecen vivir en la historia los que desafían la asfixiante mediocridad y conquistan con tenacidad la aureola que da el difícil servicio del ideal.

En un país como el nuestro, donde campea la corrupción, donde muchos avanzan a fuerza del atropello, de los halagos bastardos, de la falta de ética, la figura del maestro Cristóbal Troya pervive a través del tiempo como ejemplo señero.

JULIO FLORES RUIZ Y SU VOCACIÓN GRÁFICA Y PLÁSTICA

Decía el célebre empresario y magnate de los negocios del sector informático y de la industria del entretenimiento estadounidense, Steve Jobs: “La mayoría de la gente piensa que el diseño es una chapa, es una simple decoración. Para mí nada es más importante en el futuro que el diseño. El diseño es el alma de todo lo creado por el hombre.” Y alguien decía que: “El diseño no se limita a un conjunto de habilidades formales, es una forma de pensar y de vivir”.

Así lo entendió siempre JULIO OSWALDO FLORES RUIZ. En las obras que se le ha encomendado hemos advertido no solo al artífice que crea un diseño, sino al que ha sabido generar vida en su trabajo, poniendo el color y la línea en su punto exacto. Dotado de una convicción que nos ha mostrado a un vocacionado profesional que aprendió a capturar lo mejor del mundo, a transformarlo con su creatividad y hacerlo vida a través de un diseño artístico. Julio Flores ha sido la persona imaginativa, soñadora, intuitiva que en cada información que ha querido plasmar ha sabido obtener la esencia y utilizando los medios apropiados ha sido capaz de expresarlo mediante un diseño artístico sin tener que explicar nada más.



Julio Flores Ruiz es en la disciplina, un diseñador gráfico y en la libertad, un fervoroso artista plástico. He ahí la vocación gráfica y plástica de Dn. Julito, como cariñosamente se lo llama en los círculos amicales. Formado con esmero en las gloriosas aulas del recordado Colegio de Artes Plásticas “Daniel Reyes” de San Antonio de Ibarra, obtuvo su título de Bachiller Técnico en pintura y escultura. Con la mirada puesta en la verdad y en el bien, emprendió su ruta en pos de la excelencia. Lo bueno cuesta. La ascensión a la cumbre no se verifica sin rodar muchas veces por la pendiente. Hay que persistir en la demanda. Con la mirada en la altura, muchas veces estamos como el Sísifo de la mitología griega, reemprendiendo con la carga y mirando en horizonte.

Así inició su periplo laboral en el Instituto Geográfico Militar por un lapso de un año. Allí descuella en la cartografía, altimetría, planimetría y curvas de nivel, poniendo de relieve la ciencia, la técnica y el arte en la elaboración de los mapas. Dn. Julito era el profesional convencido de que un buen cartógrafo no puede tener únicamente un buen conocimiento científico y técnico, sino que también debía desarrollar habilidades artísticas a la hora de elegir los tipos de líneas, colores y textos.

Después de ganar un concurso de merecimientos labora en el Instituto de Altos Estudios Nacionales, donde por el lapso de 5 años se desempeñó como Jefe de Arte en el departamento de Apoyo Académico. Participa en el Concurso Nacional de Acuarela, Témpera y Grabado, “Pedro León Donoso” convocado por el I. Municipio de Quito obteniendo el Primer Lugar y Premio Adquisición en acuarela.

Corría el año 1977, el Instituto Otavaleño de Antropología, hallábase en el pináculo de la gloria, protagonizando ideas constructivistas, revolucionarias e innovadoras que les permitieron incursionar en la vida pública, educativa, cultural y política de la sierra norte del país, allí es requerido Dn. Julito como Dibujante en el Departamento de Artesanías. El IOA se fortalecía con la creación de una industria o empresa cultural en torno a la actividad editorial. Había nacido la recordada Editorial Gallo capitán y Julio Flores ofrecía su contingente como Jefe de diseño y montaje. No podían faltar libros de Cultura e investigación como la Colección Pendoneros, Folklore Literario del área de Otavalo, libros del Ministerio de Educación, Novelas, etc. etc. Aquí permaneció cinco años trabajando con denuedo y profesionalismo.

En el año 1982, ingresa al diario capitalino El Comercio llegando a ser Jefe del Departamento de Arte y Publicidad. Fueron 12 años vaciados íntegramente en el colmenar del quehacer cultural y artístico, 340 números de la revista Familia habían salido a la luz, cumpliendo una misión inexorable y cardinal.

En el año 1995 veía su primera luz el Studio 21, su propia empresa montada con el fuego de la pasión poniendo en ella toda su inventiva, su creatividad y un gusto intrínseco que proviene de lo más profundo de sí mismo. Libros y revistas impresos con gran calidad. El Studio 21 ha sido una meca para el diseño artístico. Su trabajo ha sido reconocido dentro y fuera de los linderos patrios.

En el rescoldo afectivo está aprisionada la reminiscencia. ¿Cómo traer a la memoria un fructífero trajinar profesional sin el equivalente tributo de gratitud? Reconocemos en Julio Flores Ruiz al profesional que ha mantenido la lámpara encendida de esa vocación inocultable por el diseño artístico.



FAUSTO JARAMILLO YEROVI, ESCRITOR Y PERIODISTA

Gustavo Alfredo Jácome y Hugo Larrea Andrade coincidían en señalar que Otavalo es la cuna de los varones ilustres, poema de luz y de color, alero amigo y fraterno, remanso de amor y de belleza, pincelada aborigen, diálogo del hombre con el paisaje y en esa mutua y entrañable compenetración, es posible que el otavaleño, reviviendo la alegoría mitológica de Anteo, sienta el amor a su terruño y se supere tomando como fuerza propulsora su apasionada otavaleñidad. Por ello Otavalo pueblo de auténtica idiosincrasia indígena ha puesto en su escudo heráldico, junto al trémulo cristal del lago y el escorzo de la montaña tutelar enternecida por los limeños, aquella leyenda que es toda una profesión de fe en su masculinidad: “Hago con mi brazo lo que digo con mi voz”.

Fausto Jaramillo Yerovi es un personaje ligado profundamente con la otavaleñidad, esa mística de amor a este terruño que le sujeta, que le

atrae y siempre lo ha llamado con raíz y voz de querencia. Fausto Jaramillo es el ciudadano querendón de este cobijo tutelar que es Otavalo.

“El verdadero hombre, lo dijo José Martí, es aquel que no mira de qué lado se vive, sino de qué lado está el deber”. El verdadero hombre es el que siente el deber de realizar una obra. El verdadero hombre es aquel que no se ama a sí mismo, sino que pone la pasión de su propia existencia por la obra que está realizando. El verdadero hombre es el que no tiene más norma que la justicia en la obra que ejecuta. El verdadero hombre es aquel que pone por encima de sus intereses a la Patria, por encima de la Patria a la humanidad y por encima de la humanidad a Dios. Y esa ha sido la definición con la que se ha identificado Fausto Jaramillo, una verdadera entelequia del periodismo desde hace más de 40 años, cuando egresó de la Universidad Central del Ecuador y se especializó en la Universidad Libre de Berlín, en Alemania. Allí está su trinchera para cumplir fielmente lo que preconizaba el legendario José María Velasco Ibarra: “La prensa puede ser más que la opinión pública, al reflejarla coherente, intensa, clara. El primer deber del periodista es ser leal para con su pueblo y ser apto para intuir, para captar el parecer popular...Si la prensa es cátedra, el periodista tiene que ser maestro. Si la prensa es tribuna, el periodista tiene que ser orador. El maestro y el orador no pueden hablar sino para defender la verdad, para exponer los principios, para prestigiar el bien...”

Nuestro homenajeado ha sido productor y director de televisión, libretista y guionista de series de radio y televisión, programas educativos y de entretenimiento. Se ha desempeñado como editor y reportero de revistas radiales y televisivas. Ha sido productor y director de producción en una de las televisoras más importante del país como Televisora Nacional, hoy conocida como Ecuavisa. Presentador de noticias y redactor de noticiero en Teleamazonas. Director de los departamentos de Radio y Televisión de CIESPAL. Ha sido coordinador responsable de varios proyectos internacionales de comunicación. Asesor en comunicación de los Ministerios de Educación y Defensa. En la Vicepresidencia de la República actuó como Asesor y Secretario General. Lector

infatigable, articulista de prensa admirado y admirable, conversador amical, cordial y sencillo en el trato, abierto y generoso en la amistad. Escritor renombrado, autor de algunos libros escritos con ágil y castiza prosa: Allí están “Tercermundo.com”, “La noche de las cacerolas”, “La Odisea de América Latina”, “Presencia en las calles de Otavalo”, “Crónicas de un viajero” y “Prohibido prohibir”. Fue coautor con la Dra. Rosalía Arteaga del libro: “Alto Cenepa, los frentes de una guerra”: por sus méritos el Colegio de Periodistas de Pichincha, lo ha tenido como su principal. Como Académico, ha sido profesor en varias universidades del país, y profesor itinerante de CIESPAL, en varias universidades y centros de estudio de la comunicación en América Latina.

Exultamos su fecundo periplo vital, su pundonoroso cumplimiento del deber, su dación total a la responsabilidad encomendada, sus virtudes profesionales, morales y cívicas puestas al servicio de los demás.

WHITMAN GUALSAQUÍ, EL PINTOR DE LA TERNURA

Cuenta un acatado maestro que su padre falleció cuando estaba en las aulas del recordado colegio “Daniel Reyes”. Para entonces la música ejercía su mágico hechizo. Probó con la guitarra, la flauta y el charango. Junto con sus vecinos del Barrio Copacabana y Monserrat, el Tocayo Sandoval y el Fernando Hinojosa experimentaron con la música andina hasta llegar a las canciones de la nueva trova: Piero, Facundo Cabral y Silvio Rodríguez.

Encontrándose en la ciudad de Quito, cierto día viernes, fue a cenar con su madre. Luego de haber degustado una opípara sopa de fideo, que era lo más común por aquellas épocas, su madre con un aire de dulzura y seriedad le inquirió: “¿Mijito, qué quiere ser usted, músico o dibujante? Si quiere que le ayude, tiene que escoger una de las dos”. Luego de un profundo silencio el joven se inclinó por la pintura. Acto seguido su madre cogió la guitarra y la colgó simbólicamente en la pared. ¡No más



música!, añadió. Y fue aquella firme madre, confundida entre el eco arrobador y multisonoro de palmadas maternas, la que le situó en su verdadera vocación al hombre de oriundez otavaleña, al destacado cultor del pincel, como le llamaron unos; al pintor de la ternura, como le apellidaron otros, a Whitman Gualsaquí Sasi.

Tres años en las prístinas aulas del recordado Daniel Reyes, los tres últimos años de formación secundaria en el Colegio Universitario de Artes Plásticas anexo a la Universidad Central del Ecuador y la formación superior en la Facultad de Artes de la misma Universidad, fueron configurando al pintor vigoroso de indiscutible originalidad, que dio lustre a su vocación con fe, con vigor y con esa pasión munida de una expresión particularísima. Los rostros de inocencia, la mirada de la pureza, la desnudez del alma y el casco colonial de la capital engalanaron las paredes de prestigiosas salas de exposiciones. ¿Y por qué la presencia constante de las “guaguas” en sus pinturas? Esa presencia discurre con los recuerdos paternales donde se entremezclan vivencias y realidades del añorado taller cuando se fijó en la cara redonda de su primera hija, los ojos grandes y envuelta en la faja, a la

usanza antigua, como solían criarnos nuestros padres. Y la fue dibujando. Nació la segunda hija y la historia se repitió. Miró a su esposa e igualmente la fue plasmando en las pinturas. Hasta que se convirtió en un elemento constante. Esta figura geométrica se convirtió en la característica esencial de los cuadros suyos, lo que él llama, “sus guaguas”, las caras redondas. Así Whitman Gualsaquí escaló por méritos propios el sitio de artista plástico esclarecido. Su obra caudalosa henchida de remates bien logrados, hacen de Gualsaquí un pintor de la más noble cantera.

Hoy por hoy Whitman Gualsaquí es un prolífico artista, barro de nuestro barro, figura cimera de la plástica imbabureña. Sin lugar a dudas, el consagrado maestro ha marcado su estilo peculiar, a través de la creación plástica de su mágica paleta que siempre inspira ternura, relieva la imaginación constructiva: rostros estilizados de niñas, jóvenes y madres de familia, donde se conjuga la euritmia de colores, su enorme experiencia creadora y las formas que perpetúan su canto a la figura humana y a la naturaleza.

Celebramos y felicitamos la excelencia artística del maestro Gualsaquí, haciéndonos eco de lo que subraya en su autorretrato: “Soy color, soy teoría y filosofía. No busco la felicidad en el color, la felicidad me encontró a través del color. El compromiso es, con uno mismo”.

MONS. MANUEL FIGUEROA

Decía San Bonifacio, el célebre apóstol y mártir alemán, al referirse a la sublime misión de los sacerdotes: “No seamos perros mudos, centinelas silenciosos, mercenarios que huyen del lobo, sino pastores en acecho, velando sobre el rebaño de Cristo, proclamando la voluntad de Dios al pequeño y al grande, al rico y al pobre, a los hombres de todas las condiciones y de todas las edades, en la medida en que Dios nos da fuerzas a tiempo y destiempo”. Y efectivamente esa ha sido la tónica que ha marcado el ministerio sacerdotal de Mons. Manuel Figueroa Plazas, a quien nuestra Casa de la Cultura Núcleo de Imbabura le tributa el home-



naje de gratitud y reconocimiento impercederos a quien ha sabido apacentar a esta grey imbabureña, iluminándonos con su mente lúcida, profunda, pedagógica, asequible para la feligresía, fácil de comprender, juzgar, razonar, hábil para desmadejar los problemas, para mostrarnos la evidencia de las cosas y conducimos siempre a la verdad.

Monseñor Manuel Figueroa es un pámpano florido de la gens otavaleña, la ciudad del hombre y del maíz que nacieron juntos al calor de la misma tierra, la fértil comarca besada cariñosamente por las ninfas de la azulina laguna y de las fuentes de cristal, este dilecto cobijo de suelo imbabureño, Otavalo que celebra alborozado sus 192 años de haber recibido de la egregia presencia del Libertador Simón Bolívar, la eximia categoría de ciudad. Mons. Figueroa nació en el seno de una familia de profundas raigambres cristianas un 15 de abril de 1939. Desde su infan-

cia mostró despejada inteligencia, tenaz memoria y recia voluntad. A decir de Mary Lou Cook: “La creatividad es inventar, experimentar, crecer, tomar riesgos, romper reglas, cometer errores y divertirse”. Y desde sus mocedades, la Física experimental fue su fortaleza. “Construir y crear”, hacer con las manos y hacer con el pensamiento, fue el axioma que gobernó su joven espíritu de investigador y hábil creador. Allí están sus ingeniosos coches de madera, su mini planta hidroeléctrica, su radio, su emisora requerida a gritos por el vecindario, su proyector de cine, su teléfono, su marimba de cristal, con lo que fue consolidando su talento musical heredado del talento de la familia materna, su abuelo Dn. Manuel Plazas Valenzuela; de su madre, Dolores Plazas, y de su tío, Alejandro Plazas Dávila. Sin lugar a dudas, esa sorprendente y original casta, que con su talante y su talento copó todos los rincones sensitivos del ser humano, otorgando vuelo a las emociones para conquistar prestigio y fama. Adicional a ello, Mons. Figueroa fue un autodidacto en la interpretación del piano y la guitarra y tiene a su haber la autoría y composición de canciones inéditas cristianas, cantadas y valoradas a nivel nacional e internacional.

Formado en las prístinas aulas de la escuela Ulpiano Pérez Quiñones, luego en el Seminario Menor San Diego, para direccionar su vocación religiosa, continuó en el Seminario Mayor San José. Durante su formación sacerdotal aflora una faceta no conocida: la actuación teatral. Mons. Figueroa puso en escena obras de su creación y dirección, principalmente comedias, que eran expuestas a un reducido público selecto. Fue ordenado sacerdote un 5 de junio de 1965. Inicia su proficua labor pastoral en la zona de Íntag, sirviendo a las parroquias de Apuela, Selva Alegre y García Moreno. Posteriormente pasó a Cotacachi para atender las parroquias de San Francisco y Quiroga. Más adelante pasa a Pimampiro como Vicario foráneo y luego a la parroquia La Dolorosa de Ibarra y, ya en la edad proveyta, San Luis de Otavalo. En todas ellas fulge su carisma para llegar con el mensaje liberador de Cristo a la abigarrada juventud. Su voz admonitiva, su ingénita modestia, su exquisito don de gentes, sus mensajes cargados de fe, de amor y de esperanza, su asesoría espiritual a los grupos de apostolado

laical han sido suficientes para aquilatar su gigantesca obra y dejar una huella muy honda y brillante de su quehacer pastoral pletórico y fecundo: siembra diligente y cosecha centuplicada.

Ajeno al relumbrón y al artificio, siempre trabajó en silencio, lejos del círculo y de la élite; pero cuando los hombres callan, gritan hasta las mismas piedras. Allí está la suntuosa Basílica de la Dolorosa, reconstruida después del terremoto de 1987 con la ayuda de Mons. Bernardino Echeverría y la Arquidiócesis de Alemania, la Casa Social San José, la Casa para atender a los niños de la calle. Allí está su titánico trabajo en las responsabilidades que le han confiado sus Obispos. Ya como Vicario General de la diócesis, ora como Vicario de Pastoral, ya como Vicario de los bienes de la diócesis, ora como Vicario episcopal del área del pueblo de Dios, ya como incansable obrero cumpliendo los planes de la Evangelización 2.000, inculturando el Evangelio, descubriendo las semillas del verbo presentes en nuestras etnias. Por ello el Santo Padre Juan Pablo II lo nombró Prelado doméstico de su Santidad, distinción merecida por su pasión evangelizadora llevando a “valles y praderas, al monte y al collado” el mensaje liberador de Cristo

“Vida vivida”, la de Mons. Manuel Figueroa Plazas. Han sido 56 años vaciados íntegramente en los hontanares del Evangelio, piloteando la nave de la fe. Las facetas de su personalidad señera se perfilan con luminosos caracteres hasta estos días cuando su venerable senectud es símbolo de sabiduría y de servicio. Que el Buen Dios continúe prodigándole las gracias abundantes que necesita y le recompense con la tasa evangélica del ciento por uno, su magna labor apostólica y misionera.



URCUQUÍ



DÚO HERMANOS YÉPEZ

¡Quién no ha experimentado en su vida el hechizo de la música!. El gran Arístocles, más conocido como Platón, solía puntualizar que “la música es una ley moral. Da un alma al universo, alas a la mente, vuelo a la imaginación, consuelo a la melancolía, encanto, alegría y vida a todo. Es la ciencia del orden, guía a todo lo que es bueno, justo y hermoso, y aun a la invisible deslumbrante, apasionada y eterna forma”. Una tradición griega, que refiere Platón, suponía que las cigarras eran seres humanos que existían antes que las Musas. Cuando estas aparecieron, tanto se deleitaron, que pletóricas de entusiasmo se pusieron a cantar, olvidándose de comer, hasta que murieron de hambre por su amor al

canto. Y las Musas narraron en el Olimpo cuánto se les había honrado en la Tierra.

En esta mañana de febrero queremos referirnos a dos estancias musicales que se forjaron, no en el Olimpo griego, sino en nuestra provincia azul de Imbabura, en esa pujante parroquia de Tumbabiro, pueblo de profunda raigambre histórica donde los jesuitas produjeron la primera azúcar, pueblo donde vieron su primera luz Rodrigo y Jorge Yépez, quienes con sus voces insuflaron grandeza a su terrazgo nativo. Los Hnos. Yépez en un lenguaje muy claro y rebotante de sentimiento dieron carta de ciudadanía a los amores, a las tristezas, a las soledades. Con sus interpretaciones han hecho aflorar los sentimientos escondidos en el cofre magnificante de los recuerdos, pasiones que nunca se atrevieron a expresar, a mostrar, a describir, a reconocer. Ellos viven en la entraña popular. Ellos han hecho entrar en sus mágicas interpretaciones al pueblo que busca liberarse, abrir con autenticidad el ímpetu de su corazón. Ellos emanan un auténtico sentimiento de amor a su terruño, con olor a la arcilla ecuatoriana, y por eso, ellos van en busca de nuevos horizontes que irradian en el mundo musical el fulgor y la pureza de “lo genuino, de lo autóctono, de lo nuestro”. Ellos han enriquecido el pentagrama musical ecuatoriano y latinoamericano que se trueca en desbordante alegría y optimismo.

Pasillos, pasacalles, albazos, aires típicos, boleros, música latinoamericana nos hablan de la esencia musical de un dúo que va alcanzando el pináculo de la gloria. En sus voces y acento está pleno el humus sentimental de esta nuestra tierra ecuatoriana, nuestra tierra imbabureña.

Este prestigioso dúo inicia su periplo artístico allá por 1980 cuando participan en el IV FESTIVAL DE LA CANCIÓN ECUATORIANA, organizada por el Club Deportivo Quito en la ciudad de Toronto, Canadá, obteniendo el merecido primer puesto. Hemos de recordar las exclamaciones líricas de Antonio Machado cuando subraya: “Caminante, son tus huellas/el camino y nada más;/Caminante, no hay camino,/se hace camino al andar./Al andar se hace el camino,/y al volver la vista atrás/se ve la senda que nunca/ se ha de volver a pisar./Caminante no

hay camino/sino estelas en la mar.” Y los Hermanos Yépez hicieron camino al andar. Así tuvo su nacimiento “Romance Primavera”, el primer LP del Dúo que se produjo en el año 1983. Tres años más tarde adviene el segundo fruto titulado “Imbabura canta al Ecuador”, interpretando varios géneros musicales.

“Al volver la vista atrás”, como señala el poeta se ven los positivos logros alcanzados en diferentes festivales allende las fronteras patrias. Colombia, Nueva York, Washington, Chicago Canadá son un testimonio elocuente de las melodías viajeras de caminos sentimentales con árboles de besos sin olvido y con fonditas de olvidos y de adioses. Han compartido los escenarios con catalogados artistas de renombre internacional como Tormenta, Leonardo Favio, Los Visconti, Leo Dan, Los Chalchaleros, Nicola Di Bari, Leo Marini, Cuco Sánchez, Los Antares, entre otros. Un “mano a mano” con los Hnos. Miño Naranjo, con los Hnos. Dávalos del Perú, revelan sus esfuerzos amanecidos de esperanzas y fructificados en deslumbrantes cancioneros.

Esta apretada síntesis es un compendio de la vida artística del Dúo de los Hnos. Yépez, que ha sido documentada en artículos de prensa escrita y publicada en los diarios nacionales e internacionales. Indudablemente sus triunfos han sido banderas que flamean en el barco de la cultura, de la imbabureñidad profunda. Es por estos nobles desempeños, por estos rangos y cuantías, por sus reconocidas virtudes profesionales y cívicas que la Casa de la Cultura Ecuatoriana “Benjamín Carrión” Núcleo de Imbabura les impone la máxima condecoración, la Medalla Pílanquí. Llévela con el honor y la dignidad que una tan alta cuanto significativa presea obliga. Tengo el honroso encargo de colocarlos en el pecho, sobre vuestro corazón de maestros y artistas. Permitidme que os diga con el gran maestro vasco Don Miguel de Unamuno: “No miréis ni la forma ni el color de la Medalla. Reparad en el calor de la Institución y de la mano que la sostiene”.



DRA. CARMEN GALLEGOS, DESTACADA MAESTRA INNOVADORA

El genio de la paz y de la guerra, Simón Bolívar solía decir: “La gloria de ser grande, está en ser útil”. Grandes pensadores han afirmado que el servicio es la ciencia del bien, del amor y de la justicia. Quien no vive para servir no sirve para vivir. Y precisamente esta ha sido la filosofía que ha inspirado a Doña Carmen María Elena Gallegos Martínez. Ella pertenece al grupo de mujeres de recia personalidad, virtudes morales, talento y valor humano, que han abierto hondos surcos en la vida y en la historia, que han dado su aporte para construir el edificio de la cultura. Son las que se gastan y se desgastan por servir a los nobles intereses de la educación y la cultura, las que dejan un recuerdo imperecedero y legan hitos a la historia. Son las que hincan profundamente las raíces del amor, del servicio, de la entrega desinteresada y se constituyen en ejemplo para las presentes y futuras generaciones. A ellos se las recuerda siempre, se las

venera, se las aplaude y se las destaca como paradigmas de singular brillo en la sociedad y en el trabajo humano.

Doña Carmita, como cariñosamente se la conoce en los círculos amicales, es urcuquireña de nacimiento, oriunda de la pujante parroquia de San Blas. En ella y en su añorado esposo, el egregio maestro Carlos Eladio Montero, se cumplió aquella máxima bíblica: “Nadie es profeta en su tierra”. Juntos salieron de su terrazgo nativo para otear nuevos horizontes como lo hicieron Abraham y Sara en las Sagradas Escritura. Carmita ensambló su talento de mujer, con el de maestra, de sicóloga, de ciudadana insigne poseedora de los más nobles atributos que puede exornar la vida humana, en la pujante ciudad del Guabo (provincia de El Oro). Allí formaron decenas de generaciones en el legendario Instituto Técnico Superior 7 de Septiembre, LA PRIMERA Unidad educativa del país. Su trabajo ha sido excepcionalmente fecundo y luminoso. Ora como docente, ora como gestora de la creación de instituciones educativas, ora como diputada alterna por la provincia de El Oro, ora como Directora cantonal del INNFA y fundadora del Centro de Atención Estudiantil (CAE), ora como poeta de alto coturno. Su discurso ha sido vivo, salpicado de aquellos símiles e imágenes cuyo secreto tiene sólo una poesía congénita. Su espíritu dotado de una sensibilidad exquisita, ha sido una especie de harpa eólica en cuyas cuerdas sutiles, sus más nobles pasiones, hallan eco la menor vibración de belleza, de bien, de armonía, de dolor, de piedad, de caridad cristiana.

Y es que Dña Carmita ha sido la maestra innovadora, atenta a todo sonido armónico para comprender el gran himno a la vida que enardece la disciplina, la moral, el estudio. Ha sabido recoger con exquisito olfato las más odoríferas y hermosas flores de la virtud para depositarlas en el ánfora de oro del corazón palpitante de la niñez y de la juventud para que se enrumbe por la recta senda del honor y de la dignidad.

Su trabajo ha sido conocido y aplaudido dentro y fuera de la provincia de El Oro. Con su ágil y enjundiosa pluma ha escrito varias obras en las que perenniza su vocación literaria. Habiendo llegado a los lindes de la edad propecta y nimbada la austera frente por el acerbo dolor que le produjo el tránsito a la mansión celeste de su querido esposo, Dña. Carmita dio una

mirada hacia atrás para destacar y ejemplarizar sus actos a través de sus diferentes reflexiones que son el eco de salmos y suspiros que revelan su probidad sin mácula, su íntegro carácter, su rectitud espiritual, su fe diamantina, la austeridad de su vida, sus alusiones evangélicas, que sin lugar a dudas, esculpen su alma y le dan imperecedero relieve. Podemos apreciar su vasto pensamiento en su última obra *Apuntes de otoño*, que con mucho cariño le publicó la Casa de la Cultura Núcleo de Imbabura.

“Al volver la vista atrás”, como bien subrayara el poeta Antonio Machado, Dña. Carmita puede sentirse satisfecha por los logros alcanzados, en vista de que los ya extensos años que Dios le ha prodigado han sido vividos extensa y ejemplarmente, teniendo como norma el mandato bíblico, “es mejor dar que recibir”.

Reconocemos su fecundo periplo vital, su lucha denodada por la vida que es como esperar el día. Hay quienes esperan dormidos que llegue la mañana, pero hay quienes, como usted, se desvelan y caminan toda la noche para alcanzarla con sus manos.

PADRE EDUARDO GRANJA ALMEIDA

El reconocimiento en vida llena el alma de verdadera expansión. Se trata de la apoteosis de un paradigma del sacerdocio, de un maestro de lúcida vocación y desbordante carisma en su labor indeclinable para la gloria de Dios y para el bien de las almas.

Alguien decía que el tránsito vital de los hombres, determinando acontecimientos nuevos o modificando las circunstancias actuantes de una parte o de toda la humanidad, los convierte de hecho en hombres acontecimiento y cuando sobre ellos se injertan facultades de talento, voluntad y carácter los disponen a llenar largos espacios de tiempo y los constituyen en hombres que hacen épocas, que hacen historia. Un carísimo hijo de esta tierra, oriundo de la parroquia de Tumbabiro, es el PADRE EDUARDO GRANJA ALMEIDA, nuestro homenajead, hombre docto, de muchas letras y de indudable virtud, quien supo ha-



cer de su vocación un cuantioso e imponderable aporte a la cultura del Ecuador. Formado con esmero en las gloriosas aulas del legendario Seminario Menor “San Diego”, en las prístinas aulas del Seminario Mayor “San José” de Quito y en los claustros de la Universidad Central del Ecuador y de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador, le permitieron acceder al don del sacerdocio, más tarde a la Licenciatura en Psicología Educativa y Orientación vocacional, Lic. En Tecnología educativa para integrarse finalmente a la Iglesia Episcopal del Ecuador.

Eduardo Granja Almeida supo cumplir con su vocación de egregio didacto con una robusta personalidad cultural, pedagógica y filosófica que le permitieron publicar algunos textos de didáctica estructural abriendo con ternura el horizonte de ministros y de laicos, de catequistas y de padres de familia, de maestros y de misioneros. Descuella su talento, su innato dinamismo, su lúcida fruición unimismándose al alma de sus destinatarios con la Pedagogía de Jesús; La evaluación, fuente de aprendizaje; El trabajo en equipo, una alternativa; Valor de los instrumentos de evaluación, Ética para la convivencia humana y cristiana, Puntos de vista sobre Exégesis, Teología y Fe; El ser de un pueblo es el ser de sus hijos, etc, etc.

Este distinguido ministro de Dios ha ido dejando una estela luminosa de servicio, de bien, de bondad y de belleza en las Comunidades familiares de base, trabajando con denuedo en varias zonas con expresiones étnicas y culturales diversas. Su fontana inagotable de su elán de autóctonas raigambres es admirable y digna de los más fervorosos elogios. Su trabajo creador ha quedado impregnado en el Ministerio de Educación con sus Manuales de Escuela para padres, con sus aportes de cuño paradigmático, en la CONFEDec como facilitador y capacitador de docentes. Su tránsito vital es digno de encomio y su vocación cristiana como la más noble exultación cultural al servicio de la colectividad, lo que le permitió recibir muy mercedamente el botón de reconocimiento al Mérito educativo.

Reconocemos el ejemplo de su vida rectoral no sólo coronada por la elocuente blancura de sus sienas encanecidas, sino por su fecundo servicio y su bien cortada pluma de didacto y de prosista de diamantinas características.

AURORA QUILCA, MAESTRA Y MENTORA DE LA EDUCACIÓN MUSICAL

Hablar de la música, es comprender que ella es mucho más que simple melodía, ritmo y armonía, combinados o una sucesión de sonidos modulados para recrear el oído. Ella ha sido capaz de despertar sensaciones, imágenes, pensamientos. Robert Browning, con aplomo decía: “El que la escucha siente que su soledad, de repente, se puebla”. “Compone los ánimos descompuestos y alivia los trabajos que nacen del espíritu”, lo dijo una de las luminarias más excelsas de la Literatura española, Dn. Miguel de Cervantes. El gran Aristocles, más conocido como Platón, con enorme acuidad decía que “La música da alma al universo, alas a la mente, vuelos a la imaginación, consuelo a la tristeza, vida y alegría a todas las cosas”. La música ha sido el inefable



don que le ha sido otorgado al ser humano. La Biblia dice: “Y cuando el espíritu malo de parte de Dios venía sobre Saúl, David tocaba el arpa y tocaba con su mano; y Saúl tenía alivio y estaba mejor, y el espíritu malo se apartaba de él.” (1º Samuel 16, 23).

Urcuquí no solamente es una “escondida violeta” o el “granero imbabureño”, es una dulce mazorca de música y de músicos. Aquí nació Aurora Quilca. La música para ella fue carne de su carne y aire de su aire.

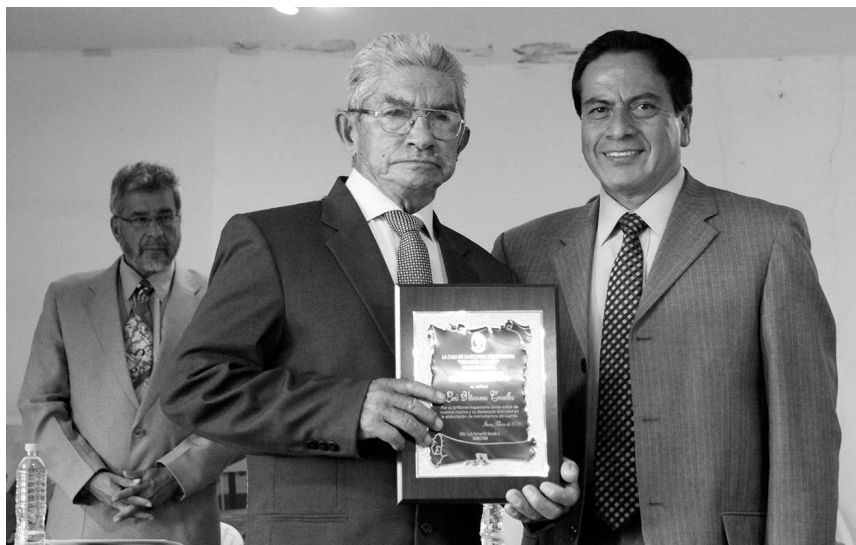
Aurora Quilca lleva en sus genes la música heredada de su padre Juan José Quilca, quien dejó una impronta indeleble de ímprobos ejecuciones con su banda de pueblo conocida como “Pulseta”. Formada en las gloriosas aulas del recordado Luis Ulpiano de la Torre y en el Alma mater de la PUCE-SI, Aurora representa el caso auténtico de una vocación musical cultivada y formada con esmero y con pasión.

Maestra en la amplitud del concepto señero. La vimos viviendo en la cátedra, desbordando su carisma musical en clarísimo torrente, en jardines de infantes, en los Institutos Normal Superior Sto. Hno. Miguel y

Luis Ulpiano de la Torre, Nivel Medio y Superior, por el espacio de 3 décadas, compartiendo su educación artística, el pan de la ciencia y de la virtud, como Profesora de Educación Artística, de materias técnico musicales, Didáctica de Música, asumiendo con verticalidad la Supervisión de la Práctica Docente, insinuándose como verdadera maestra y mentora, filtrando en el diálogo con el estudiante, gota a gota, las aguas vivas de su abundante y variadísima cultura musical. Junto a los profesionales de la música de Guayaquil y Loja se ha preocupado por innovar, y desde hace 10 años tomaron la posta del Foro Latinoamericano de Educación Musical (FLADEM), organización que acoge a más de 20 países. Cuentan con maestros de España, Suiza, Noruega y Finlandia que hacen intercambio de experiencias artísticas con hombres y mujeres especialistas en el área musical de nuestra América como: Violeta Hemsy (Argentina), Ethel Batses (Guatemala), Gloria Mendoza (Colombia), Hiro Nakamusa (Argentina), Alejandro de Viscenci (Italia), Margarita Fernández Grez (Chilena). Con enorme acuidad y convicción nos ha dicho que: “En los actuales tiempos se rompió ese criterio que todo lo bueno en música y artes venía de Europa. En Latinoamérica “somos creadores, innovadores y hasta cierto punto inventores de metodologías para la enseñanza-aprendizaje de música, teatro, danza...”. Convencida plenamente de que la música es el arte que más evidencia, trabaja y explota todos los sentidos”, también ha compartido la música litúrgica en los monasterios del Ecuador y de España, cantando como la juglar de Dios los ritmos y las armonía cristianas.

Con una mística que raya en lo franciscano, respondiendo a una llamada interior, sugerente y atractiva, con mucho conocimiento y corazón, inicia una brillante labor pedagógica al fundar el Centro Integral de Artes “FE”, CIARTES, como un aporte real y trascendental a la causa del ser humano.

He aquí una apretada síntesis del periplo existencial de Aurora Quilca, una persona sencilla, poco afecta a los ditirambos que se dan y se toman.



LUIS ALONSO BENJAMÍN VÁSCONEZ CEVALLOS

Hay hombres que aran y que oran, hombres que como subrayaba Bertolt Brecht: “luchan un día y son buenos. Hay otros que luchan un año y son mejores. Hay quienes luchan muchos años y son muy buenos. Pero hay los que luchan toda la vida: esos son los imprescindibles”. A estos últimos pertenece Dn. Luis Alonso Benjamín Vásconez Cevallos, oriundo de la parroquia de Cahuasquí, el ciudadano querendón de Urucuquí, hombre de fe, fraguado en el liderazgo sabio y poderoso, hombre de ojo singular, enciclopedia abierta, con su ternura oculta y escondida, es un compendio de los urcuquireños, es un vivo resumen de experiencias vividas, es un don, un mensaje para cada uno de nosotros, un líder efectivo que jamás persiguió la elocuencia, sino simplemente aprendió a ser útil y a servir a los demás plétórico de fe y de esperanza.

Don Luis Alonso, cuya patriarcal figura se yergue nimbada de merecimientos, durante toda su vida se encariñó con la tierra porque sabía

que solo ella daba al hombre lo que incansablemente busca con afán, siendo pionero en el campo de la fruticultura. Su gran pasión, la ebanistería y el cultivo de la música. Sumergido en los arpegios de las melodías ecuatorianas, magistralmente interpretadas con su bandolín, ha hecho de nuestra música un verdadero acto de fe. A ello se agrega la elaboración de guitarras y requintos que han sido muy apreciados dentro y fuera de su lar nativo. Así contribuyó con su arte y el don de su potente voz a cultivar la identidad cultural del cantón. Sus interpretaciones tenían un profundo sentimiento de urcuquireñidad, que fue su sello distintivo que le permitió alcanzar una prestigiada fama.

El gran Albert Einstein solía decir: “Sólo una vida vivida para los demás merece la pena ser vivida”. Y Dn. Luis Benjamín Vásconez, ha sabido gastarse y desgastarse por los demás. Desde su juventud se sintió inclinado por el deporte y junto con los amigos de su época conformaron el primer Club de Fútbol denominado “Los Gladiadores”, constituyéndose en pioneros de esta actividad deportiva en la parroquia. Ha trascendido por su trabajo diario, por su vocación de servicio y su elocuente amor a su terrazgo nativo, su parroquia Cahuasquí. Ha asumido con responsabilidad diferentes cargos: desde la Presidencia de la Junta de Aguas, de la Junta Parroquial, la Tesorería del Comité Pro-construcción del Sub-centro de Salud, hasta llegar a ejercer las delicadas funciones de Teniente político. Las obras hablan con lenguaje de eternidad de lo que se puede hacer cuando hay buena voluntad, espíritu de cuerpo, una filosofía de servicio. Sentir que pertenecemos a un proyecto común nos ayuda a sentirnos realizados, importantes y ser conscientes de que estamos dejando una huella en el mundo, no importa la magnitud de esta ayuda porque como decía la Madre Teresa de Calcuta “A veces sentimos que lo que hacemos es una gota en el mar, pero el mar sería menos si le faltase esa gota”. Con su testimonio de vida Dn. Luis ha enseñado a sus coterreños a ser urcuquireños de corazón, de pensamiento y de actitud.

Nuestro homenaje admirativo y cordial a su paso triunfal y luminoso, a sus fructíferos 87 años vaciados íntegramente en los colmenares del asiduo trabajo, que se vertió fecundamente en beneficio de su parroquia y del cantón.

PUBLICACIONES DEL MISMO AUTOR

Autor de los opúsculos de la Colección Tahuando publicados por la Casa de la Cultura:

Tahuando N° 56 “Hablemos de...” (2007)

Tahuando N° 69 “Hablemos de... La Educación” (2008)

Tahuando N° 87 “Hablemos de... Valores y virtudes (2010)

Tahuando N° 107 “Hablemos de... La Familia (2011)

Coautor de la Monografía de Julio Andrade con la Asociación de Mujeres unidas por el progreso de Julio Andrade (AMUPJA 2011)

Tahuando N° 135 “30 años de vida institucional de la Unidad Educativa Diocesana Bilingüe”. (2012)

Tahuando N° 163 “Virutas de fe y esperanza (2013)

Tahuandos N° 187-188 “Mons. Luis Oswaldo Pérez, su espíritu y fulgor pastoral” (septiembre 2014)

Pichaví N° 9 “Gerencia educativa, un reto en la Educación moderna” (2015)

Tahuandos N° 227-228 “Miscelánea para vivir” (octubre 2016)

Tahuandos N° 248 “Ardiendo en fuego” (julio 2017)

Tahuandos N° 283-284 “Agua viva en el desierto” (marzo 2020)



Luis Fernando Revelo ha hecho del arte y la cultura su trinchera. Dirige desde hace algunos años un buque cultural provincial que navega firme a pesar de los vientos y mareas. Nos entrega esta vez, un opúsculo que sintetiza en perspicaces páginas la labor de destacadas personalidades e instituciones culturales de la provincia azul de los lagos. Este texto es pieza a pieza una verdadera joya literaria. Revelo, con lupa de detective investiga y rebusca en la biografía y la trayectoria para entregarnos hoy un libro digno de alabanzas. Viven en estas páginas personajes, instituciones, artistas, nos describe sus logros, sus preocupaciones, sus esperanzas. El arte es el culmen de la vida humana, los artistas el camino hacia la cima. Encontremos en el libro que sostiene usted ahora en sus manos, apreciado lector, la dicha y la conciencia, el deseo, la petición a esta bella tierra de que siga procreando hijos e hijas ilustres, para que Imbabura siga siendo reconocida a nivel mundial como cuna de creadores excelsos, cultivadores de la belleza, sembradores de ternura, seres mágicos.

(Pablo Virgili Benitez)



www.casadela cultura.gob.ec

2021

La CCE, sembrando la buena semilla de la patria

Colección 
TAHUANDO

299-300